

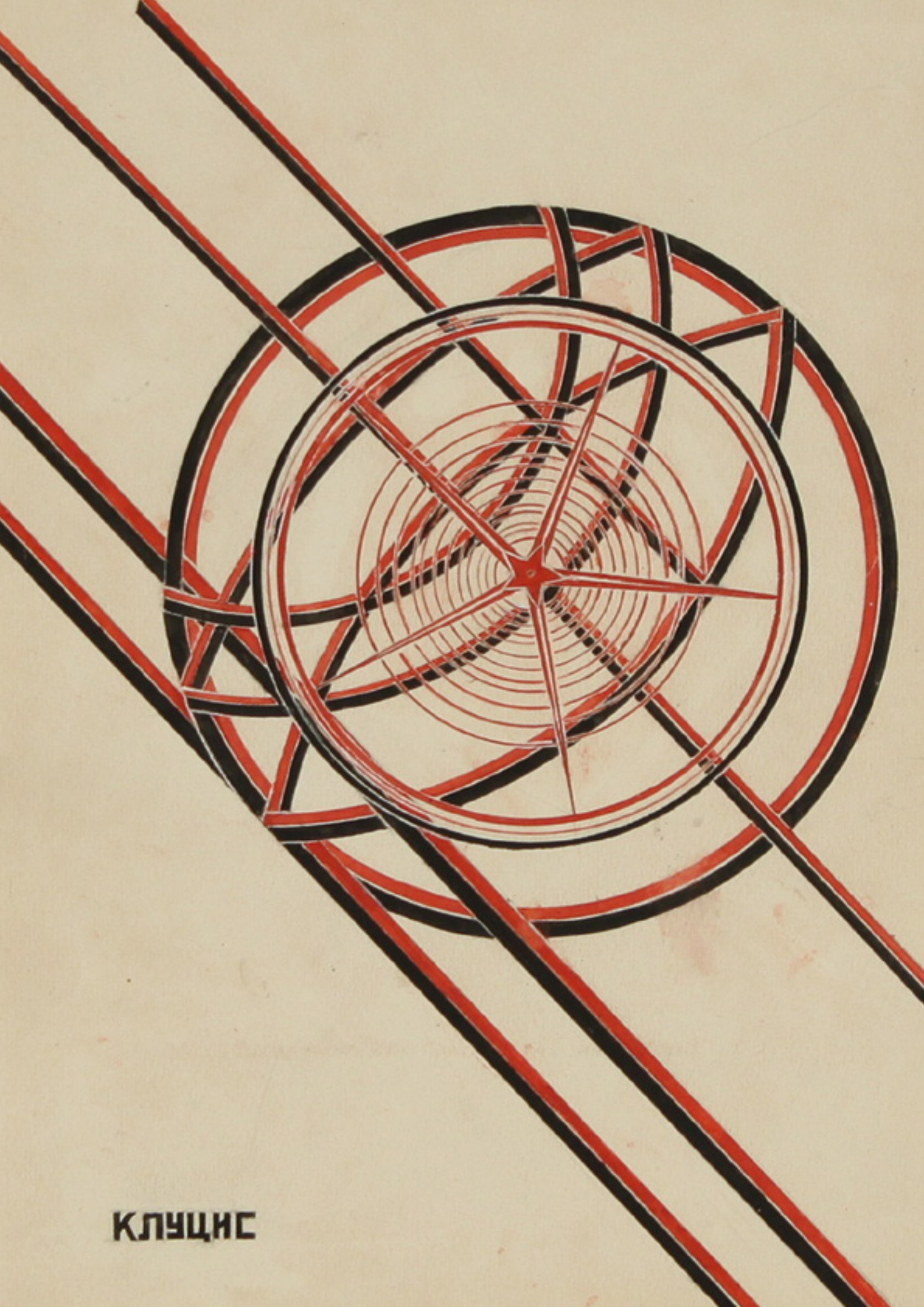
# LÍNEA ROJA

NÚMERO 5 | DICIEMBRE 2017



And STANDBY  
in BOWTIE-PAYING

V. PAINESCH  
S. S. T. A.



**КЛУЦИС**

# Índice

Asalto o desgaste . . . . .	5
1. El «testamento político» de Engels. . . . .	5
2. Reforma o revolución: Bernstein contra Luxemburgo . . . . .	9
3. Asalto o desgaste: Kautsky contra Luxemburgo . . . . .	11
4. La Gran Guerra y la bancarrota de la II Internacional . . . . .	15
El poder dual en Rusia: los sóviets antes de la Revolución de Octubre . . .	19
Sobre las «Tesis de abril» . . . . .	26
El nuevo poder en Ochobre del 34 en Asturias . . . . .	34
1. Contexto histórico previo . . . . .	34
2. La Revolución de Ochobre . . . . .	38
3. Conclusiones. . . . .	44
Revolución de Norte a Sur . . . . .	45
1. Estados Unidos . . . . .	47
2. Japón . . . . .	48
3. Reino Unido y Francia . . . . .	49
4. Alemania . . . . .	50
5. Europa del Sur. . . . .	51
6. Europa del Norte . . . . .	52
7. ¿Cuál es el futuro de Europa?. . . . .	53





## Asalto o desgaste

El debate sobre la estrategia revolucionaria en la II Internacional

El conformismo que, desde el principio, ha encontrado acomodo en la socialdemocracia no sólo afecta a su táctica política, sino también a sus ideas económicas. Y es una causa de su posterior debacle. Nada ha podido corromper tanto a los obreros alemanes como la opinión según la cual iban a nadar con la corriente.

WALTER BENJAMIN, *Sobre el concepto de Historia* (1940)

### 1. El «testamento político» de Engels

La introducción que Friedrich Engels escribió en 1895 a *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850* de Marx puede usarse como primer punto de referencia al acercarnos al debate sobre la estrategia revolucionaria que atrave-

só la II Internacional durante prácticamente toda su existencia.

El texto es de sobra conocido. La naturaleza de su contenido, hasta cierto punto prescriptivo, y el hecho de que hubiera sido escrito pocos meses antes de la muerte de Engels

le dieron un aura de «testamento político», que es como se comenzó a conocer al escrito dentro de la II Internacional. El texto que se leía y comentaba, sin embargo, no era exactamente el original de Engels, sino una versión censurada por la dirección del SPD (Sozialdemokratische Partei Deutschlands, Partido Socialdemócrata de Alemania). Esta censura, lejos de ser anecdótica, apunta a la contradicción principal que acabó llevando al colapso a esta organización de organizaciones. Para comprender la importancia de esta contradicción en el debate que vamos a tratar, e incluso en toda la historia del marxismo hasta nuestros días, tenemos que tratar brevemente el contenido de la mencionada introducción.

Después de un correctivo lapidario a una concepción del materialismo histórico tan extravagante como extendida, Engels comienza observando que uno de los errores fundamentales de sus posturas de juventud fue el de analizar las revoluciones de 1848 a través del prisma de revoluciones anteriores, sobre todo de la Revolución Francesa de 1789:

Hasta aquella fecha todas las revoluciones se habían reducido a la sustitución de una determinada dominación de clase por otra; pero todas las clases dominantes anteriores sólo eran pequeñas minorías, comparadas con la masa del pueblo dominada. Una minoría dominante era derribada y otra minoría empuñaba en su lugar el timón del Estado y amoldaba a sus intereses las instituciones estatales. Este papel correspondía siempre al grupo minoritario capacitado para la dominación y llamado a ella por el estado del desarrollo económico y, precisamente por esto y sólo por esto, la mayoría dominada o bien intervenía a favor de aquélla en la revolución o aceptaba la revolución tranquilamente.<sup>1</sup>

Pero el método de lucha de entonces «está hoy anticuado en todos los aspectos».<sup>2</sup> Las razones que se dan para ello nacen de una mezcla de cuestiones relativamente específicas y consideraciones tremendamente generales sobre la revolución socialista. Entre los argumentos más técnicos destaca el de la expansión y sofisticación de los cuerpos represivos, incluida la reconstrucción de las ciudades y sus avenidas para facilitar el aplastamiento de una multitud en lucha. Engels asegura que ya en 1848 «la barricada tenía más eficacia moral que material»<sup>3</sup> y

que desde entonces la situación no ha hecho más que empeorar para las clases populares: los ejércitos son más numerosos, están mejor armados, pueden ser movilizadas en menos de 48 horas a cualquier parte del Estado y luchan en terrenos más favorables gracias a la demolición de los barrios obreros de callejuelas serpenteantes. Aunque estas cuestiones sean más coyunturales y difíciles de generalizar, es evidente que apuntan a cierto desarrollo que no se puede ignorar completamente. Podemos recordar, por ejemplo, a los Panteras Negras atrincherados en sus oficinas durante horas mientras eran asediados con armamento solicitado expresamente al Pentágono para machacarles. Hoy esa función moral que señala Engels es todavía más complicada. La insurrección no es contra un grupo de reclutas que pueden vacilar al tener que masacrar a los suyos; hoy en día los cuerpos represivos están mayoritariamente profesionalizados, son mercenarios.

La cuestión central, sin embargo, es la del carácter específico de la revolución socialista en contraposición a todas las revoluciones anteriores. El objetivo ya no es cambiar el dominio de una clase minoritaria por el de otra clase minoritaria con la cooperación más o menos activa de otras clases, sino la revolución de la sociedad desde sus cimientos. Así:

Allí donde se trate de una transformación completa de la organización social tienen que intervenir directamente las masas, tienen que haber comprendido ya por sí mismas de qué se trata, por qué dan su sangre y su vida. Esto nos lo ha enseñado la historia de los últimos cincuenta años. Y para que las masas comprendan lo que hay que hacer, hace falta una labor larga y perseverante.<sup>4</sup>

Esta «labor larga y perseverante», dice Engels, es la que lleva realizando el SPD durante años. Gracias a las reformas democráticas que se han arrancado a las clases dominantes el partido crece año a año. Todos los ataques que recibe son en vano e incluso en 1890 ha salido de la ilegalidad reforzado. Sus casi dos millones de electores, junto a todas las mujeres y jóvenes que tienen detrás, pero que no tienen derecho al voto, «forman la masa más numerosa y más compacta, la “fuerza de choque” decisiva del ejército proletario internacional», lo que les confiere una «posición» y «tarea especial».<sup>5</sup> Ante esto, la propia legalidad y la lógica de la sociedad burguesa se vuelve en contra de su clase dominante, que no puede hacer nada

1 Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras escogidas*, t. I, Moscú, Editorial Progreso, 1976, p. 190.

2 *Ibíd.*, p. 194.

3 *Ibíd.*, p. 202.

4 *Ibíd.*, p. 204.

5 *Ibíd.*, p. 205.

para evitar un avance «tan incontenible y al mismo tiempo tan tranquilo como un proceso de la naturaleza». <sup>6</sup> Se debe evitar todo enfrentamiento prematuro que lleve a un baño de sangre como el de la Comuna de París, que en cualquier caso sería sólo un «retroceso pasajero». <sup>7</sup> Si se mantiene en marcha este crecimiento ininterrumpido se llegará a un punto en el que «desborde por sí mismo el sistema de gobierno actual». La victoria del socialismo será tan aplastante e imparable como la inesperada victoria ante el Imperio Romano por parte del cristianismo, que pasó de ser perseguido a ser la religión de Estado en apenas diecisiete años. <sup>8</sup>

Es fácil leer este resumen como una predicción exaltada de la práctica política de buena parte del reformismo en el siglo xx; no sólo de muchos partidos socialdemócratas, sino de autodenominados partidos comunistas. Describe a la perfección la famosa «acumulación de fuerzas»: el partido pone todos sus esfuerzos en el crecimiento cuantitativo por cauces legales hasta llegar a una masa crítica que consiga desbordar el sistema y traer el socialismo sin tener que pasar por los anticuados cauces de las luchas de barricadas o los enfrentamientos con los temibles ejércitos imperiales. No sorprende, por tanto, que el texto haya sido usado de esta manera. Desde los primeros escritos de Bernstein sobre la «revisión» de la táctica marxista, <sup>9</sup> apenas un año después de la muerte de Engels, hasta nuestros días, en los que socialdemócratas mucho menos honestos que Bernstein siguen citando la introducción para tratar de cerrar un problema tan complejo como el de la violencia revolucionaria a partir de una única referencia a la ineficacia histórica de la lucha de barricadas en un contexto social muy determinado.

Hay un primer problema en este relato y es gigantesco. El texto que se publicó en los medios socialdemócratas alemanes, el texto que leyó Bernstein, incluso el texto que todavía hoy algunos referencian, no es el texto íntegro que escribió Engels. La dirección del SPD, alarmada ante el tono de ciertos párrafos del original, pidió a Engels que los eliminase y éste acabó accediendo. Las frases eliminadas son clave, pues convierten lo que es un texto como

mínimo ambiguo en una reevaluación táctica de la lucha frontal en la situación alemana. Citaremos dos únicos ejemplos. Después de considerar la lucha de barricadas como eficaz principalmente en lo moral, Engels añade (la cursiva es nuestra):

Este es el aspecto principal de la cuestión y no hay que perderlo de vista tampoco cuando se investiguen *las posibilidades de las luchas callejeras que se puedan presentar en el futuro*. <sup>10</sup>

Y más explícitamente, por si pudiese quedar alguna duda, vuelve a preguntarse por el papel específico de la lucha de barricadas en la futura revolución:

¿Quiere decir esto que en el futuro los combates callejeros no vayan a desempeñar ya papel alguno? Nada de eso. Quiere decir únicamente que, desde 1848, las condiciones se han hecho mucho más desfavorables para los combatientes civiles y mucho más ventajosas para las tropas. Por tanto, una futura lucha de calles sólo podrá vencer si esta desventaja de la situación se compensa con otros factores. <sup>11</sup>

Como observa Paul Kellog, unas pocas líneas permiten una lectura radicalmente diferente. No se abandona de manera absoluta la lucha de barricadas, la violencia organizada, sino que se matiza el momento oportuno de utilizarla ante cierta coyuntura. Aquí podría leerse si se quiere no la premonición de Bernstein, sino la premonición de Lenin en Octubre. <sup>12</sup>

Por suerte, no necesitamos basarnos únicamente en la interpretación y la especulación. El propio Engels dejó escrita su opinión sobre los cambios realizados por el SPD a su texto y el uso que se le estaba dando. En una carta a Lafargue es meridianamente claro:

Liebnecht acaba de hacerme una buena. Seleccionó de mi introducción a los artículos de Marx sobre la Francia de 1848-1850 todo lo que podría servirle de apoyo a la táctica de paz a cualquier precio y de oposición a la fuerza y a la violencia, lo cual le gusta pregonar desde hace ya algún tiempo, especialmente ahora, cuando se preparan en Berlín leyes coercitivas. Pero yo

6 Ibid., p. 206.

7 Ibid., p. 206.

8 Ibid., p. 208.

9 Eduard Bernstein, *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, Siglo XXI (1982)

10 Marx y Engels, *Obras escogidas*, óp. cit., p. 202.

11 Ibid., p. 204.

12 Paul Kellog, *A 100 años de la muerte del gran revolucionario*, revista Praxis, julio de 1995.

estoy defendiendo estas tácticas sólo para la Alemania de hoy e, incluso así, con una importante reserva. En Francia, Bélgica, Italia y Austria estas tácticas no podrían ser seguidas como tales y en Alemania pueden convertirse en inaplicables mañana.<sup>13</sup>

Al ver la situación, Engels pidió que se publicase la versión íntegra en la revista *Neue Zeit*, pero de nuevo fue ignorado y se mantuvo la versión censurada. El texto íntegro de la introducción no se publicó hasta 1930, dentro del trabajo de edición de las obras completas de Marx y Engels en la Unión Soviética.<sup>14</sup>

En cualquier caso, no creemos que deba defenderse que este debate se resuelve completamente a favor de Engels debido a la censura de unas líneas elegidas con precisión quirúrgica. El texto es enormemente optimista sobre la potencialidad de los cauces legales y pacíficos para la revolución. Parece predecir el colapso inevitable de la burguesía y su sistema social, ya sea por la aparente contradicción inherente a la ampliación del poder político legal del proletariado o por una confrontación final contra un ejército de millones perfectamente consciente y disciplinado. Este proceso se describe, literalmente, como incontenible, como natural. Algunos, como Lucio Colletti, han querido encontrar aquí el pecado original del

revisionismo,<sup>15</sup> en esa polémica tan vieja como inútil que barre todo los males del marxismo al viejo Engels para dejar un Marx puro que, curiosamente, nunca ha sido verdaderamente comprendido hasta la llegada triunfal de nuestro autor. Creemos que el texto íntegro y las cartas que se conservan muestran que Engels nunca perdió de vista los principios fundamentales de la teoría de la que él mismo era fundador y que los posibles «errores» que se le puedan achacar se reducen a no haber sido capaz de predecir el futuro con exactitud, a no haber visto en 1895 lo que ni siquiera Lenin fue capaz de ver muy poco antes de la Primera Guerra Mundial. Él mismo rechazó usar sus textos fuera del contexto en el que estaban pensados y es tan erróneo elevarle a comentarista atemporal de la realidad para criticarlo tanto como para alabarlo. Como decía Manuel Sacristán:

Al escolástico que después de laboriosa búsqueda consiga encontrar en Engels alguna frase que parezca decir lo mismo que dice Tresmontant que son las tesis del marxismo —y tal como éste las formula— se le contestará: 1.º, que Engels no fue un Padre de la Iglesia, sino, junto con Marx y Lenin, uno de los tres grandes pensadores en los cuales el proletariado —y la humanidad al mismo tiempo— consiguió la consciencia de su ser; 2.º, que Engels murió en 1895, y 3.º, que el que escribe estas notas tiene sobre Engels la tan

13 Karl Marx y Friedrich Engels, *Collected Works*, Londres, Lawrence & Wishart, 2004, v. 50, p. 489.

14 Marx y Engels, *Obras escogidas*, óp. cit., p. 559.

15 Lucio Colletti, «Bernstein y el marxismo de la Segunda Internacional», en *Ideología y sociedad*, Barcelona, Fontanella, 1975.



decisiva como poca meritoria ventaja de ser un engelsiano vivo.<sup>16</sup>

## 2. Reforma o revolución: Bernstein contra Luxemburgo

A Eduard Bernstein le corresponden dos méritos históricos que no le suelen ser reconocidos. El primero es el de plantear abiertamente la distancia creciente entre la práctica cotidiana del SPD y el cuerpo teórico al que todavía se apelaba para justificarla. El segundo, el hacerlo de forma más directa, honesta y sofisticada que casi todos los marxistas no sólo de su época, sino de épocas futuras. Sus planteamientos siguen siendo un referente de claridad a la hora de romper con el marxismo, algo que no todos sus herederos sabrán reconocer. Quizá su espíritu pueda consolarse con el hecho de que si bien sus escritos como tales han sido casi completamente olvidados, sus ideas consiguieron en última instancia un triunfo arrollador.

A la respuesta de Luxemburgo a Bernstein le ocurre lo contrario. El texto como tal<sup>17</sup> es a día de hoy casi legendario. Desmantela sistemáticamente las teorías de Bernstein de una forma que pocas veces se ve en un debate teórico y señala tan bien las fallas de los fundamentos del reformismo que todavía hoy puede recomendarse, y se recomienda, como primer texto de referencia sobre la cuestión. Aunque Luxemburgo nunca hubiese hecho otra cosa que escribir ese texto —y por supuesto hizo muchísimo más—, su nombre tendría un lugar garantizado entre las grandes revolucionarias de la historia comunista. Sin embargo, por desgracia, la victoria en el plano teórico no salvaría a Luxemburgo de pagar con su vida la derrota política en Alemania.

El argumento de Bernstein, célebre como el de Dühring por ser criticado en un texto ajeno, en este caso el de Luxemburgo, se puede resumir en la idea de que el desarrollo capitalista ha generado una serie de características que lo hacen inmune a un supuesto

derrumbe inevitable que habría teorizado Marx.<sup>18</sup> La buena salud del movimiento sindical, de la pequeña empresa, las cooperativas de consumo, el parlamentarismo, el sistema financiero, los cárteles, etcétera, hacen imposibles las crisis catastróficas y el poder excesivo y sin control del capital, lo que convierte al socialismo en una cuestión ética y de voluntad en vez de en una necesidad histórica. No nos vamos a detener aquí en los detalles del debate, que es de sobra conocido, sino en la pregunta de en qué sentido tiene este planteamiento en relación, como defiende Bernstein, con la estrategia política de la socialdemocracia.

Las observaciones de Bernstein no son alucinaciones. Aunque en algunos casos los datos que proporciona son de una calidad dudosa,<sup>19</sup> en general apuntan a desarrollos observables en los países capitalistas a finales del siglo XIX. Y no son unos desarrollos cualesquiera, sino los pasos visibles que la burguesía occidental está dando para salir de la mayor crisis económica de la historia del capitalismo hasta ese momento, la Gran Depresión de 1873-1895. Después de años de tasas de ganancia ridículas debido a la sobreproducción en un entorno de competencia brutal se pone punto final a la época del capitalismo del *laissez faire*. En esta época comienza la era de los monopolios, del proteccionismo renovado, de una segunda juventud para el colonialismo más feroz y de la consolidación de Alemania y Estados Unidos como potencias imperialistas comparables a Inglaterra y Francia.

La fase monopolista del capitalismo, el imperialismo, iba a «democratizar» hasta cierto punto el acceso preferencial a los recursos y los superbeneficios de las colonias que hasta entonces habían sido el privilegio casi exclusivo de Inglaterra. El efecto que este privilegio había tenido en los partidos socialistas ingleses

18 Karl Kautsky fue uno de los primeros en tratar de refutar la idea de que en *El Capital* de Marx se hable de un supuesto derrumbe inevitable, por ejemplo en *Bernstein und das Sozialdemokratische Programm*, 1899, citado en Colletti, óp. cit. Se escapa al objetivo de este texto valorar esta cuestión, aunque, como curiosidad, Luxemburgo considera la idea del derrumbe o colapso como un pilar imprescindible del socialismo científico.

19 Alguien tan poco sospechoso como Schumpeter de afinidades revolucionarias critica a Bernstein por la superficialidad de sus argumentos en contra de la concentración de capital, una de las predicciones más fácilmente verificables de Marx. Ver Joseph A. Schumpeter, *History of Economic Analysis*, Londres, Routledge, 1986, p. 850.

16 Manuel Sacristán, «Tres notas sobre la alianza impía», en *Sobre dialéctica*, Madrid, El Viejo Topo, 2009.

17 Rosa Luxemburgo, *Reforma o revolución*, Editorial Izquierda Revolucionaria ([https://www.marxists.org/espanol/luxem/01Reformaorevolucion\\_0.pdf](https://www.marxists.org/espanol/luxem/01Reformaorevolucion_0.pdf)).

y en sus clases obreras lo observan Marx y Engels muy poco después de llegar a ese país:

El proletariado inglés se está aburguesando, de hecho, cada día más; así que esta nación, la más burguesa de todas, aspira aparentemente a llegar a tener, al lado de la burguesía, una aristocracia burguesa y un proletariado burgués. Naturalmente, por parte de una nación que explota al mundo entero, esto es, hasta cierto punto, lógico.<sup>20</sup>

La influencia del imperialismo en la clase obrera inglesa y sus partidos políticos no abandonará nunca los pensamientos de los dos fundadores del marxismo.<sup>21</sup> En numerosas cartas y textos consideran hasta cierto punto comprensible su falta de *garra* revolucionaria y llegan a decir que «no ha existido un partido independiente de la clase obrera en Inglaterra desde la caída del cartismo en los años cincuenta».<sup>22</sup> Kautsky, en una visita a Engels en Londres en 1885, relata que el viejo comunista percibía la transición del capitalismo mundial hacia su fase monopolista sin ignorar sus consecuencias:

Engels no se cansaba de afirmar que el alejamiento de los obreros ingleses del socialismo estaba relacionado con la posición de monopolio de la industria inglesa en el mercado mundial, que permitía a los capitalistas conceder a los sindicatos ingleses extraordinarias facilidades. Pero ahora, con el surgimiento de industrias poderosas en otros países, este monopolio concluiría y la oposición entre el trabajo organizado y el capital resultaría agudizado incluso en Inglaterra.<sup>23</sup>

Desde esta perspectiva, la transformación progresiva del SPD en un partido que hoy reconoceríamos como reformista se vuelve mucho más comprensible. A pesar de existir en un Estado con unas instituciones políticas «deficientes» desde el punto de vista democrático burgués, su capitalismo consolidado en su fase monopolista va a permitir la existencia del aparato sindical-parlamentario que en Inglaterra fue una garantía de estabilidad del capital y no de revolución. Volveremos a este tema en la parte final de este texto, pero aquí podemos hacer esta observación: esta dimensión mundial, de diferencia *económica* entre el centro imperialista y su

periferia, está básicamente ausente del debate entre Bernstein y Luxemburgo. Las tesis de Luxemburgo acerca de que la fase monopolista del capitalismo no era una garantía de estabilidad definitiva eran, por supuesto, correctas, pero en ningún momento se aborda el problema más complejo de señalar hasta qué punto esta fase puede implicar un cambio político en el movimiento socialista.

Esto se puede ver en lo que en retrospectiva es uno de los puntos débiles de la respuesta a Bernstein. Al preguntarse en qué se diferencia exactamente la práctica política propuesta por Bernstein de la que ya existe en ese momento, Rosa Luxemburgo no tiene más remedio que contestar que «en una primera aproximación, la actividad partidaria resultante de la teoría de Bernstein no parece diferir de la actividad efectuada por la socialdemocracia hasta el presente».<sup>24</sup> Lejos de ver esto como un problema grave, la conclusión es que lo importante es el *objetivo* de esa práctica, no el *qué* sino el *para qué*. La actividad sindical, la agitación por las reformas sociales y la democratización de la sociedad son «medios para guiar y educar al proletariado en preparación de la tarea de la toma del poder»,<sup>25</sup> mientras que para el «revisiónismo» de Bernstein son fines en sí mismos que realizan objetivamente el cambio social deseado.<sup>26</sup>

Según este razonamiento, es aceptable que no haya absolutamente ninguna diferencia entre la práctica defendida por el «revisiónismo» y el socialismo científico, siempre que se tenga clara la divergencia absoluta en los objetivos. La cuestión no es el aceptar o rechazar las reformas en sí mismas, sino sustituirlas por la toma del poder:

Es por ello que quienes se pronuncian a favor del método de la reforma legislativa en lugar de la conquista del poder político y la revolución social en oposición a éstas, en realidad no optan por una vía más tranquila, calma y lenta hacia el mismo objetivo, sino por un objetivo diferente.<sup>27</sup>

Esto implica cierta disociación entre teoría y práctica. Si se toma el contenido de este texto de forma aislada es también otra forma de plantear la estrategia de la acumulación

24 Luxemburgo, óp. cit., p. 60.

25 Ibíd.

26 Más brutal fue la crítica de Gueorgui Plejánov, que ya en su *Cant contra Kant* de 1901 se pregunta cómo alguien con las ideas de Bernstein puede seguir militando en el SPD sin ser expulsado y qué conclusiones (negativas) se deben sacar precisamente del hecho de que *no* sea expulsado (Gueorgui Plejánov, *El papel del individuo en la historia*, Barcelona, Grijalbo, 1974, pp. 89 y ss.).

27 Ibíd, p. 81.

20 Carta de Engels a Marx, 7 de octubre de 1858.

21 Para una recopilación exhaustiva de todas las referencias a esta cuestión se puede consultar *Marx & Engels: On Colonies, Industrial Monopoly, and the Working Class Movement*, Montreal, Kersplebedeb, 2016.

22 Friedrich Engels, *The English Elections*, 1874, en *Marx & Engels on Britain*, Moscú, Progress Publishers, 1953.

23 Citado en Colletti, óp. cit., p. 88.

de fuerzas, en la que una lucha estrictamente legal y de crecimiento cuantitativo supone un «medio para educar al proletariado» antes de una toma del poder relativamente explosiva. Es posible que la propia Luxemburgo fuese consciente de este problema, porque unos años más tarde se enfrentaría con Kautsky en un debate acerca de, precisamente, las diferencias *prácticas* en la lucha política socialdemócrata.

### 3. Asalto o desgaste: Kautsky contra Luxemburgo

El debate sobre estrategia revolucionaria entre Kautsky y Luxemburgo es largo y difícil de resumir.<sup>28</sup> Superficialmente, y al menos en un comienzo, el contexto y contenido del debate se centra en la relación de las huelgas de masas con las luchas en diferentes países europeos (Bélgica, Austria, Alemania...) por las reformas democráticas, normalmente el sufragio universal efectivo. Buena parte del debate se encalla en debates circulares como el de la taxonomía de los tipos de huelgas: económicas o políticas, «abstractas» (o «anarquistas») o «específicas» (con un objetivo bien definido), demostrativas (como el Primero de Mayo) o coercitivas (contra el Estado o el capital), etcétera. Luxemburgo llega a ser despectiva sobre esta compartimentación tan precisa de los diferentes tipos de huelga<sup>29</sup> y es cierto que al analizar de esa manera el problema se llegan a acuerdos tan evidentes como poco útiles. Los dos autores aceptan la utilidad de las huelgas económicas, demostrativas y específicas, a la vez que plantean la imposibilidad relativa de predecir u organizar las gigantescas huelgas políticas de masas que se dan en situaciones excepcionales. Una huelga específica supone un momento de negatividad parcial dirigido contra la lógica de la acumulación capitalista. Esto es tan evidentemente útil como lo es el hecho de que la extensión y profundización de esa negatividad no puede sostenerse indefinidamente si no sufre un salto cualitativo. A partir de cierto momento se empezarán a socavar las propias bases para la supervivencia de la clase trabajadora, que sigue dependiendo de la reproducción social supeditada al capitalismo mientras no sea capaz de imponer su dominio político completo (la «lucha decisiva a vida o muerte» que será recurrente en el debate posterior). Por eso ese tipo de explosiones populares

se dan de manera «espontánea» sólo en situaciones absolutamente excepcionales, algo que en mayor o menor medida tanto Kautsky como Luxemburgo dan por cierto. Se puede ver que incluso en un tema tan específico como el de las huelgas económicas y políticas se encuentran ya escondidos problemas centrales como el del paso de la petición económica a la ruptura política, la transición de lo «espontáneo» a la toma del poder organizada, de la coexistencia del poder del capital y el poder obrero.

Estas cuestiones tan generales tendrán una importancia decisiva en los movimientos revolucionarios del siglo xx, pero los dos ejes que acaban definiendo el punto central de confrontación en esta etapa del proceso son los siguientes: la oposición entre una estrategia de «desgaste» y una de «asalto» y, paralelamente, la diferencia entre la actividad política en un país «desarrollado» (u «occidental», imperialista) y otro «atrasado» (u «oriental», periférico).

La contraposición entre el asalto y el desgaste la introduce Kautsky en el segundo texto del debate:

La moderna ciencia de la guerra diferencia dos tipos de estrategia, la *estrategia del asalto directo* y la *estrategia del desgaste*.

La primera reúne sus fuerzas de combate rápidamente, para ir al encuentro del enemigo y asestarle golpes decisivos, en los que lo derrota o lo incapacita para la lucha. En la estrategia de desgaste, por el contrario, el jefe evita todo combate decisivo: busca mantener al ejército en una constante alerta por medio de maniobras de todo tipo, sin darle oportunidad de estimular a sus tropas a través de triunfos; tiende a desgastarlas progresivamente por medio del hostigamiento y de amenazas constantes, disminuyendo cada vez más su capacidad de resistencia hasta llegar a paralizarlas.<sup>30</sup>

Los términos no son de Kautsky. Como señala Perry Anderson, provienen de Hans Delbrück, que los acuñó en un debate sobre historia militar que se estaba produciendo en Alemania en esa época; él, a su vez, se había inspirado en el célebre ensayo de Karl von Clausewitz, *De la guerra*.<sup>31</sup> Podríamos tirar de este hilo hacia el pasado y prácticamente no terminaríamos nunca. Kautsky en concreto se remonta hasta las Segundas Guerras Púnicas, en las que

28 Los propios participantes hasta cierto punto se llegan a desear explicar explícitamente a la hora de resumir el debate. Ver, por ejemplo, Karl Kautsky, *Una nueva estrategia* (1910), en Karl Kautsky, Rosa Luxemburgo et al., *Debate sobre la huelga de masas (Primera parte)*, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, 1975, p. 196.

29 Rosa Luxemburgo, *¿Desgaste o lucha?* (1910) en Kautsky y Luxemburgo, óp. cit., p. 165.

30 Karl Kautsky, *¿Y ahora qué?* (1910), en Kautsky y Luxemburgo, óp. cit., p. 133.

31 Perry Anderson, *The Antinomies of Antonio Gramsci*, Londres, New Left Review, n.º 100, 1976, p. 61.

el dictador Fabio Cunctator supuestamente salvó Roma de la catástrofe al adoptar una táctica de hostigamiento y desgaste contra Aníbal en lugar de enfrentarse abiertamente a sus temibles mercenarios.<sup>32</sup>

Una contraposición absoluta entre estas dos concepciones muy rara vez se da en la realidad. Kautsky, quizás intentando atajar réplicas estériles, aclara nada más introducir esta distinción que la estrategia del desgaste no evita grandes confrontaciones:

La estrategia de desgaste se diferencia de la estrategia del asalto directo solamente en que no va en forma directa hacia el combate decisivo, sino que lo prepara durante largo tiempo y sólo se presenta a darlo cuando sabe suficientemente debilitado a su oponente. Pero éste debería estar extraordinariamente desmoralizado si resulta posible arrancarle las fuentes de sus medios de poder sin una lucha decisiva e importante.<sup>33</sup>

De nuevo, vemos una repetición del esquema de la acumulación de fuerzas, en donde se aleja a un futuro indeterminado la gran confrontación decisiva. Al contrario que Bernstein, que sí deja de lado explícitamente las confrontaciones violentas, ni Kautsky ni Luxemburgo (igual que antes Engels) rechazan la violencia como palanca de cambio. ¿Cuál es el debate entonces? Creemos no violentar los argumentos de ambos al plantear que el debate real, al menos en superficie, es el de cuál debe ser la actitud del Partido ante acciones de masas que sobrepasen los cauces legales y que potencialmente enfrenten al proletariado a sus enemigos en combates decisivos. Kautsky contempla dos situaciones en las que esté justificado un movimiento insurreccional: una debilitación extrema y manifiesta del enemigo después de un largo periodo de desgaste o un ataque prematuro por parte de la burguesía que fuerce la mano de los socialistas. Así, la huelga de masas sería un hecho puntual o un periodo muy breve que se daría al final del proceso y que implicaría una lucha a muerte. Aquí, sí, «la tarea de los socialistas en esta acción como en toda acción de masas del proletariado era ponerse a la cabeza, sea cual fuere el resultado probable».<sup>34</sup> Hasta ese momento, y como repetirá en varias ocasiones con la fuerza

de un lema electoral, las tareas del partido deben ser principalmente:

Construcción de la organización, ganar todas las posiciones de poder que podamos conquistar y mantener nuestras propias fuerzas, estudio del Estado y la sociedad y esclarecimiento de las masas; nosotros y nuestras organizaciones no podemos plantearnos, hoy por hoy, otras tareas en forma consciente y planificada.<sup>35</sup>

Esto, en la práctica, es una defensa de lo que ya era la práctica cotidiana del SPD: propaganda, sindicalismo y parlamentarismo. El propio Kautsky lo dice así: «Como estrategia de desgaste yo designo a la totalidad de la práctica del proletariado socialdemócrata hasta el presente desde fines de los años sesenta».<sup>36</sup> Sería una irresponsabilidad, «una torpeza por nuestra parte», arriesgar estas décadas de trabajo exitoso, sobre todo ahora cuando supuestamente el partido está a las puertas de «llegar a alcanzar la mayoría absoluta de todos los votos emitidos»,<sup>37</sup> algo que será repetido en numerosas ocasiones. El éxito creciente justifica el nunca ir más allá de conflictos parciales bajo la dirección del SPD, el mantener siempre las fuerzas con la vista puesta en las siguientes elecciones. En teoría el paso del tiempo beneficia mecánicamente a los intereses de la clase trabajadora, así que no es justificable un aventurismo que puede acabar en tragedia a no ser que no exista literalmente ninguna otra opción.

La actitud de Luxemburgo ante las acciones de masas es prácticamente la contraria. Llegado cierto punto crítico de conflictividad, la tarea del partido es hacer avanzar la situación, tomar la iniciativa, organizar y encauzar la rebeldía: «El deber de un partido, dirigente de millones, es plantear con decisión aquella consigna que es la única que permite impulsar hacia adelante la lucha por él iniciada».<sup>38</sup> Aquí sí se ve la huelga de masas como un proceso prolongado, de incluso muchos meses de duración, en los que la intensidad de la confrontación va creciendo de forma continuada hasta llegar al punto en el que hay «que avanzar a cualquier precio o dejar morir».<sup>39</sup> Se prefigura en cierta manera el impulso leninista de atreverse

32 Kautsky, óp. cit., p. 134.

33 Ibíd., p. 135.

34 Kautsky y Luxemburgo, óp. cit., p. 214.

35 Karl Kautsky, *La nueva táctica* (1912), en Karl Kautsky, Rosa Luxemburgo y Anton Pannekoek, *Debate sobre la huelga de masas (Segunda parte)*, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, 1976, p. 121.

36 Kautsky y Luxemburgo, óp. cit., p. 224.

37 Ibíd., p. 150.

38 Ibíd., p. 162.

39 Ídem.

a avanzar hacia lo «imposible», el freno de mano ante el monótono discurrir de la historia, ante el sentimiento de estar avanzando con la corriente que, según Benjamin, tanto daño haría a la socialdemocracia. Ernst Bloch describió muy bien esa mezcla de valentía y análisis concreto, ese descubrimiento de la mediación exacta a la que agarrarse para dar el salto:

La valentía en este sentido es la acción adversa contra la posibilidad negativa de despeñarse en la nada. Es, empero, acción adversa sólo en tanto que, a diferencia del acto heroico rápido y abstracto, se asegura de la mediación más precisa con las condiciones dadas. Es decir, se pone en mediación con la madurez de estas condiciones y con su contenido, tal y como se encuentra en el orden del día social. Sólo esto es praxis en la medida de lo posible del momento [...]. Sólo esta praxis puede hacer pasar de la posibilidad real a la realidad el punto pendiente en el proceso histórico.<sup>40</sup>

Luxemburgo ataca muy claramente a Kautsky por su posicionamiento en esta cuestión. En varias ocasiones le acusa de estar de hecho actuando de freno ante el auge del movimiento de masas en Alemania, que por primera vez en mucho tiempo amenaza con desbordar los cauces legales de actuación:

El verdadero efecto de la salida a escena del camarada Kautsky es, por lo tanto, el de dar una pantalla teórica para los elementos del partido y los sindicatos que se sienten incómodos frente al ascenso del movimiento de masas, que quieren mantener a las masas sofrenadas y retirarse lo más pronto posible a los viejos y conocidos carriles de la actividad cotidiana parlamentaria y sindical.<sup>41</sup>

Defender la estrategia del desgaste en esta situación es, de hecho, defender lo que ella llama el «nada-más-que-parlamentarismo», algo que Kautsky rechaza al no negar en principio la necesidad de una confrontación violenta; para él, la estrategia del desgaste se basa simplemente en evitar a toda costa enfrentamientos irresponsables que no se pueden ganar.<sup>42</sup> Luxemburgo no es la única en acusar de este doble juego a Kautsky. Pannekoek, por ejemplo, se refiere a la propuesta de parlamentarismo y sindicalismo *ahora* y

confrontación *en algún momento futuro* como la «teoría de la espera inactiva»:

Inactiva no en el sentido de que no se continúe con las formas ordinarias de trabajo parlamentario y sindical, sino en el sentido de que deja pasivamente que las grandes acciones de masas se aproximen como fenómenos naturales, en lugar de realizarlas activamente e impulsarlas cada vez en el momento justo.<sup>43</sup>

Se acusa a Kautsky de «titanismo en la teoría y “desgaste” en la práctica, perspectivas ultrarrevolucionarias en las nubes y mandatos para el Reichstag como única perspectiva en la realidad».<sup>44</sup>

Gracias a la perspectiva que da la historia, no cabe ninguna duda de que este análisis era en esencia correcto. Tanto Luxemburgo como Pannekoek, entre otros, supieron ver qué se ocultaba ante el intento centrista de Kautsky de hibridar la práctica tradicional del SPD con la teoría revolucionaria del marxismo. En ese sentido, como decíamos antes, el intento abierto de ruptura de alguien como Bernstein es a la vez más claro y más honesto.

Por otra parte, Kautsky acierta al menos en dos de sus postulados. El primero, seguramente el menor, es el de señalar repetidamente el izquierdismo de Luxemburgo o Pannekoek en relación a la cuestión de la preservación de las fuerzas propias y la integridad de la organización. Luxemburgo cita con aprobación a Oda Olberg:

Una huelga política llevada a cabo con vigor y solidaridad nunca se pierde, pues es aquello que ella busca, un despliegue de fuerza del proletariado en el que los que luchan endurecen sus voluntades y su sentimiento de responsabilidad y las clases dominantes toman conciencia de la fuerza de su oponente.<sup>45</sup>

Las huelgas, entonces, siempre son positivas porque redundan en la conciencia del proletariado, que es la *verdadera* organización de la clase obrera más allá de cualquier organización formal y pasajera. Pannekoek lleva este razonamiento a su límite lógico:

Puede ser que la clase dominante, aplicando sin escrúpulos la violencia de sus leyes y su policía, consiga destruir aparentemente a la organización: no por eso los trabajadores volverán de pronto a transformarse en los individuos atomizados de antes, que sólo eran movidos por un estado de ánimo transitorio o por

40 Ernst Bloch, *El principio esperanza [1]*, Madrid, Trotta, 2004, p. 293.

41 Kautsky y Luxemburgo, óp. cit., p. 185.

42 *Ibíd.*, p. 224.

43 Kautsky, Luxemburgo y Pannekoek, óp. cit., p. 67.

44 Kautsky y Luxemburgo, óp. cit., p. 266.

45 *Ibíd.*, p. 260.

sus intereses particulares. Permanecerán en ellos, más vivos que nunca, el mismo espíritu, la misma disciplina, la misma coherencia, la misma solidaridad, la misma costumbre de una acción organizada, y ese espíritu ha de ser capaz de crearse en nuevas formas de actividad.<sup>46</sup>

Esta disociación extrema entre organización y conciencia fue brutalmente desmentida por el fracaso de la revolución alemana, en la que la propia Luxemburgo fue asesinada. De forma todavía más general, el colapso del movimiento comunista a finales del siglo xx supone quizás la prueba definitiva de que las formas «transitorias» de organización son de hecho esenciales y que los individuos *sí* pueden volver a perspectivas políticas supuestamente superadas si sus referentes políticos sufren un ataque lo suficientemente exitoso o un hundimiento lo suficientemente profundo. Aquí, por tanto, la cautela de Kautsky no estaba completamente desencaminada.

El segundo acierto de Kautsky es el más importante, pero también por el que merece menos reconocimiento. En este debate sobrevuela como una cuestión principal la diferencia entre la práctica política en un país «occidental» y uno «oriental». Buena parte de las argumentaciones de Luxemburgo se basan directa o indirectamente en el ejemplo de la Revolución Rusa de 1905, en donde una serie de huelgas absolutamente masivas y continuadas consiguieron arrancar de las manos del zarismo una reforma del Estado («otorgo todo menos el poder», como diría Lenin<sup>47</sup>). En una inversión deslumbrante de la vieja frase de Marx según la cual «el país industrialmente más desarrollado no hace sino mostrar al menos desarrollado la imagen de su propio futuro»,<sup>48</sup> Luxemburgo se enfrenta a décadas de chovinismo y eurocentrismo (la cursiva es nuestra):

La revolución actual concreta en el marco de la Rusia absolutista las consecuencias generales del desarrollo capitalista internacional. Aparece no tanto como sucesor de las viejas revoluciones burguesas, sino como precursora de una nueva serie de revoluciones proletarias en Occidente. *El país más atrasado, precisamente porque su revolución burguesa llegó en momento tan tardío, le muestra al proletariado de Alemania y de los países*

*capitalistas más adelantados los nuevos métodos de la lucha de clases.*<sup>49</sup>

La predicción es a la vez asombrosa y errónea. Acierta, y de nuevo prefigura el leninismo, en mover el centro de gravedad de la revolución mundial fuera de los países más desarrollados industrialmente, donde históricamente siempre se había supuesto que estaría. Sólo esta intuición genial compensaría muchos otros errores. Se equivoca, sin embargo, en creer que Rusia u otros países muestran al centro imperialista los métodos de la futura lucha de clases. Kautsky, con su cautela típica, argumenta que ese tipo de huelgas furiosas y masivas, en las que se entrelaza absolutamente lo económico y lo político, en las que el mismo hecho de hacer una huelga supone ya un triunfo y su propia justificación, serían algo *excepcional* en «Occidente» debido a la supuesta madurez de sus instituciones y organizaciones políticas. Los sindicatos, el parlamentarismo —con un sufragio amplio o universal— y la fortaleza del socialismo harían posible y deseable encauzar la lucha de clases por un camino no violento. A una mayor organización política le correspondería una menor acción de masas, un proceder «de manera legal y reglamentada».<sup>50</sup> Por el contrario, tanto Luxemburgo como Pannekoek consideran que el mayor desarrollo económico en Alemania hará *más fácil* que allí se dé una revolución, hará *más fácil* que tengan lugar movilizaciones de masas como en Rusia si existe la organización adecuada para ello.<sup>51</sup>

Defender que la revolución es *más fácil* en un centro imperialista, después de un siglo de experiencia, se nos muestra como un dominio unilateral del «optimismo de la voluntad» sobre el «pesimismo de la razón». Aunque los países de la periferia estuvieron a la vanguardia política del movimiento comunista, no enseñaron a la metrópolis los métodos de lucha del futuro. Nunca fue posible (y en algunas épocas se intentó con una dedicación exquisita) trasladar mecánicamente las estrategias de lucha que fueron exitosas en otros lugares. Incluso los partidos comunistas que rompieron con la socialdemocracia acabaron derivando en prácticas de acumulación de fuerzas en las que Kautsky se vería reflejado y reivindicado.

¿Por qué decimos entonces que el acierto de Kautsky no es muy meritorio? Porque nunca durante todo el debate ninguna de las partes fue capaz de identificar el aspecto central del problema. Los aciertos de Kautsky lo fueron en gran medida por razones erróneas o confusas, lo que algunas veces puede ser igual de peligroso que equivocarse por completo. Todo el debate, durante cientos de páginas, se centra en las diferencias

46 Kautsky, Luxemburgo y Pannekoek, *óp. cit.*, p. 57.

47 V. I. Lenin, *Se aproxima el desenlace* (1905), en *Obras completas*, t. IX, Madrid, Akal, 1976, p. 453.

48 Karl Marx, *El capital*, t. I, Madrid, Siglo XXI, 1975, p. 7.

49 Rosa Luxemburgo, *Huelga de masas, partido y sindicatos*, Madrid, Siglo XXI, 1974, p. 85.

50 Kautsky, Luxemburgo y Pannekoek, *óp. cit.*, p. 35.

51 *Ibíd.*, p. 211.

entre «Occidente» y «Oriente» a nivel político e institucional. A nivel legal, organizativo, cultural. A nivel *superestructural*. Aunque se menciona el desarrollo industrial, se justifica la probabilidad de uno u otro tipo de acción política a lo avanzado que esté un país en cierto desarrollo (aparentemente) lineal hacia un ideal democrático y de participación política de masas. En ocasiones Luxemburgo roza el corazón de la contradicción, como cuando señala que Prusia es supuestamente un país tremendamente avanzado pero a la vez dirigido por una «oligarquía parasitaria» y «semiasiática» como la de los Junkers.<sup>52</sup> El problema se aclararía si se hubiese señalado frontalmente y como una cuestión fundamental el hecho de que la burguesía alemana era imperialista en el sentido leninista del término, mientras que la rusa no lo era: vivía en un país imperialista en el sentido clásico, o pre-leninista, pero que en lo económico era prácticamente una semi-colonia de Francia e Inglaterra. Éste es el factor que determina las diferencias fundamentales en última instancia, es esto lo que va a causar la profunda divergencia entre el movimiento socialista en el centro imperialista y su periferia. Como ya había observado Engels hacía mucho tiempo, esto es lo que causa un declive en el movimiento obrero, lo que permite una situación de «extraordinaria facilidad» para el reformismo y el sindicalismo. Lo que permite que se genere una capa de dirigentes políticos absolutamente alérgicos a cualquier confrontación directa y a vida o muerte contra el Estado y su clase dominante, mucho más cómodos con su integración completa en la legalidad parlamentaria y el ciclo electoral. Y, sin embargo, en todo el debate se menciona la diferencia económica específica entre el centro y la periferia *una única vez*, nada menos que para señalar que los obreros alemanes, a pesar de *vivir mejor* que los rusos, están *más explotados* que ellos en el sentido técnico marxista del término.<sup>53</sup> En este punto, tanto Kautsky como Luxemburgo están de acuerdo. Es evidente, por desgracia, que esto no ayuda absolutamente nada a la hora aclarar la cuestión, más bien todo lo contrario.<sup>54</sup>

52 Kautsky y Luxemburgo, óp. cit., p. 146.

53 Ibid., p. 255.

54 La idea de que los obreros de los países imperialistas reciben un salario muy superior a la media mundial gracias a estar explotados en igual proporción sigue siendo utilizada a día de hoy. El hecho de que se haga en una situación en la que la mayoría de la producción industrial ya se ha movido a la periferia y en donde la diferencia en los niveles de vida es abismal demuestra que detrás de este argumento sólo se esconde un chovinismo que retuerce las categorías marxistas en su favor. Para un tratamiento en profundidad de esta cuestión ver Zak Cope, «Global Wage Scaling and Left Ideology: A Critique of Charles Post on the 'Labour Aristocracy'», en Paul Zarembka (ed.), *Contradictions: Finance, Greed, and Labor Unequally Paid* (Research in Political Economy, v. 28), Bingley, Emerald Group, 2013.

#### 4. La Gran Guerra y la bancarrota de la II Internacional

La mayoría de los partidos socialdemócratas, llevando a la cabeza en primer término al partido alemán, el más numeroso e influyente de la II Internacional, se han puesto al lado de su Estado Mayor Central, de su gobierno y de su burguesía, contra el proletariado. [...] La guerra europea de 1914-1915 también ha empezado a reportar beneficios indudables a la humanidad, al mostrar a la clase avanzada de los países civilizados que en sus partidos ha madurado un repugnante absceso purulento y que hay algo que despiden un insoponible olor a muerto.

V. I. LENIN<sup>55</sup>

Como señala Lenin, la Primera Guerra Mundial supone al menos un beneficio indudable para la humanidad: aclarar de un golpe años, quizás décadas, de debate teórico. Aquí está por fin la conclusión de la «espera inactiva», el golpe de mano de la burguesía que fuerza una lucha a vida o muerte por parte de un ejército de millones de proletarios construido metódica y pacientemente. Aquí hay que demostrar la unidad internacionalista inquebrantable, llevar a la práctica los acuerdos de los Congresos Internacionales de Stuttgart y Basilea que exigían oponerse de cualquier manera a una guerra fratricida entre proletarios para mayor gloria de los parásitos imperialistas.<sup>56</sup>

Lo que ocurrió en realidad es bien conocido. La inmensa mayoría de los partidos socialdemócratas encontraron una y mil excusas para aliarse con «sus» burguesías, para llamar a la defensa de la patria y no al derrocamiento de los instigadores de la guerra. El giro es tan catastrófico que, de todos los parlamentarios del SPD, partido que ejerce de líder moral de la Internacional, sólo dos (Karl Liebknecht y Otto Rühle) votaron en el Reichstag contra los créditos de guerra. Poniendo en riesgo su vida, Liebknecht dijo lo siguiente mientras negaba su apoyo:

Para Alemania ésta no es una guerra defensiva. Su carácter histórico y los sucesos que llevan a ella hacen imposible que

55 V. I. Lenin, *La bancarrota de la II Internacional* (1914), en *Obras completas*, t. XXII, Madrid, Akal, 1977, p. 304.

56 Ibid., p. 309.

confiemos en el gobierno capitalista que la declara cuando dice pedir estos créditos de guerra en defensa del país.<sup>57</sup>

La traición es tan absoluta que Lenin, al leer las primeras noticias acerca del colapso de la II Internacional, cree estar leyendo un artículo de propaganda de guerra diseñado para desmoralizar a los aliados extranjeros del SPD, un auténtico *fake news* de la época. Una vez constatada la dimensión de la derrota, el ala izquierda de la socialdemocracia europea converge rápidamente. En la Liga Espartaquista en Alemania (con Luxemburgo, Liebknecht y Zetkin), en la Izquierda de Zimmerwald (con Lenin a la cabeza) a nivel internacional.

La clarificación política avanza ahora a contrarreloj. Lenin se desmarca de sus antiguos camaradas y referentes, como Kautsky, en textos cada vez más duros. Pasa de ser un espectador relativamente distante o de apoyar tácitamente a los líderes del SPD a apoyar firmemente a Luxemburgo y Pannekoek en su debate contra Kautsky. Éste es un «traidor», un «renegado», un «filisteo», un «chovinista», un enemigo si cabe más peligroso que el resto porque defiende posiciones centristas y confusas con mucha mayor habilidad que otros socialdemócratas menos capacitados. Le ataca por sus teorías del «ultraimperialismo»,<sup>58</sup> por el abandono de los fundamentos de la teoría marxista del Estado,<sup>59</sup> por su confusión interesada sobre la dictadura del proletariado...<sup>60</sup> La lista es interminable.

La clarificación de Lenin también llega a los fundamentos económicos de la escisión del movimiento socialista. Aquí al fin se señala con claridad científica la verdadera diferencia específica entre el «Occidente» y «Oriente» de la era capitalista. En su *El imperialismo, fase superior del capitalismo* (1916) sienta las bases todavía vigentes que definen la era monopolista del capitalismo y su relación con sus colonias o periferia. La artillería pesada llega con *El imperialismo y la escisión del socialismo* (1916), que empieza ya con la tesis fundamental sobre la debacle socialista en forma de pregunta retórica:

¿Existe alguna relación entre el imperialismo y la monstruosa y repugnante victoria que el oportunismo (en forma de

socialchovinismo) ha obtenido sobre el movimiento obrero en Europa? Este es el problema fundamental del socialismo contemporáneo.<sup>61</sup>

El texto señala metódicamente la relación entre el parasitismo imperialista y sus superbeneficios y el oportunismo y revisionismo de sus partidos obreros. Plantea que no existe lucha contra el imperialismo sin una lucha contra esos «partidos obreros burgueses»,<sup>62</sup> que ésta es una situación estructural que también afecta al proletariado de los países imperialistas, que «recibe toda clase de reformas y beneficios».<sup>63</sup> A esos obreros imperialistas hay que hablarles sin rodeos:

Si los obreros alemanes quieren ahora hacer la revolución, deben hacer sacrificios y no asustarse por ello. [...] En los países más ricos, no muchos, en los que se vive más desahogadamente merced a la explotación imperialista, decir a los obreros que deben temer un empobrecimiento «demasiado grande» será contrarrevolucionario. Hay que decir lo contrario. La aristocracia obrera, que teme los sacrificios, que teme un empobrecimiento «demasiado grande» durante la lucha revolucionaria, no puede pertenecer al partido. De lo contrario, la dictadura será imposible, sobre todo en los países de Europa Occidental.<sup>64</sup>

Éste es un punto álgido en la historia del movimiento comunista, uno que todavía a día de hoy, cien años más tarde, estamos recuperando en toda su complejidad.<sup>65</sup>

¿Cómo se resuelve el debate específico sobre la estrategia revolucionaria? El POSDR(b) (Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia [bolchevique]) consigue esa síntesis entre firmeza y audacia, se agarra a la posibilidad de lo imposible en la coyuntura concreta. En octubre de 1917, nuestro noviembre y el Octubre, inauguran el siglo xx con esa «Revolución contra *El Capitán*»,<sup>66</sup> saltándose las supuestas etapas mecánicas del desarrollo de la historia ante el grito desesperado de la respetable socialdemocracia europea. Comienza la era de los Partidos Comunistas, de nuevo tipo, agrupados en la III Internacional o Internacional Comunista. Nada tiene

61 V. I. Lenin, *El imperialismo y la escisión del socialismo*, Moscú, Editorial Progreso, 1973, p. 3.

62 *Ibíd.*, p. 17.

63 *Ibíd.*, p. 16.

64 V. I. Lenin, *Discurso sobre las condiciones de ingreso en la Internacional Comunista* (30 de julio de 1920), en *Discursos pronunciados en los congresos de la Internacional Comunista*, Moscú, Editorial Progreso, 1970 (<https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1920s/internacional/congreso2/04.htm>).

65 Ver, por ejemplo, John Smith, *Imperialism in the Twenty-First Century*, Nueva York, Monthly Review, 2016.

66 Antonio Gramsci, *Antología*, Madrid, Siglo XXI, 1977, p. 34.

57 Karl Liebknecht, *Liebknecht's Protest Against the War Credits*, Justice, 17 de diciembre de 1914, p. 1 (<https://www.marxists.org/archive/liebknecht-k/works/1914/12/17.htm>).

58 Lenin 1914, *óp. cit.*, p. 319.

59 V. I. Lenin, *El Estado y la revolución* (1916), en *Obras completas*, t. XXVII, Madrid, Akal, 1976, p. 119.

60 V. I. Lenin, *La revolución proletaria y el renegado Kautsky* (1918), Madrid, Ayuso, 1976, p. 89.

tanto éxito como el éxito, como se suele decir, y también comienza, por qué no decirlo, una era en la que se intenta copiar, de manera eufórica pero con un regusto mecánico, la experiencia bolchevique.

A finales del siglo XIX comienza un proceso histórico de reevaluación de la estrategia marxista en «Occidente». La consolidación de los Estados nacionales imperialistas, el parlamentarismo, el sindicalismo y la fuerza de los partidos socialdemócratas de masas parecen abrir la puerta a una toma del poder auspiciada por un crecimiento constante e imparable del poder obrero y coronado, en el peor de los casos, en un último estallido insurreccional. La contradicción aparente entre esta práctica que se refuerza día a día y la tradición anterior marxista no pasa desapercibida. Unas veces sirve como coartada para abandonar la «anticuada teoría radical», como en Bernstein; otras, se intenta una síntesis superadora en falso apelando a la especificidad «occidental», como en Kautsky. El radicalismo de la juventud marxista ya sólo es válido para la periferia mundial, para el «Oriente» primitivo.

Luxemburgo y Kautsky llevan el debate hasta una aparente antinomia. Ella tiene razón en ver a Rusia como un augurio, un referente, un avance político en comparación con el oportunismo socialdemócrata alemán, que es capaz de identificar antes que nadie. Kautsky tiene razón en señalar, aunque de manera desvirtuada, la diferencia específica de la acción política en un país imperialista, la mayor dificultad que entraña hacer una revolución mediante la estrategia del asalto en un lugar donde imperan el parlamentarismo y el sindicalismo. Los dos apuntan a un problema en apariencia irresoluble en su situación específica. La cuestión, como todas, se resuelve en la caldera de la práctica histórica. La Primera Guerra Mundial fuerza el conflicto hasta sus últimas consecuencias, permite el salto leninista universal a partir del concreto histórico. Es un salto pagado con sangre obrera, sangre campesina, sangre de nuestros hermanos y hermanas enterrados en los campos de batalla y en las fosas comunes. Después de este salto dialéctico, el hilo rojo de la historia continúa a partir de una posición más elevada, más clara, aunque no sin sus propias contradicciones.

No podemos ahora seguir ese hilo rojo en detalle, pero sí podemos dar unas últimas pinceladas para terminar. Los intentos de emular en «Occidente» el empuje bolchevique son, por desgracia, improductivos. Incluso en Alemania, donde se da una tormenta perfecta para la revolución (derrota en la guerra, miseria y crisis económica, un Partido Comunista de masas de gran prestigio, el apoyo internacional de la nueva República Soviética), el proyecto revolucionario encalla en más de una ocasión. La socialdemocracia es de nuevo un actor fundamental en este naufragio. Pasan de ser «traidores» en la II Internacional a

gestores imprescindibles y brutales del capitalismo en crisis, papel que ya no abandonarán al menos durante varias décadas.

Después de una década de grandes esperanzas y grandes fracasos, recae en Antonio Gramsci la iniciativa de retomar la cuestión que hemos estudiado. En el que es uno de los textos más célebres de sus *Cuadernos de la cárcel*,<sup>67</sup> Gramsci retoma (o redescubre) el debate entre Kautsky y Luxemburgo. Aquí están de nuevo las diferencias entre «Occidente» y «Oriente», la estrategia del asalto y la estrategia del desgaste, renombradas ahora como *guerra de movimiento* y *guerra de posición*, que es como pasarán al vocabulario común del marxismo. Hay algunas diferencias significativas, como que ahora la última aplicación legítima de la estrategia del asalto ya no es la Comuna de París<sup>68</sup> (fallida, y en «Occidente»), sino la Revolución Rusa de 1917 (un éxito, y en «Oriente»). Aunque las conclusiones reformistas y oportunistas de Kautsky le serían completamente extrañas a Gramsci, la lectura de Anderson<sup>69</sup> es convincente en el sentido de que no es excesivamente difícil entender al italiano como defensor de las mismas tesis kautskianas acerca de la necesidad de aplicar el desgaste y la guerra de posición en una sociedad capitalista «desarrollada». Arrastra esta ambigüedad porque personifica una contradicción todavía no resuelta y que no puede tratar de manera sistemática debido a sus condiciones tanto personales como históricas. No hace falta demostrar, en todo caso, que muchos de sus lectores contemporáneos han caído de manera más o menos consciente en esa perspectiva kautskiana implícita que también existe en Gramsci.

A día de hoy parecemos vivir en una reedición de la antinomia de la II Internacional. La teoría dominante dentro del campo comunista es la de la acumulación de fuerzas, el desgaste, la guerra de posición pseudogramsciana por la vía parlamentaria en la que se vuelve a alejar el momento de ruptura a un futuro indefinido para el que no se está realizando absolutamente ningún tipo de preparación. Esto ha producido éxitos parciales en forma de concesiones económicas y políticas en tiempos de bonanza, pero el precio a pagar ha sido enorme. En primer lugar esas concesiones son tremendamente frágiles, como hemos podido comprobar desde el inicio de la última gran crisis económica. Segundo, y quizás más importante, la vía reformista parlamentaria supone el debilitamiento sistemático de la organización independiente de la clase obrera, en la que la acción parlamentaria debería ser en todo caso una cuestión accesorias e integrada en una estrategia general para la transformación social. En vez de eso siempre se impone como el regulador absoluto de toda actividad política

67 Antonio Gramsci, *Análisis de las situaciones. Correlaciones de fuerzas*, en Gramsci, óp. cit., p. 409.

68 Kautsky y Luxemburgo, óp. cit., p. 135.

69 Anderson, óp. cit., p. 61.

obrero, supeditando toda iniciativa a la lógica del electoralismo y el «sentido común» posibilista que exige tener en cuenta las necesidades objetivas tanto del capital como del trabajo (lo que suele llevar rápida e inexorablemente a dar prioridad a las necesidades del capital, dado que incluso un gobierno reformista necesita que la reproducción social bajo la lógica capitalista funcione con relativa normalidad para poder seguir existiendo). Analizado fuera del microscopio de la última encuesta de opinión y la última gran crisis electoral esto ha supuesto el suicidio lento pero seguro de toda capacidad de intervención en el desarrollo político en las metrópolis imperialistas.<sup>70</sup>

El viejo mundo no termina de morir y, en medio de una crisis que ya es estructural, se suceden las «acciones de masas que estremecen la vida social»:

Todos los espíritus son sacudidos; el paso veloz de los acontecimientos es seguido con atención y expectativa aún por aquellos que se contentan sólo con poner una boleta electoral cada cinco años. Y los que participan, obligados a concentrar todos sus sentidos con la máxima intensidad en la situación política que determina su conducta, agudizan en tales épocas de crisis política su visión política en pocos días más de lo que pudieron avanzar en años.<sup>71</sup>

Sin embargo, falta esa organización «dirigente de millones» a la que Luxemburgo pedía tomar la iniciativa. Todos los partidos socialdemócratas sin excepción han continuado y profundizado la lógica reformista iniciada por Bernstein, que ya hemos detallado. Al final, forzados a elegir entre una tarea imposible (la revolución entendida como la suma de reformas y victorias electorales) y un papel relevante como elemento fundamental de contrapeso en la regulación del capitalismo todos acaban renegando explícitamente de cualquier perspectiva revolucionaria, por lejana que sea (desde el abandono del Marxismo por parte del PSOE hasta la eliminación de la Cláusula IV en el programa del Partido Laborista).

Sin embargo no se puede achacar esta deriva a fallos personales, «traiciones» o errores coyunturales. No sólo ocurre sistemáticamente a todos los partidos socialdemócratas, sino también

70 Para un estudio en profundidad de este problema ver István Mészáros, *Actualidad histórica de la ofensiva socialista. Alternativa al parlamentarismo*, Madrid, El Viejo Topo, 2011. El texto, no está de más mencionarlo, está lejos de dar a la cuestión imperialista la importancia que merece (un par de menciones sobre la especificidad de los centros imperialistas en oposición a la llamada periferia en un ensayo que pasa de las 125 páginas). Esto lleva a una valoración excesivamente abstracta de esos países imperialistas y otra completamente descontextualizada y ultracrítica de lo que Mészáros llama países «poscapitalistas». En este sentido, en ocasiones recuerda a los debates que aquí estamos analizando, a pesar de que su lectura sea más que recomendable.

71 Kautsky, Luxemburgo y Pannekoek, óp. cit., p. 56.

a todos los Partidos Comunistas de los Estados imperialistas. La estrategia del PCE durante la Transición, el «Camino Británico al Socialismo» del PCGB, el «Programa Común» del PCF, el infame «Compromiso Histórico» del PCI, etcétera, no son en esencia diferentes de cualquier programa clásico reformista; sólo hay que eliminar los vestigios de fraseología revolucionaria incoherentes con la práctica *real y cotidiana* de los Partidos, como ya había pedido Bernstein hace tanto. Todos los Partidos Comunistas «occidentales» de la antigua Internacional Comunista han pasado, sin excepción, por un proceso de acercamiento progresivo a las tesis tradicionales socialdemócratas, llegando algunas veces a la disolución voluntaria tras el colapso del bloque socialista a finales del siglo pasado. Aquí por lo tanto entran en juego las famosas circunstancias no elegidas bajo el libre arbitrio de los participantes en la comedia histórica, las determinaciones económicas específicas (*imperialistas*) y los aspectos superestructurales que forman una totalidad a superar.

Conservamos el legado de las luchas pasadas, pero por ahora sólo podemos retomar su punto más álgido en nuestras mentes. Para llevar la filosofía de nuevo a las barricadas debemos entender, en primer lugar, la contradicción que todavía no ha sido superada a nivel histórico. Revolución o reforma, asalto o desgaste, guerra de movimiento o de posición, signos que apuntan a una barreira presente en ese «Occidente» todavía dominado por parásitos oligárquicos. Igual que durante el colapso de la II Internacional, esta contradicción sólo podrá superarse en la praxis, en esa unión audaz de teoría y práctica que hoy trata de alumbrarnos desde la cima de Octubre. Lo inmediato siempre puede parecer lo más oscuro, pero es ahí donde dormita el enigma de la revolución. El marxismo, como «ciencia del futuro mediada con la realidad, con el fin de la acción»,<sup>72</sup> nos permitirá revolucionar la contradicción histórica de la revolución en «Occidente», entendiéndola para eliminarla en la práctica, *entendiéndola a través de su eliminación práctica*. El primer paso, y es posible que realmente tengamos que comenzar desde aquí, debe ser recuperar las voces de aquellos que ya anduvieron este camino antes que nosotros. Sus disputas son otra vez nuestras disputas. Perry Anderson recuerda la dificultad constante de ser contemporáneos con nuestro presente, mientras que en Europa todavía tenemos que ser suficientemente contemporáneos con nuestro pasado.<sup>73</sup> Quizás, como decía Benjamin, nada corrompió a los obreros alemanes como la opinión de que nadaban con la corriente de la historia. Nosotros somos plenamente conscientes de nadar contra una corriente que, a día de hoy, parece ir en contra de la propia vida.

72 Bloch, óp. cit., p. 336.

73 Anderson, óp. cit., p. 78.



# El poder dual en Rusia: los sóviets antes de la Revolución de Octubre

Lo nuevo convive con lo viejo y debe destruirlo antes de ser absorbido por éste, no esperar pacientemente su turno en el cielo de la Historia.

*Sobre las «Tesis de abril», Iniciativa Comunista, 2017*

Los sóviets de diputados obreros y soldados es una forma de Estado que no existe ni ha existido nunca en ningún país. Esta forma representa el primer paso hacia el socialismo y es inevitable en los comienzos de la sociedad socialista. Este es un hecho de importancia decisiva. La revolución rusa ha creado los sóviets

*Séptima Conferencia de toda Rusia del POSDR(b), 24-29 de abril de 1917*

La Revolución de Octubre<sup>1</sup> inaugura una época de importancia universal para nuestra clase, para un proletariado revolucionario que da entonces sus mayores pasos, cada vez más firmes y conscientes, hacia la emancipación de las masas explotadas por el yugo del capital en todo el planeta. De la experiencia soviética pervive hasta nuestros días un enorme legado de enseñanzas históricas que nos corresponde ahora estudiar y asimilar, siempre con el claro

objetivo de construir nuevamente un movimiento revolucionario capaz de barrer todo rastro del capitalismo sobre la faz de la tierra.

Parece indudable que los cruciales acontecimientos de octubre de 1917 no son producto de un día. Que no nacen de una simple directriz del Partido bolchevique, ni aparecen como el resultado mecánico e inmediato de unas condiciones objetivas ya «maduras» para el salto revolucionario. Todo lo contrario. Una larga y complicada trayectoria precede —como, dicho sea de paso, no puede

<sup>1</sup> Todas las fechas figuran en este texto según el calendario juliano vigente en Rusia en 1917. La diferencia con el actual calendario gregoriano es de trece días.

ocurrir de otra manera— a la primera revolución socialista de la historia. Un camino donde los cuadros bolcheviques se templan a través de una lucha política tenaz, continuamente perseguidos y reprimidos por el poder burgués; un camino donde el pueblo ruso adquiere una riquísima experiencia práctica en el curso de su incesante lucha contra la opresión zarista y el capital. Sin este imprescindible recorrido previo, no estaríamos hoy ante las puertas del centenario de una fecha tan señalada.

Entre las que parecían contarse, en un primer momento, como particularidades de la coyuntura revolucionaria rusa, se encuentra el fenómeno del «poder dual». Sin embargo, aunque por aquel entonces el floreciente poder soviético plantease una situación sin precedentes, muy pronto quedaría clara su decisiva significación histórico-universal: en efecto, la coexistencia del naciente poder proletario con el caduco poder burgués —lo nuevo que emerge y se abre camino en el propio seno de lo viejo—, ha resultado ser una circunstancia común a la mayor parte de los procesos revolucionarios emprendidos en el siglo , tal y como una y otra vez ha venido a demostrar la experiencia práctica de nuestra clase.

En el caso ruso, esta dualidad de poderes se materializa en la constitución de los sóviets, literalmente ‘consejos’ obreros, órganos de administración y combate donde se aglutinan amplias masas trabajadoras para confrontar a todos los niveles la dictadura del capital. Por nuestra parte, no nos ocuparemos aquí de los aspectos teóricos que implica el poder dual en sí mismo (desarrollado más por extenso en otras secciones de este monográfico), sino de la manera práctica concreta en que este fenómeno se fue desplegando en los convulsos meses previos a la toma del poder por parte de los bolcheviques en octubre de 1917.

Así, pues, ateniéndonos rigurosamente al desarrollo histórico de la lucha de clases en Rusia, vemos que los sóviets realizan su primera aparición durante el estallido revolucionario de 1905. Se trata en este momento de un acontecimiento puramente espontáneo, producto de la iniciativa de las propias masas trabajadoras en el fragor de la acción revolucionaria. Estos sóviets surgen fundamentalmente como consejos de diputados obreros para organizar la huelga y

coordinar la lucha del proletariado en las distintas fábricas, talleres y demás centros de trabajo a lo largo de todo el territorio agitado por el enfrentamiento contra las fuerzas de la reacción.

El mayor y más importante de estos sóviets, formado el 13 de octubre en San Petersburgo, crece desde unos 40 delegados hasta 562 en apenas un mes. Creado primero como comité de huelga, pronto comienza a fijarse objetivos más ambiciosos: imprime panfletos para difundir sus propias noticias, se encarga de abastecer a los trabajadores, llama al impago de los impuestos y a retirar los depósitos bancarios, etc. Por desgracia, a pesar de su gran papel como vehículo de la lucha organizada del proletariado, el sóviet de San Petersburgo cae el 3 de diciembre, sólo un mes y medio después de su surgimiento.

Con la restauración de la «normalidad» política y económica tras el vendaval revolucionario de 1905, todos los consejos obreros son definitivamente suprimidos y la lucha de clases prosigue en Rusia de una manera más o menos velada durante varios años. Pero en febrero de 1917, después de 31 meses de guerra imperialista, las terribles penurias sufridas por el pueblo ruso y la agudización de las contradicciones sociales terminan desembocando en un nuevo conflicto abierto entre estas masas trabajadoras, cada día más hambrientas y explotadas, y el gobierno que las arroja hacia la muerte en su afán de rapiña imperialista. Culminando una serie de huelgas cada vez más intensas que se suceden desde julio de 1916, cientos de miles de obreras y obreros se echan ahora a las calles, forzando casi inmediatamente la abdicación del zar y generando al mismo tiempo diversos órganos de lucha económica, política y militar.

«Fueron las mujeres obreras de San Petersburgo quienes comenzaron esta revolución; fueron ellas las primeras en levantar la bandera de oposición al zar y sus compinches»<sup>2</sup>. El 23 de febrero (8 de marzo en el calendario gregoriano, es decir, el Día Internacional de la Mujer Trabajadora), una enorme marcha de mujeres arrastra a otros tantos miles de obreros y obreras industriales (hasta 128.000) a sumarse a la huelga. La demanda de derechos iguales para las mujeres se une a las protestas contra la guerra, el desabastecimiento, los precios elevados, el racionamiento del pan, etc. En los días

<sup>2</sup> Aleksandra Kollontai, *El Día Internacional de la Mujer*, 1920 (trad. cast.: Iniciativa Comunista, 2017: <http://www.iniciativacomunista.org/documentos/1030-el-dia-internacional-de-la-mujer-alexandra-kollontai-1920>).

que siguen a este estallido liderado por las mujeres obreras de San Petersburgo crece exponencialmente el número de manifestantes y huelguistas, haciendo avanzar de manera imparable la insurrección del pueblo ruso.

A partir de este momento, y profundamente enriquecidas por la experiencia previa de 1905 —es decir, instruidas a lo largo del tiempo en y a través de su propia práctica revolucionaria—, las masas oprimidas por el dominio de la autocracia y el capital ruso retoman la formación de sóviets como herramienta organizativa para oponerse al poder imperante.<sup>3</sup> Los trabajadores y soldados de Petrogrado (nombre que recibe la ciudad de San Petersburgo entre 1914 y 1924) dan el pistoletazo de salida, con la constitución de un sóviet hacia finales de febrero de 1917, para la extensión de dicha iniciativa a través de todo el Estado ruso.

Con el apoyo prácticamente indiviso del ejército, esta red de órganos de masas detenta un poder efectivo frente al cual las instituciones oficiales del Estado nada pueden hacer... por sí solas. Será necesaria la complicidad de los sectores «revolucionarios» pequeñoburgueses (es decir, el Partido socialrevolucionario y la fracción menchevique del POSDR) para que la burguesía rusa conserve su posición dominante, o, más bien, para que por primera vez se vea obligada a ejercer ella misma, sin ningún tipo de intermediarios, el poder político. A estas alturas ya no puede continuar refugiándose bajo la omnipotente figura de la dinastía Romanov: la precipitada abdicación del zar Nicolás II y la detención de sus principales ministros fuerza a la burguesía a asumir el control político directo del Estado. Se forma entonces el llamado Gobierno Provisional, que constituye, en palabras de Stalin, un «órgano de la burguesía moderada, asustada por los «excesos» de la revolución».<sup>4</sup>

Pero detengámonos, por el momento, en la organización y el funcionamiento práctico de los sóviets durante los meses que trascurren desde la insurrección espontánea de febrero hasta la revolución socialista de octubre. Su papel es ahora, sin duda, *cualitativamente* superior al que desempeñaron en 1905. Si entonces su corta vida y la relativamente

escasa experiencia política del proletariado ruso impidieron un desarrollo firme de los sóviets, en 1917 la coyuntura se presenta bajo una luz muy diferente.

Desde el primer instante, estos consejos trascienden cualquier tipo de existencia como meros espacios de resistencia económica en fábricas o talleres aislados (tarea de la que se encargan los propios comités de fábrica, creados al abrigo de la revolución). Así lo recoge en sus documentos el Partido bolchevique: «El sóviet de diputados obreros no es una organización de tipo sindical como lo quiere la burguesía. El pueblo lo ve de otro modo y mucho más acertadamente; lo ve como un órgano de poder».<sup>5</sup> De esta forma, las medidas de los sóviets abarcan todos los terrenos de la existencia social rusa. Especialmente a escala local, las masas emprenden la resolución práctica inmediata de sus problemas más acuciantes: la organización de la producción, el racionamiento de alimentos, etc., pasan a formar parte de su labor cotidiana.

En primer lugar, observamos que se trata aquí de un nuevo poder no solamente por quién lo ejerce, sino por la propia forma que adopta. Como rezan las famosas líneas de Marx, el proletariado revolucionario no puede limitarse a tomar posesión de la maquinaria estatal sin más, manteniéndola tal y como ésta existía bajo el régimen capitalista. Los sóviets constituyen precisamente un nuevo tipo de gobierno en este sentido, un gobierno opuesto desde su raíz misma al viejo poder burgués. Las diferencias entre ambos se hacen notar rápidamente.

Por ejemplo, todos los funcionarios públicos son ahora elegidos democráticamente, pueden ser destituidos en cualquier momento y reciben una retribución «según las normas proletarias» —lo cual se aplica, naturalmente y con especial motivo, a los diputados del sóviet. Además, el nuevo poder suprime los antiguos órganos represivos de la burguesía. Lenin opina a este respecto que la policía es incompatible con el autogobierno de las masas y las circunstancias de 1917 prueban la justeza de su posición: con el avance del movimiento revolucionario, los cuerpos policiales de algunas grandes ciudades prácticamente se disuelven o quedan desarticulados, mientras que, por el contrario, el ejército y el pueblo ruso tienden a fusionarse en uno (dada la gran composición obrera del ejército a estas alturas de la guerra), posibilitando la formación de un Estado semejante a

3 En palabras de Lenin: «La Revolución Rusa produjo, además del gobierno de los capitalistas, las organizaciones revolucionarias espontáneas que representan a la enorme mayoría de los obreros y campesinos, a saber: los sóviets de diputados obreros y soldados en Petrogrado y en la mayor parte de las ciudades de Rusia» (V. I. Lenin, «Llamamiento a los soldados de todos los países beligerantes», en *Pravda*, n.º 37, 21 de abril de 1917).

4 Iósif Stalin, «Condiciones para la victoria de la revolución rusa», en *Pravda*, n.º 12, 18 de marzo de 1917.

5 *Actas de la Conferencia del POSDR(b) de la ciudad de Petrogrado*, 14 de abril de 1917.

la histórica experiencia de la Comuna de París, es decir, un gobierno donde son las propias masas armadas quienes ejercen directamente su poder.

Además del fuerte respaldo político y militar que el ejército brinda desde el primer instante a los sóviets, en numerosos puntos se forman milicias proletarias locales. El pueblo, en muchos casos armado incluso a costa de los capitalistas, constituye así sus propios órganos autónomos de acción militar. En todas las fábricas de Nizhni-Novgorod, por ejemplo, se introducen milicias de trabajadores pagadas por los fabricantes mismos y auspiciadas por el Gobierno Provisional burgués, seguramente con la intención de restaurar más pronto que tarde el viejo aparato policial y las demás instituciones represivas del zarismo.

Pero, aunque es cierto que estas milicias se limitan por el momento a una función principalmente «defensiva» — puesto que las masas no se lanzan a una guerra abierta y total contra la burguesía ni emprenden el camino de la revolución violenta hasta octubre—, tampoco permiten que las «milicias civiles» (según las denomina el capitalista que, para su desgracia, las financia) retrocedan al viejo tipo de instituciones al servicio de la clase dominante. Las tentativas burguesas de reconstruir un cuerpo de individuos separado del pueblo, situado por encima de él y cuya labor principal consista en reprimir sin piedad a las trabajadoras, se ven frustradas por la creciente conciencia revolucionaria de las milicias obreras, que velan ahora por los intereses de la enorme mayoría.

En el mismo sentido se desarrollan los diversos destacamentos de la Guardia Roja, especialmente importantes por su amplitud y firmeza en Moscú y Petrogrado. El número de estas brigadas, que más adelante darán lugar a la creación del Ejército Rojo, asciende a 24 en junio de 1917. En ellas se acaban fundiendo también bastantes milicias populares y otras formaciones armadas semejantes; fuertemente ligados al Partido bolchevique, estos destacamentos desempeñan un papel central en la revolución de octubre (cuando cuentan ya con 200.000 efectivos).

Desde febrero, los telégrafos y las comunicaciones se encuentran también (en general) bajo control directo de los sóviets; se efectúa la liberación de un gran número de presos políticos del zarismo, e incluso se implantan algunos deberes públicos para los capitalistas. Por otro lado, en cuanto a la situación material del pueblo ruso, los sóviets y otros

organismos más específicamente centrados en la lucha económica —tan diversos como estrechamente ligados entre sí— consiguen arrancar algunas concesiones inmediatas al capital, tomando también medidas propias que pasan por encima de la oposición burguesa.

Por ejemplo, en algunas localidades provinciales los campesinos afirman su derecho a la posesión de la tierra; una tierra que, por supuesto, son ellos mismos quienes llevan trabajando durante décadas en condiciones miserables. Así, confiscan terrenos que quedaban sin cultivar a causa de los elevados precios de arriendo, ante la incapacidad de los terratenientes de oponerse al poder del pueblo armado. La sacrosanta propiedad privada del capital pasa en estos lugares a manos del campesinado revolucionario, que hace funcionar la tierra para cubrir las graves necesidades que atraviesa la mayor parte de la población rusa.

Lo mismo ocurre en los centros urbanos: se procede a poner numerosas fábricas bajo control obrero, subordinando aquí también la producción industrial a los intereses materiales de las masas. De este modo, los obreros y obreras fabriles consiguen mantener la producción nacional en marcha, aunque tenga que ser a duras penas y siempre a pesar del boicot activo de la burguesía. El pueblo crea también comités de abastecimiento para distribuir los víveres, comités de combustibles, de aprovisionamiento, etcétera, y arrebató algunas valiosas reformas al capital: la implantación efectiva de la jornada laboral de ocho horas, mejores condiciones de trabajo, un aumento progresivo de los salarios, ciertas prestaciones sociales...

En definitiva, hemos visto que, con el auge insurreccional de febrero, todas las lecciones de la primera revolución rusa cristalizan 12 años después en el despliegue prácticamente inmediato del poder soviético. Durante los primeros meses se trata todavía de un «gobierno en estado embrionario», que produce una «superposición de poderes» donde los sóviets «tratan de ejercer el poder en paralelo al gobierno provisional». <sup>6</sup> Pero está claro que el pueblo ruso, con el proletariado consciente a la cabeza, se encuentra más cerca que nunca de trastocar definitivamente el viejo orden social. La burguesía intenta sofocar por todos los medios este impulso revolucionario de las masas, encontrando su principal apoyo en los volubles sectores pequeñoburgueses que, por su

<sup>6</sup> V. I. Lenin, «La “crisis de poder”», en *Pravda*, n.º 46, 2 de mayo de 1917.

propia posición objetiva de clase, terminan inclinándose del lado de la reacción.

De hecho, la labor práctica de los sóviets se ve siempre limitada por la nefasta política de sus dirigentes. El servilismo de los diputados socialrevolucionarios y mencheviques lastra todas las iniciativas asumidas directamente por las propias masas; estos líderes reducen su actividad política a una serie de inútiles ruegos y plegarias hacia la burguesía, otorgándole a ésta la gestión efectiva de los problemas del pueblo. El resultado es inevitable: mientras que las trabajadoras adoptan medidas autónomas para sortear su insoportable situación, la burguesía no hace sino obstaculizar cualquier cambio, boicoteando la producción y poniendo todo tipo de trabas ante la cómplice pasividad del gobierno pequeñoburgués que dirige los sóviets.

Esta inestable y necesariamente provisional coyuntura es la que Lenin analiza en su célebre artículo sobre «La dualidad de poderes». Efectivamente, desde el 2 de marzo dos poderes distintos conviven en Rusia: por un lado, los sóviets de diputados obreros y soldados, que representan el primer paso en la realización práctica de la dictadura revolucionaria del proletariado y el campesinado; por otra parte, el Gobierno Provisional burgués, constituido a expensas de los diputados mencheviques y eseristas del Comité Ejecutivo del Sóviet de Petrogrado.

Tarde o temprano, uno de ambos tiene que acabar imponiéndose sobre el otro, puesto que estos dos poderes tan absolutamente contradictorios no pueden coexistir durante mucho tiempo dentro del mismo marco estatal. Es imposible que la balanza permanezca en equilibrio: la lucha de clases no se detiene, no permite el sueño utópico de una sociedad donde explotadores y explotados convivan en perfecta paz y armonía para su mutuo beneficio. La burguesía se opone al control obrero de la producción y persigue la continuación de la guerra imperialista; los intereses del pueblo ruso, por el contrario, chocan frontalmente con las «nobles» y lucrativas aspiraciones de sus verdugos.

Los mencheviques y los eseristas tratan de resolver la inestabilidad que la existencia de este doble poder implica mediante una estrategia conciliadora, planteando la subordinación de los sóviets al Gobierno

Provisional. Su concepción esquemática y mecanicista del proceso histórico les impide hacer otra cosa que transferir el poder a la burguesía; el gobierno burgués representa, desde su punto de vista, una etapa «necesaria» que Rusia debe «inevitadamente» atravesar antes de pensar siquiera en el tránsito al socialismo.<sup>7</sup> Pero la revolución democrática está ya completada y se impone ahora la necesidad objetiva de continuar la lucha hacia el socialismo. Por supuesto, la línea bolchevique denuncia el denominado «defensismo revolucionario» de los líderes pequeñoburgueses como chovinismo reformista y formula, en contraposición con él, dos grandes consignas fundamentales: «¡Ningún apoyo al Gobierno Provisional!»; «¡todo el poder para los sóviets!».

Por otro lado, durante los primeros meses posteriores a febrero, el POSDR(b) defiende también una línea de desarrollo pacífico de la revolución: «Solamente en Rusia es posible el paso del poder a las instituciones existentes —los sóviets—, inmediata y pacíficamente, sin un levantamiento, pues los capitalistas no pueden hacer frente a los sóviets de diputados obreros, soldados y campesinos».<sup>8</sup> La espontánea organización de amplias masas trabajadoras en un tejido nacional de sóviets permite al Partido aferrarse a esta posibilidad. En consecuencia, para culminar lo más pacíficamente posible el proceso revolucionario, los bolcheviques sitúan como principal la necesidad de ganarse el apoyo de dichas masas, sometidas todavía en gran parte a la influencia ideológica de la pequeña burguesía.

Esta inicial inferioridad del bolchevismo en los sóviets deriva, entre otras cosas, de su propia composición de clase. La situación desfavorable del Partido Comunista se debe fundamentalmente a que los soldados, en su mayoría campesinos armados, y cuya representación la constituyen sobre todo intelectuales pequeñoburgueses afines al Partido eserista, tienen en los sóviets un peso electivo proporcionalmente mucho

7 Para un desarrollo más profundo de estas posiciones y su refutación teórico-práctica por la línea revolucionaria leninista, véase la ponencia *Sobre las «Tesis de abril»* publicada en este número.

8 V. I. Lenin, «¿Existe algún camino hacia una paz justa?», en *Pravda*, n.º 75, 7 de junio de 1917. En las actas del POSDR(b) se afirma que «en ninguna otra parte del mundo puede lograrse tan fácil y tan pacíficamente el paso de todo el poder del Estado a la verdadera mayoría del pueblo» (*Proyecto de resolución sobre la guerra, Conferencia del POSDR(b) de la ciudad de Petrogrado*, 14 de abril de 1917).

mayor que, por ejemplo, el proletariado de los centros urbanos, claramente más próximo a la línea bolchevique.

El propio Lenin reconoce sin reservas el escaso apoyo con que su Partido cuenta todavía en abril de 1917<sup>9</sup> y plantea, en consonancia con ello, la tarea de ganar mediante vías «constitucionales» una mayoría que aparte al menchevismo y al eserismo del mando de los sóviets, permitiendo al proletariado consciente ejercer, sin mayores interferencias del Gobierno Provisional burgués, su poder efectivo hacia la realización del socialismo. Es decir: la lucha de clases puede ser ahora desarrollada pacíficamente en el seno de los propios sóviets, sin necesidad de recurrir directamente a la violencia para derrocar al gobierno burgués. Mientras tanto, la consigna central del Partido bolchevique continúa exigiendo la transferencia inmediata de todo el poder estatal a los sóviets, es decir, al pueblo revolucionario organizado. Porque si los órganos de poder de las masas no se imponen pronto como el único gobierno de Rusia, lo hará la contrarrevolución.

Y parece que así ocurre, de hecho, a partir de los primeros días de julio: el poder acaba pasando a manos de la dictadura militar de los altos mandos del Estado Mayor, respaldados por los kadetes (demócratas-constitucionalistas), el socialrevolucionario Kerenski y los monárquicos centurionegristas. Es evidente que el desarrollo de los acontecimientos produce aquí un viraje objetivo en las necesidades de la revolución. La vía pacífica se cierra definitivamente. Todas las debilidades pequeñoburguesas de los mencheviques y eseristas a la cabeza de los sóviets han hecho fuertes a la reacción rusa, le han permitido hacerse con el poder. La insurrección armada aparece ya como el único camino posible para llevar a término el proceso revolucionario.

En este punto, los bolcheviques abandonan la consigna que venía caracterizando su posición desde febrero. El análisis concreto de la situación concreta señala la insuficiencia de aquella línea bajo las nuevas condiciones de la revolución. Lenin piensa que ya no puede continuar exigiéndose todo el poder para los sóviets, puesto que se han convertido en «nulidades, marionetas», órganos completamente subordinados a la camarilla militar que gobierna Rusia. Estos sóviets «son débiles e impotentes ante la triunfadora y

triumfante contrarrevolución»;<sup>10</sup> pedir el poder para los sóviets bajo tales circunstancias significaría engañar por completo al pueblo.

A estas alturas, pues, la dualidad de poderes parece haberse esfumado (aunque en el fondo sólo lo haya hecho provisionalmente y en apariencia). Por eso, a pesar de que una camarilla contrarrevolucionaria de burgueses y terratenientes se impone como gobierno efectivo, ni la burguesía es capaz todavía de disolver completamente los sóviets, ni éstos tienen la fuerza suficiente como para derrocar a la burguesía. Y el incesante movimiento de la historia, el devenir de los acontecimientos en este tiempo de abierta lucha de clases —donde, según las conocidas palabras de Lenin, un día equivale a varios años de aprendizaje «pacífico»—, propicia un nuevo giro de 180 grados en el curso de la revolución.

Una significativa muestra: en junio de 1917 se celebraba el primer Congreso de los sóviets; las elecciones arrojaron entonces un resultado de 285 delegados eseristas y 248 mencheviques electos, frente a tan sólo 105 bolcheviques. Sin embargo, en el segundo Congreso (celebrado en octubre), el número de diputados bolcheviques crece hasta los 300, en tanto que ahora apenas se cuentan 70 u 80 delegados mencheviques. El número de sóviets en el Estado ruso, por otra parte, se duplica durante estos cuatro meses: de los más de 400 que participan en el primer congreso pasa a haber 900 sóviets en el segundo, que además se encuentran ya bajo hegemonía bolchevique en las mayores ciudades y centros urbanos (Petrogrado, Moscú, Kiev, Odesa...).

Como vemos, de poner en segundo plano la conquista electoral de la mayoría en el sóviet y abandonar el camino pacífico de la revolución, los diputados bolcheviques pasan a situarse a su frente apenas tres o cuatro meses después. De ocupar una posición claramente minoritaria en ellos —a pesar de la gran influencia de sus consignas entre las masas—, el POSDR(b) pasa a comandar estos órganos de nuevo poder en los que se organiza el pueblo revolucionario. La inversión de los acontecimientos responde a una creciente toma de conciencia de las masas acerca del verdadero carácter de clase que esconden las políticas mencheviques y eseristas. Y es que su máscara pseudorrevolucionaria cae definitivamente, tras haber encajado ya varios golpes importantes (la «nota de Miliukov» sobre la continuación de la guerra imperialista y la crisis de abril, la represión violenta desatada en las «jornadas

9 «Nosotros admitimos francamente que, por ahora, la mayoría en el sóviet no está con nosotros» (V. I. Lenin, «Una alianza de mentiras», en *Pravda*, n.º 32, 14 de abril de 1917).

10 V. I. Lenin, *Sobre las consignas*, julio de 1917.

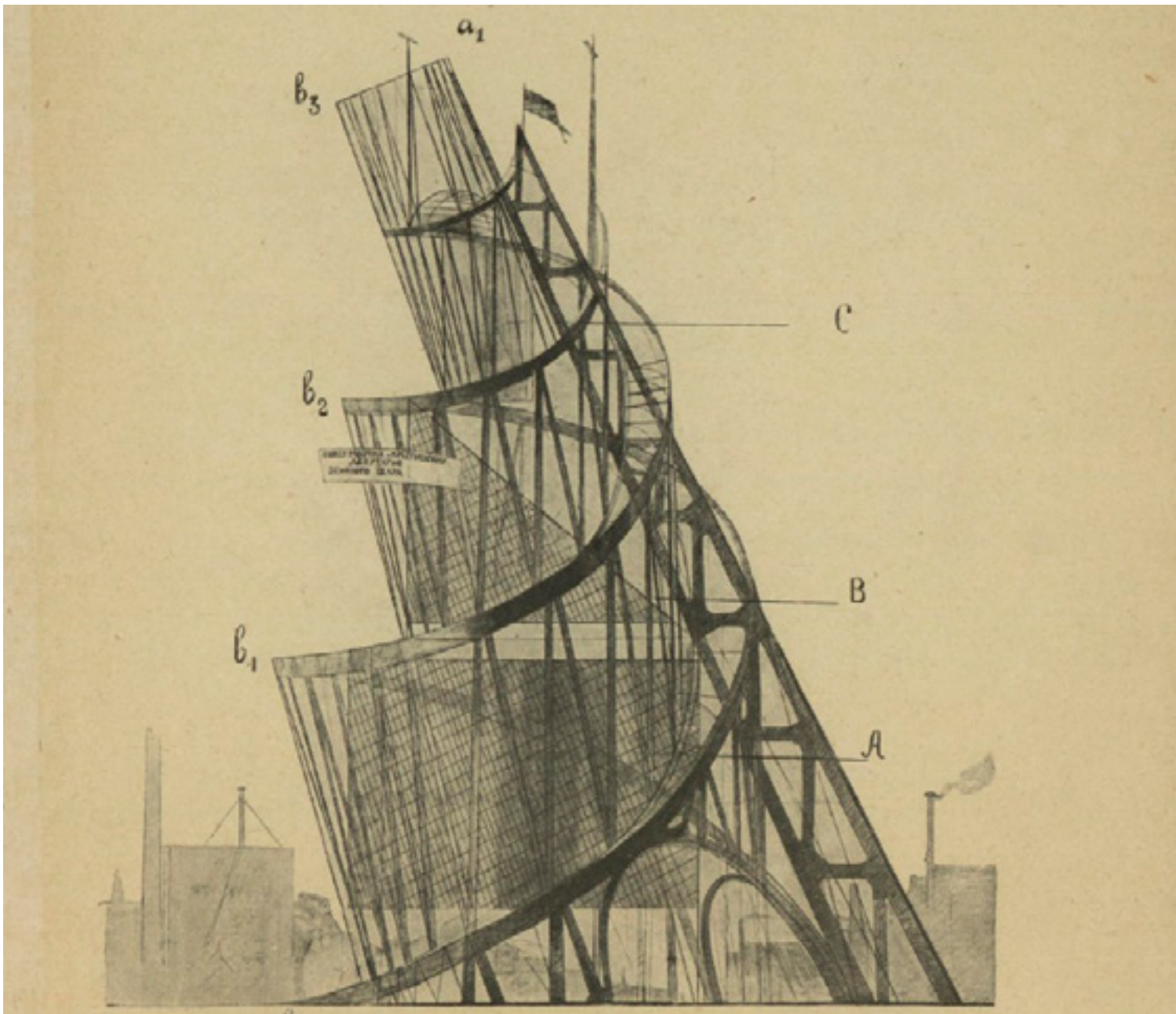
de julio», etc.), con la fallida intentona golpista de Kornílov en agosto de 1917.

Además, en el fracaso de este golpe de estado juega un rol fundamental el Partido bolchevique, cuya influencia sobre los trabajadores ferroviarios y de telégrafos obstruye la movilización de las tropas comandadas por el contrarrevolucionario Kornílov hacia Petrogrado y Moscú. A partir de este momento, se hacen cada vez más transparentes para el pueblo la naturaleza reaccionaria del gobierno burgués, la incapacidad de los mencheviques y los socialrevolucionarios para dar salida a las demandas de las masas oprimidas, el carácter ilusorio de todas sus panaceas sociales y la traición a los intereses revolucionarios que esconden las políticas conciliadoras de estos dirigentes pequeñoburgueses.

El bolchevismo sale enormemente reforzado de esta difícil prueba y su popularidad se dispara en todo el Estado

ruso, especialmente allí donde existe un proletariado fuerte capaz de situarse a la vanguardia de la lucha revolucionaria. Ya no son sólo las consignas del Partido bolchevique las que el pueblo hace suyas, sino el grueso de su programa político. El desenmascaramiento de la reacción y sus distintos aliados — tanto los declarados como los «inconscientes»— produce un «desplazamiento de clases» que explica la creciente hegemonía del comunismo revolucionario entre las masas.

Con la nueva mayoría electoral del POSDR(b) en los sóviets, la dirección ideológico-política del movimiento revolucionario conquistada definitivamente por la clase proletaria y el enorme apoyo de sectores populares armados hacia la causa socialista (la Guardia Roja coordinada por los propios bolcheviques, milicias populares, etcétera), se aproxima el momento decisivo de la toma del poder. A través de los sóviets de Petrogrado y Moscú, que cuentan de nuevo con mayores fuerzas que el Gobierno



Provisional, Lenin proclama la necesidad inmediata de la insurrección. Las circunstancias son ahora más propicias que nunca; retrasar la acción hasta que se celebre la Asamblea Constituyente —siempre pospuesta por el gobierno burgués— significaría traicionar los intereses del pueblo y fiar el destino de la revolución a Kerenski y compañía. En pocas palabras: «esperar sería un crimen contra la revolución».<sup>11</sup>

El Comité Central del Partido bolchevique recoge el llamado de Lenin y comienza los preparativos para culminar esta etapa del proceso revolucionario con la insurrección. Igual que durante los primeros meses posteriores a febrero, consideran que el poder debe pasar íntegramente a manos de los sóviets, que cuentan con el respaldo de la gran mayoría de la población rusa y cuyo viraje hacia la política bolchevique puede acabar definitivamente con las vacilaciones que los pequeñoburgueses mencheviques y eseristas venían imponiéndoles.

En el sóviet de Petrogrado se crea para ello, el 16 de octubre, un Comité Militar Revolucionario, con el propósito de aglutinar y dirigir la acción armada de los sectores más próximos a la línea bolchevique. El ferrocarril se encuentra ya bajo control de trabajadores y soldados revolucionarios desde varios días antes de la toma del poder, pero muchos puntos estratégicos permanecen todavía en manos del gobierno burgués. Se fija el 25 de octubre como fecha para llevar a cabo la insurrección, justo antes del inicio del Segundo Congreso de los Sóviets, y se traza minuciosamente un plan para derrocar al Gobierno Provisional con la mayor eficacia posible.

A lo largo de todo el día, estaciones, arsenales, almacenes de víveres, imprentas, edificios públicos e instituciones de gobierno, estaciones telegráficas y otras tantas ubicaciones estratégicas son tomadas casi sin resistencia por los guardias rojos. Los destacamentos revolucionarios asaltan el Palacio de Invierno y deponen al Gobierno Provisional. Petrogrado, capital del Estado ruso, cae bajo control del poder soviético en una histórica jornada; inmediatamente se extiende este impulso a las grandes ciudades (particularmente Moscú) y también al campo. Tiempos de enorme dificultad aguardan aún al pueblo ruso, que deberá hacer frente a la violenta contrarrevolución burguesa apoyada por las potencias imperialistas, pero el primer objetivo

se ha cumplido ya: en Rusia gobierna la dictadura del proletariado.

Hemos comprobado hasta aquí que los sóviets constituyen el cauce a través del cual se prepara y organiza la insurrección de octubre y no sólo como herramienta necesaria para la acción política revolucionaria de las masas, sino como una nueva forma de Estado que representa ella misma el poder directo de los obreros. El triunfo de la Revolución de Octubre marca la importancia universal de los órganos de nuevo poder, cuya génesis y desarrollo a partir de la actividad revolucionaria de las propias masas van abriendo el camino hacia la realización efectiva del socialismo y la posterior abolición de las clases.

Los ecos de la histórica iniciativa del pueblo ruso todavía resuenan allí donde las oprimidas se revuelven contra las cadenas que las atan a una vida de explotación y miseria. Es cierto que en el camino de la revolución se alzan siempre enormes obstáculos y dificultades que solamente la decidida lucha del proletariado consciente puede sortear. Pero, una y otra vez a lo largo del tiempo, las masas revolucionarias han demostrado su capacidad de combatir el orden capitalista, de adaptar su lucha a las condiciones concretas de cada coyuntura particular y generar sus propias herramientas para alcanzar el ejercicio del poder.

Como el ejemplo de Octubre nos prueba con toda claridad, es igualmente imprescindible una organización revolucionaria sólida, guiada por una teoría de vanguardia y capaz de desplegar una práctica política acorde con las necesidades de cada momento, para impulsar hasta sus últimas consecuencias este ímpetu revolucionario de las masas, para tomar el poder del Estado en sus manos y comenzar toda esa serie de transformaciones que han de llevar a la destrucción del capitalismo y la realización de una nueva sociedad libre de explotación.

Hace cien años, el proletariado ruso iniciaba una nueva etapa en la historia universal, tañendo las campanas que aún hoy tocan la última hora del mundo escindido en clases. Evitemos que este legado perezca como el sueño frustrado de millones de revolucionarias que dieron su vida en vano, que quede como un apagado recuerdo de «lo más cerca que nunca estuvimos» de la victoria contra el capital, y honremos la memoria de quienes nos precedieron continuando su firme y decidida lucha por la emancipación de la humanidad entera. Mantengamos con vida la llama de Octubre, que continúa alumbrando el camino de la revolución socialista mundial.

<sup>11</sup> V. I. Lenin, *Carta al CC, CM, CP y a los miembros bolcheviques de los sóviets de Petersburgo y Moscú*, 1 de octubre de 1917.



## Sobre las «Tesis de abril»

**R**esulta imposible hablar de las *Tesis de abril* sin hablar del contexto en el que se enmarcan. Sin hablar del imperialismo, de la Gran Guerra Imperialista (o Primera Guerra Mundial) y de la traición de los partidos socialdemócratas a la clase obrera. Sin hablar de socialchovinismo.

Para hablar de socialchovinismo, debemos definir brevemente qué es el imperialismo. El imperialismo es

una fase histórica del capitalismo que se caracteriza, fundamentalmente, por la sustitución de la libre competencia por el monopolio. A este proceso de concentración del capital no escapa el capital bancario, que se funde con el capital industrial, también monopolizado, para dar lugar al capital financiero monopolista, que adquiere una hegemonía total sobre los procesos económicos. Este capital financiero requiere de nuevos mercados, nuevas fuentes de materias primas de las que

apropiarse y nuevas bases a las que exportar capitales. Para ello, el imperialismo recurre a la explotación de naciones menos desarrolladas, explotación que a principios del siglo tomaba forma a través del reparto colonial del mundo entre un puñado de grandes potencias, y que actualmente se da con la explotación de las llamadas naciones dependientes o «Tercer Mundo». Esta forma de explotación y saqueo de las naciones oprimidas por parte de las potencias imperialistas introduce un cambio en la composición de clase de los países imperialistas, ya que genera grandes superganancias (ganancias extra por encima de las ganancias promedio en un momento dado). De esta manera los capitalistas pueden gastar una parte de estas ganancias extra en sobornar a su clase obrera, obteniendo así la base económica del oportunismo y del chovinismo. Así, en palabras de Lenin, «una capa privilegiada del proletariado de las potencias imperialistas vive, en parte, a expensas de los centenares de millones de hombres de los pueblos no civilizados».<sup>1</sup>

De este modo, en 1914 nos encontramos, por un lado, con que ya ha terminado el reparto territorial del planeta (de las colonias) entre un puñado de estados capitalistas, con Inglaterra y Francia a la cabeza y, por otro lado, con un gran desarrollo de una serie de estados capitalistas emergentes que aspiran a un nuevo reparto del mundo, principalmente Alemania, junto a EEUU y Japón. La propia lógica del imperialismo hace inevitable la guerra, que estalló el 28 de julio de 1914. Una guerra imperialista por un nuevo reparto territorial del mundo. Rusia entró en la guerra aliada con Francia e Inglaterra en la Triple Entente, aspirando a obtener salida al Mediterráneo anexiándose Estambul y los Dardanelos (estrechos que unen el Mar Negro al Mediterráneo). Es importante señalar que la economía rusa dependía en gran medida del capital anglo-francés. En concreto, cerca del 75% de la industria metalúrgica rusa dependía de capital extranjero, principalmente francés, y aproximadamente la mitad de la extracción de carbón y petróleo dependía también del capital anglo-francés. Esto, sumado a los empréstitos millonarios concertados por el zar con bancos ingleses y franceses convertían a Rusia en una semicolonía de Francia e Inglaterra, y ligaba los

intereses de la burguesía rusa a los de las burguesías inglesa y francesa.

Cuando estalló la guerra, todos los gobiernos imperialistas se esforzaron en ocultar sus intereses anexionistas acusando a sus rivales de ser ellos quienes atacaban primero y declarando que solo hacían la guerra «en defensa de la patria». Sin embargo, no fueron sólo los gobiernos burgueses quienes justificaron la guerra, sino que gran parte de la socialdemocracia europea hizo lo mismo. Históricamente, este hecho se recuerda en la sesión del Reichstag del 4 de agosto de 1914 en la que el SPD votó a favor de los créditos de guerra alemanes, con la honrosa excepción de dos diputados, Karl Liebknecht y Otto Rühle, que votaron en contra. ¿Por qué ocurrió esto? En el Congreso de Copenhague de 1910, los partidos miembros de la II Internacional aprobaron una resolución por la que se comprometían a votar en contra de los créditos de guerra. En 1912, el Congreso de Basilea declaró que los obreros de todos los países consideraban un crimen disparar unos contra otros para aumentar las ganancias de los capitalistas. Incluso unos días antes del estallido de la guerra, el 25 de julio de 1914, el SPD publicaba la siguiente declaración en el *Vorwärts*, el periódico del Partido: «En todas partes el grito que debe resonar en los oídos de los déspotas: ¡No queremos la guerra! ¡Abajo la guerra! ¡Viva la hermandad internacional!». ¿Cómo pudo votar entonces a favor de la guerra? La respuesta, como ya hemos adelantado antes, está en que gracias a las enormes ganancias que el imperialismo obtiene de la explotación de las colonias, la burguesía puede sobornar (mediante salarios elevados, puestos en la administración, etcétera) a un sector de su clase obrera, la llamada aristocracia obrera. A este sector pertenecía gran parte de los dirigentes de la socialdemocracia, que se convierten en oportunistas, en un elemento objetivamente interesado en alejar de la revolución al movimiento obrero.

Es importante remarcar la raíz de clase del oportunismo. Es su posición privilegiada entre el proletariado la que la hace alinearse con los intereses de la burguesía, a renunciar a la revolución proletaria en pos de la lucha reformista. El oportunismo, que objetivamente pertenece a la pequeña burguesía y la aristocracia obrera, tiene interés en mantener su posición privilegiada, tiene interés en los beneficios de las anexiones y de

<sup>1</sup> V. I. Lenin, *El imperialismo y la escisión del socialismo*, 1916 (<https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/10-1916.htm>).

la explotación a otros pueblos por su imperialismo, por lo que apoya a su burguesía en la guerra. Por otro lado, el oportunismo y los partidos oportunistas son inseparables del imperialismo. Como Lenin señala, «el partido obrero burgués es inevitable y típico en todos los países imperialistas. [...] Algunos de los líderes socialchovinistas pueden volver al proletariado, pero la corriente socialchovinista o (lo que es lo mismo) oportunista no puede desaparecer ni «volver» al proletariado revolucionario».<sup>2</sup>

A su llegada en abril de 1917 a Petrogrado, Lenin expone su visión del momento que atravesaba la revolución rusa: tal y como se expuso ya en 1905, la burguesía rusa, completamente ligada al imperialismo anglo-francés y recelosa de una posible ruptura con el zarismo que pudiese dar lugar a un movimiento de masas (proletarias y campesinas) fuera de su control, no puede más que ser enormemente incoherente respecto a la revolución y al cumplimiento de las tareas democráticas (que en el caso ruso significaban especialmente el final de la guerra, entrega de la tierra, y la resolución de la cuestión nacional). Busca un arreglo con los sectores monárquicos (esto es, de nuevo, con los grandes terratenientes, representados políticamente por los octubristas) para sustituir a Nicolás II por su hermano Miguel. De esta forma, el objetivo era continuar la guerra imperialista y mantener en pie el compromiso con el capital financiero y sus intereses sobre Turquía, Galitzia...

Ante tal situación, la principal consigna de las Tesis de abril es que es necesario preparar la toma del poder por parte del proletariado y las capas pobres del campesinado como única forma de evitar que la revolución rusa quede limitada a la toma del poder por parte de la burguesía y, como consecuencia, la continuación de la guerra, la limitadísima aplicación de las tareas democráticas y, la gravísima pérdida de la oportunidad para avanzar hacia el socialismo y extender la revolución a nivel internacional.

En primer lugar, Lenin comienza por afirmar tajantemente que la posición de los liberales al frente del gobierno provisional, y sucesivamente de los SR y los mencheviques, como base de reserva del poder burgués

y, por tanto, de la política imperialista, tiene un origen de clase, sobre la base de la alianza con el capital financiero anglo-francés. De ahí la consigna de transformar la guerra imperialista en guerra civil, hacia la conquista del poder por el proletariado y el campesinado pobre como única forma de romper efectivamente con los intereses de la burguesía. Es sobre esta consigna sobre la que Lenin insiste en la necesidad de educar a las masas contra la fe en su burguesía nacional, en la idea de que defenderse del ataque alemán es defenderse a sí mismas. Al desvelar el carácter de clase de la guerra imperialista, Lenin desenmascara el socialchovinismo como rasgo principal de la bancarrota de la II Internacional.

Esta posición de clase, que Lenin señala respecto al reformismo y al revisionismo ruso, tiene su correlato a nivel internacional. En este sentido, Lenin marca también las tareas necesarias a afrontar por el proletariado revolucionario ante la fragmentación de la II Internacional en tres corrientes: por un lado, mayoritariamente, socialchovinistas como principal ejemplo de la traición a las necesidades del proletariado internacional, cuyo máximo exponente es el voto a favor, con sus respectivas burguesías, de los presupuestos de defensa nacional para la guerra; en segundo lugar, sectores centristas, con Kautsky a la cabeza, que mantenían públicamente una fraseología internacionalista pero no adoptaban consignas concretas a favor de la ruptura revolucionaria con el imperialismo (más adelante profundizaremos en el caso concreto de Kautsky y las bases filosóficas de tal postura); finalmente, la izquierda revolucionaria, a cuya cabeza se colocaron los bolcheviques al defender la transformación de la guerra imperialista en guerra civil revolucionaria mediante el rechazo a los «esfuerzos de guerra» y el avance hacia la revolución en los respectivos Estados. Es sobre esta última corriente sobre la que Lenin propone la necesidad inmediata de fundar la III Internacional, objetivo que se conseguiría dos años después de la Revolución de Octubre.

Lenin afirma la necesidad de la actividad independiente y consciente del proletariado revolucionario, de adoptar medidas concretas hacia la toma del poder (por ejemplo, frente al centrismo kautskista) y critica la idea, propia del marxismo vulgar, de que a la burguesía le corresponda acometer las tareas democráticas, que en el caso ruso presentan mucho mayor interés

2 Ídem.

para el proletariado que para la burguesía, mientras que a aquél le tocaría esperar las condiciones para el socialismo. Por el contrario, afirma Lenin, la revolución burguesa ya ha sido efectuada en febrero y si no se avanza hacia la revolución proletaria, se dará una alianza entre burguesía, los terratenientes y el imperialismo, que anularán todo potencial revolucionario en Rusia. Frente a esto, la tarea del proletariado es instaurar el poder soviético, aunque aún no sea posible acometer directamente las tareas socialistas. En este sentido resulta necesario destacar el papel decisivo del Partido Comunista bolchevique como garante de la independencia política del proletariado revolucionario durante todo 1917, elemento que a su vez permitió la adopción de las medidas tácticas correctas hasta la insurrección exitosa de Octubre.

Estas son las razones de fondo de la posición de Lenin en 1917, de la ruptura con los planteamientos socialchovinistas de apoyo a la guerra imperialista en contra de los intereses de la clase obrera internacional. Analizando detalladamente los fundamentos teóricos de las posiciones socialchovinistas podemos situar también los puntos de ruptura que Lenin establece y que cristalizarán, primero en las Tesis de abril tras el regreso del exilio de Suiza y, posteriormente, en la propia Revolución de Octubre. Aquí queremos ocuparnos detalladamente de los aspectos más teóricos, filosóficos, de esta ruptura.

Las Tesis de abril suponen la ruptura filosófica, política y metodológica definitiva de Lenin con los planteamientos de la II Internacional, encarnados en Rusia en Plejánov y en Alemania en Kautsky, ambos hegemónicos en el contexto del marxismo de la II Internacional. Debemos entender que la ruptura con esta posición es la ruptura con la posición dominante en la época, la ruptura con la forma hegemónica de entender el marxismo, con estas dos alas mayoritarias de la II Internacional (socialchovinistas y centristas). Estos dos influyentes pensadores preconizan una vuelta al materialismo mecanicista del siglo XVIII, un materialismo metafísico y predialéctico.

En el caso particular del pensamiento de Kautsky podemos identificar una amalgama entre la concepción ilustrada de Progreso (entendida como una historia sin retrocesos, racional), el evolucionismo socialdarwinista

(en 1927, en su texto *La concepción materialista de la historia*,<sup>3</sup> afirmaría la necesidad de encontrar las «leyes comunes a la evolución humana, animal y vegetal», de alguna forma se pretende deducir de la naturaleza estas leyes de la historia) y un determinismo pseudomarxista ortodoxo, que llegaba a afirmar la necesidad de luchar por el capitalismo en Rusia (la necesidad de quemar la etapa capitalista antes de poder plantear el socialismo como posibilidad, la rigidez del esquema histórico de sucesión de sistemas de producción). En su libro *El camino al poder* (1909) se insiste continuamente en que la revolución proletaria es irresistible e inevitable, al igual que el desarrollo del capitalismo. Esta visión de la inevitabilidad de la revolución comunista, inevitabilidad ligada a una ley «natural», conduce, como es lógico, a una visión expectante de la historia, a esperar con los brazos cruzados ya que la historia se encarga. Kautsky escribirá: «el partido socialista es un partido revolucionario, no es un partido que hace revoluciones. Sabemos que nuestros fines no pueden ser cumplidos más que por una revolución, pero sabemos también que no está en nuestro poder hacer la revolución, como no está en el poder de nuestros adversarios impedirlo. Por consiguiente, jamás hemos pensado en provocar o preparar una revolución». Rosa Luxemburgo, en 1907 (en el *Discurso al congreso de la Internacional en Stuttgart*), veía en Kautsky una «concepción rígida y fatalista del marxismo» que consiste en «aguardar con los brazos cruzados a que la dialéctica histórica nos traiga sus frutos maduros». Ni que decir tiene que la concepción mecanicista de Kautsky tiene más que ver con el materialismo evolucionista que con la dialéctica, un materialismo evolucionista resultado de aplicar las leyes económicas capitalistas sobre la biología (de alguna forma extender el reino del mercado, la competencia y la sociedad civil al resto de ámbitos de la vida).

En Plejánov, tenemos una actitud bastante coincidente con Kautsky. El objetivismo de las leyes de la Historia se convierte en absoluto y total, hay una rígida visión de la sucesión de las etapas históricas: se dice que cuando fue informado de que la Revolución de Octubre estaba en marcha exclamó: «¡Pero esa es una violación de todas las leyes de la Historia!», precisamente porque

3 Un estudio crítico brillante de este libro se puede encontrar en el texto homónimo de Karl Korsch (*La concepción materialista de la historia*, Bilbao, Zero, 1975).

el corolario estratégico principal del marxismo ruso predialéctico era el carácter netamente burgués de la revolución rusa. La única revolución históricamente posible en un país feudal como Rusia era la revolución burguesa. Una revolución proletaria, sin un periodo previo de generalización de las relaciones sociales y de producción capitalista, era, lógicamente, un atentado contra las leyes de la historia. Esta teoría de la evolución natural y objetiva entre sistemas de producción, de sucesión de etapas, tiene como consecuencia lógica la necesidad de conservación del orden social establecido: sólo defendiendo el frágil e incipiente capitalismo ruso se garantiza el socialismo futuro. Aquí se pueden encuadrar las vergonzosas capitulaciones reformistas que llevarían a la bancarrota de la II Internacional, y al defensismo nacionalista que posicionó a la socialdemocracia revisionista del lado de la burguesía imperialista y a favor de la guerra. La idea de estar luchando «por los obreros alemanes» en defensa de la guerra imperialista era un punto bastante recurrente en el SPD, normalmente teñido de cierto tono pseudoortodoxo.

Por todo ello, consideramos que estudiar las tendencias filosóficas de este materialismo predialéctico de la II Internacional, tomando como referencia a sus cabezas visibles, Kautsky y Plejánov, pero con la idea de que no se trata de un caso aislado sino de una posición totalmente hegemónica, nos puede ayudar a entender los puntos teóricos de ruptura de Lenin con estas posiciones materializadas en su vuelta a Petrogrado.<sup>4</sup> Por tanto, el método que queremos seguir será exponer primero los puntos más importantes de la posición de la II Internacional, para después exponer los puntos de ruptura de Lenin:

- Supresión de la distinción entre el materialismo dialéctico marxista y el materialismo anterior: es decir, ver únicamente la continuidad entre Marx y el materialismo predialéctico. Aquí podemos encuadrar la afirmación de Plejánov de que las tesis sobre Feuerbach de Marx no refutan a este sino que únicamente le «modifican». También se busca la normalización científica de Marx, al ponerle a la

altura de Galileo o de los científicos burgueses de su tiempo. Althusser afirmaría que Marx había abierto el «continente Historia» frente a Galileo, que había abierto el «continente Física»: convertir el marxismo en una ciencia (burguesa), es decir, en una epistemología para conocer la realidad, es la mejor forma de neutralizarlo, de eliminar su base real, ontológica, de eliminar en definitiva el carácter dialéctico de la realidad.

- Determinismo económico absoluto: con la sustitución total del nivel de la lucha de clases por el desarrollo de las fuerzas productivas, se llega a un esquema en el que lo objetivo es causa directa de lo subjetivo. La necesidad de forzar la maquinaria histórica capitalista, de forzar la conciencia y de construir un nuevo poder, se difumina en la idea de esperar a las «condiciones maduras». Esta posición pasa por alto que la organización de la clase obrera no se da históricamente de forma espontánea, sino que requiere un esfuerzo efectivo en el nivel de la conciencia: además, si el capitalismo «se derrumba», esto no implica la llegada del socialismo a no ser que exista una organización obrera sólida detrás. El caso de los fascismos (tanto en la década de los 30 como en la actualidad) es un ejemplo claro de esto.

- Reducción de la dialéctica a un evolucionismo darwinista: las diferentes etapas de la historia humana (esclavitud, feudalismo, capitalismo, socialismo) se suceden según un orden rigurosamente determinado por las «leyes de la historia», unas leyes de la historia que presentan una concepción abstracta y científico-naturalista (recordemos la indignación citada de Plejánov con la insurrección de Octubre). Kautsky expresaría este paralelismo de forma clara al definir el marxismo como «el estudio científico de las leyes de la evolución del organismo social». La posición organicista (más propia de alguien como Durkheim o de cualquier teórico organicista que de un marxista) se manifiesta aquí con claridad. Este evolucionismo darwinista no pasa de ser una versión pseudomarxista de la teoría de los tres estadios de Comte,<sup>5</sup> quizás con

<sup>4</sup> Es decir, la ruptura de Lenin con el socialchovinismo es política: no es que Lenin lea en las montañas suizas la *Ciencia de la Lógica* de Hegel y sufra una iluminación mesiánica, sino que Lenin busca en Hegel el mejor aliado para demoler los fundamentos teóricos kantianos-positivistas de la II Internacional.

<sup>5</sup> Según Comte, todas las sociedades han pasado, están en vías de pasar, o pasarán por tres estadios teóricos diferentes: el estadio teológico-ficticio, el metafísico-abstracto y el científico-positivo. A partir de aquí es relativamente simple construir una teoría imperialista: las sociedades más «evolucionadas», que se encuentren en un estadio mayor, tienen la legitimidad de imponerse culturalmente.

más matices y menos burda, pero con la misma efectividad política.

- Reaída en el método analítico (separación) frente a la síntesis (unidad de contrarios): los objetos captados son hipostasiados en su diferencia, distinguidos y separados. Por ejemplo, las díadas Rusia/Alemania, revolución burguesa/revolución proletaria, partido/masas, etcétera. Se intenta evitar una superación dialéctica de los contrarios, el momento de *Aufhebung*,<sup>6</sup> a través de una separación no conciliadora.

- Desarticulación de la dialéctica hegeliana: Hegel es absorbido y digerido por el pseudomarxismo de la II Internacional como un sistema cerrado y acabado, como una suerte de teoría general de la historia humana, una historia cargada con una noción fuerte de sentido (vinculada a una teleología, un *telos*, un fin; es precisamente el fin de la historia el que da sentido al desarrollo anterior) y que representa un proceso lineal de evolución, de progreso. El sistema es neutralizado al extirparle la contradicción: para hablar de un evolucionismo con tintes hegelianos es crucial eliminar el aspecto dialéctico del esquema hegeliano, y no hay mejor aliado para ello que Kant. En el sistema de Kant los conceptos se fijan: este llega en *Crítica de la razón pura* al conocimiento dialéctico, al movimiento de los conceptos, pero acaba afirmando que este método de conocimiento sólo puede desembocar en errores de la razón pura, en antinomias y paralogismos, en las últimas páginas de la *Dialéctica trascendental*. Precisamente para salvar una suerte de conocimiento no puro (es decir, un conocimiento que no tenga la experiencia como piedra de toque), intenta partir la razón en dos y sacarse de la manga una razón práctica.

- Neutralidad científica: hay una separación total entre el plano de la moral y el plano de la ciencia, la ciencia es entendida como axiológicamente neutra. Todo intento de pensar fuera de una lógica formal es condenado a la región de la moralidad, del acientifismo. Kautsky afirmará en 1927 la necesidad de distinguir entre «el ideal socialista» y «el estudio científico de las

leyes de la evolución del organismo social», acusando a Marx de posiciones a veces anticientíficas porque «se transparenta la acción de un ideal moral». Contra esto afirmamos que es precisamente el punto de vista de la clase oprimida el que más se aproxima a la verdad porque, a la hora de analizar el orden social existente, no tiene ningún interés particular en preservarlo: esto se ve perfectamente cuando la economía política burguesa (Ricardo y Smith) capitula a las puertas de descubrir la plusvalía, por miedo a descubrir una «verdad incómoda». Víctor Serge afirmaría: «La pretendida imparcialidad de los historiadores no pasa de ser una leyenda, destinada a consolidar ciertas convicciones útiles [...]. El historiador pertenece siempre a su tiempo, es decir, a su clase social, a su país, a su medio político. Sólo la no disimulada parcialidad del historiador proletario es hoy compatible con la mayor preocupación por la verdad».<sup>7</sup>

- Influencia central del positivismo comteano: la sociedad es asimilada epistemológica y funcionalmente a la naturaleza, es decir, las formas de funcionamiento de la sociedad se deducen de las formas de funcionamiento de la naturaleza, y por tanto la forma de acercarse científicamente a estas debe ser similar. Esto quiere decir que en la vida social reina una armonía natural regida por leyes invariables e independientes de la voluntad y acción humanas. Para conocerla como armonía necesitaríamos una doctrina naturalista y positivista. La doctrina del positivismo comteano se opone precisamente a las teorías negativas, críticas, revolucionarias (Revolución Francesa y socialismo). Comte se convierte en el perfecto aliado académico de la clase dominante, fundamentando ideológicamente el *statu quo* mediante una doctrina reaccionaria, contrarrevolucionaria y totalmente conservadora. La entrada del positivismo comteano en el interior del marxismo, como es lógico, sólo puede suponer su destrucción y su capitulación ante el orden social capitalista.

- Por lo tanto, simplificando en exceso podemos vincular el pseudomarxismo predialéctico de la II Internacional con una tríada totalmente insostenible, que hace aguas: Kant-Comte-Marx. Es con esta posición teórica con la que rompe Lenin definitivamente en abril de 1917 al llegar a Petrogrado. Queremos, aquí, hacer una enumeración de los puntos de ruptura

<sup>6</sup> El momento de *Aufhebung*, en la dialéctica hegeliana, es la superación de negación simple, en la que tanto el término como la negación de ese término son conservados en una forma más elevada. En este caso particular, no hay manera de superar la contradicción masa-Partido o Rusia-Alemania, estas se absolutizan y no pueden ser resueltas.

<sup>7</sup> Víctor Serge, *El año I de la Revolución rusa*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2017.

filosóficos que Lenin lleva a cabo tras la lectura de Hegel en Berna:<sup>8</sup>

- Afirmación de la importancia del idealismo filosófico alemán en el desarrollo del marxismo: «el materialismo marxista está siempre más cerca del idealismo inteligente que del materialismo estúpido». Lenin reactiva de esta forma el movimiento del desarrollo dialéctico, petrificado por el mecanicismo kautskiano. Como afirma Engels en *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, recupera la dialéctica contra la pretensión de sistematicidad cerrada en Hegel, recupera el movimiento de los conceptos.

- Comprensión dialéctica de la causalidad: la unilateralidad de causa/efecto es destruida, la sólida oposición entre lo subjetivo y lo objetivo se disuelve en una cierta reciprocidad (ya no hay una determinación mecánica y directa entre la conciencia y la economía, sino mediada; esto es importante, la causalidad no se destruye totalmente, sino que se vuelve mediada). En palabras de Lenin: «la causa y efecto son momentos de la interdependencia universal, del vínculo, de la conexión recíproca de los acontecimientos».

- Afirmación del papel activo de la conciencia: esta deja de ser un mero apéndice del desarrollo histórico, una «tablilla rasa» en términos aristotélicos, y adquiere un papel activo en la constitución del mundo objetivo: «la conciencia del ser humano no solamente refleja el mundo objetivo, sino que también lo crea».

- Concepción dialéctica del desarrollo: la concepción evolucionista del desarrollo (como disminución o aumento, repetición natural que va acumulando y sedimentando estratos en la historia) está muerta. Contra ella Lenin concibe el desarrollo como «unidad y transformación de los contrarios», como «ruptura en la sucesión». Lenin sigue: «la dialéctica es la teoría que demuestra [...] por qué el entendimiento humano no debe considerar los contrarios como muertos, petrificados, sino como vivos, condicionados, móviles, convirtiéndose el uno en el otro».

- Crítica del carácter absoluto del concepto de ley: contra la invariabilidad positivista de las leyes naturales

Lenin afirma el carácter «estrecho, incompleto, aproximado» de estas. Esto no puede llevarnos, en ningún caso, a desechar el concepto de ley y quedarnos únicamente en el plano de los fenómenos (esto nos llevaría a un tipo más espurio de positivismo, el positivismo de la mera facticidad de los hechos). Las leyes son valiosas, efectivas, útiles e imprescindibles para las ciencias sociales, pero deben ser interpretadas como lo que son: tendencias. Toda fetichización y mistificación naturalista de estas leyes nos llevará a la incompreensión de los fenómenos (volvemos a recordar la indignación de Plejánov en 1917).

- Categoría de totalidad como esencia misma del conocimiento dialéctico: conocer la totalidad del desarrollo únicamente desde un caso particular y aislado es un error dialéctico. El ejemplo claro de esto lo da Lenin en su folleto *El fracaso de la II Internacional*. Los socialchovinistas negaban el carácter imperialista de la Primera Guerra Mundial utilizando para ello el caso aislado de los serbios contra Austria. Contra esto Lenin escribe de forma brillante: «la dialéctica marxista veda justamente el examen aislado, es decir, unilateral y deformado, del objeto estudiado». Para un mayor desarrollo del concepto de totalidad remitimos a prácticamente todo *Historia y conciencia de clase* de Lukács. Con esto no estamos queriendo decir que todo análisis basado en un caso concreto vaya a ser necesariamente erróneo. En ocasiones, la única forma de conocer una realidad de forma científica es aislarla (Marx, en *El capital*, afirmará que la capacidad de abstracción equivale al microscopio en ciencias sociales). La dificultad está en elegir un caso que permita explicar dinámicas esenciales, y eso es precisamente lo que Marx realiza en *El capital* al hablar del desarrollo capitalista en Gran Bretaña. La diferencia entre Marx y los socialchovinistas es que Marx no tenía ningún interés particular en presentar el caso de Inglaterra: lo eligió precisamente por su nivel de desarrollo, porque le permitió construir una teoría más completa, porque había más información disponible. En cambio, los socialchovinistas eligieron el caso aislado de Austria para justificar sus intereses espurios: presentaron la excepción como ejemplo de la regla. Con esto queremos resaltar precisamente la dificultad de elaborar un conocimiento científico en el terreno de lo social, ya que los intereses extracientíficos están más presentes en estos campos que en las ciencias naturales.

Consideramos que se puede trazar una línea muy clara entre las premisas metodológicas que fondean los *Cuadernos*

8 Las citas siguientes provienen de los «Resúmenes del libro de Hegel *Ciencia de la lógica* (1914-1916)» de Lenin, en *Cuadernos filosóficos*.

filosóficos y las *Tesis de abril* de 1917. Con la lectura crítico-materialista que Lenin hace de Hegel se rompe definitivamente el límite que el marxismo pseudoortodoxo de la II Internacional imponía a sus desarrollos teóricos, un límite que Lenin había interiorizado y que se ve con neta claridad en sus textos de juventud, lastrados por la influencia de Kautsky y Plejánov. La ruptura de Lenin con Kautsky y Plejánov es, por tanto, también una ruptura interna en propio desarrollo teórico de Lenin. Recordemos la enorme cita de Kautsky en el capítulo II b de *¿Qué hacer?*, en la que se afirma la introducción de la conciencia desde fuera a través de un portador (es decir, la separación no superadora entre lucha económica y lucha política, al plantear un espacio de «afuera» inaccesible),<sup>9</sup> recordemos también la centralidad en *Materialismo y empirio-criticismo* de la lectura de Hegel que hace Plejánov, o la tensión desgarradora entre unos postulados estrechos muertos y la brillantez de un realismo revolucionario que está naciendo en 1905, en *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática* (en esta obra conviven pasajes como: «es una idea reaccionaria buscar la salvación de la clase obrera en algo que no sea el desarrollo ulterior del capitalismo. En países como Rusia, la clase obrera sufre no tanto del capitalismo como de la insuficiencia de desarrollo del capitalismo. Por eso, la clase obrera está absolutamente interesada en el desarrollo más vasto, más libre, más rápido del capitalismo» y pasajes como «los economicistas nos proponen dividir, bien meticulosamente, por anticipado, la revolución en fases: 1) el zar convoca una institución representativa, 2) esta institución representativa “decide”, bajo la presión del pueblo, organizar la Asamblea Constituyente, 3)...»; la tensión entre estos pasajes es manifiesta y atraviesa todo el libro).<sup>10</sup>

El mecanicismo kautskiano, etapista, rígido, cerrado y de sucesión lineal queda a un lado en el pensamiento leninista con la brillante expresión «dualidad

9 En este texto citado, Kautsky afirma cosas como: «El socialismo y la lucha de clases surgen paralelamente y no se deriva el uno de la otra», o: «El portador de la ciencia no es el proletario sino la intelectualidad burguesa». Lenin afirma de las palabras de Kautsky que son «profundamente justas e importantes». Aun así, para ser justos con Lenin, debemos entender el contexto del *¿Qué hacer?* y ver en este la oposición a la tesis principal del materialismo vulgar economicista que pretende que la conciencia revolucionaria brota directamente del movimiento obrero espontáneo, sin mediaciones.

10 En *Dos tácticas*, Lenin hablará de la incapacidad de la burguesía rusa de llevar a «feliz término» la revolución democrática, de la necesidad de una alianza campesino-obrera y del papel dirigente del proletariado en esta alianza. Estas brillantes intuiciones políticas chocan con la afirmación del carácter exclusivamente burgués de la revolución rusa, con la influencia manifiesta de las posiciones mecanicistas.

de poderes» (el folleto homónimo en *Pravda*, publicado el 9 de abril de 1917, explica a la percepción este concepto: «junto al Gobierno Provisional, junto al gobierno de la burguesía, se ha formado otro gobierno, más débil aún, embrionario, pero existente sin duda alguna y en vías de desarrollo: los Sóviets de diputados, obreros y soldados»; estos dos poderes coexisten pero se oponen, a la larga uno acabará destruyendo al otro). Lo nuevo convive con lo viejo y debe destruirlo antes de ser absorbido por este, no esperar pacientemente su turno en el cielo de la Historia. Que el proletariado entregue el poder a la burguesía y al Gobierno Provisional en la revolución, terminar el ciclo revolucionario con la consecución de una revolución democrático-burguesa y no socialista-proletaria, dejar un número indeterminado de años para que el capitalismo y las fuerzas productivas «se desarrollen» y después lanzar la ofensiva proletaria, habría sido un error imperdonable, una muestra absoluta de miopía política.

Cuando afirmamos que existe una continuidad entre los *Cuadernos de filosofía* y las *Tesis de abril* obviamente no queremos decir que las consecuencias políticas de las tesis de Petrogrado se deduzcan necesariamente del estudio de Hegel que Lenin emprende en Berna. Se trata de temas de estudio totalmente distintos, las causas de la ruptura tienen un carácter político: el vergonzoso papel chovinista de la socialdemocracia europea durante la guerra imperialista de rapiña, la imposibilidad de la burguesía de acometer las tareas democráticas. Lo que queremos afirmar es que el estudio de Hegel contribuye a la ruptura de Lenin con las premisas filosóficas y metodológicas de la II Internacional, Hegel elimina los últimos restos que quedan en Lenin de Kant y Comte. Lenin acude a Hegel para buscar la ruptura dialéctica con el materialismo positivista. El obstáculo del pseudomarxismo predialéctico (y su corolario político por excelencia: «Rusia no está económicamente madura para una revolución socialista, la revolución debe ser democrático-burguesa») se viene abajo. Una vez disuelto este obstáculo, Lenin está libre para estudiar el problema desde un ángulo concreto, realista, práctico, está listo para emprender el análisis concreto de la situación concreta, análisis que culmina en Lenin leyendo un papel arrugado en el techo de un vagón blindado en la estación Finlandia de Petrogrado.



# El nuevo poder en Octubre del 34 en Asturias

## 1. Contexto histórico previo

La gran crisis del capitalismo en 1929 se dejó notar con dureza en Asturias. Durante 1932 se sucedieron huelgas mineras de enorme importancia ante la amenaza de cierre de explotaciones. Sin embargo, el Sindicato Único criticó el colaboracionismo del SOMA con el gobierno republicano-socialista y el capitalismo. Es de destacar la heroica huelga de la metalurgia Duro Felguera, dada la fuerte influencia de la CNT en la región. Los obreros resistieron durante nueve meses de huelga, a la que se sumaron numerosos conflictos obreros en solidaridad. Llangréu llegó a ser tomada militarmente por la Guardia Civil y se comenzó a detener a

miembros del Comité de Huelga. El conflicto se extendió a toda la región de La Felguera hasta que, finalmente, el 8 de diciembre de ese año se convocó una huelga general secundada especialmente en el valle de Llangréu y Xixón — ambas regiones con fuerte presencia anarquista —, si bien fue rechazada por la UGT.

Existían fuertes conflictos en el seno del PSOE por la colaboración con la dictadura de Primo de Rivera y con los republicanos durante el bienio reformista. Se vio positivamente la constitución de la República, pero sólo como un estadio intermedio que facilitaría el camino hacia la revolución socialista. «No nos dejemos llevar de

la ilusión, engañándonos en el alcance de la actual revolución, porque ésta no es aún nuestra revolución».<sup>1</sup> La línea de participación en la República por parte del PSOE estaba encarnada por los dirigentes Francisco Largo Caballero e Indalecio Prieto. Prieto representaba la línea centrista de continuación con la colaboración ministerial que optaba por la vía reformista frente a los que abogaban por la revolución. La represión de Casas Viejas,<sup>2</sup> sin embargo, puso más en evidencia si cabe las contradicciones por las que pasaba el PSOE para defender la república burguesa, dañó su credibilidad ante el proletariado y lo distanció de la CNT. A fin de cuentas, en 1933 la vía reformista se encontraba paralizada por los radicales de Lerroux y los patronos en las zonas rurales.

La derecha presionaba para formar una coalición reaccionaria contra las mínimas reformas conseguidas en el gobierno republicano-socialista. Gil Robles planteó ante las elecciones que «no había más solución que formar un fuerte bloque antimarxista, cuyo eje fuera un partido de derechas apto para gobernar con la República. Puesto que carecíamos de fuerzas para oponernos a la revolución, era preciso que nos hiciéramos con los resortes del poder». Él mismo llegó a señalar como la contradicción principal «el triunfo o derrota del marxismo». Gil Robles, monárquico católico, era un defensor del nacionalcatolicismo al estilo del fascismo austriaco de Engelbert Dollfuss,<sup>3</sup> que en 1934 bombardeó los barrios obreros de Viena para reprimir una rebelión obrera. Este suceso conmocionó y alertó al proletariado español.

También la derecha fascista veía en la República un momento intermedio ante sus verdaderos objetivos políticos: «El Parlamento o se somete o lo hacemos desaparecer». En noviembre de 1933, la coalición de derechas ganó las elecciones, deshizo las reformas del anterior periodo y amnistió, en abril de 1934, a los golpistas de la intentona de Sanjurjo de 1932. La Guardia Civil y los patronos, por su parte, actuaban

1 *El Socialista*, 26 de abril de 1931.

2 En enero de 1933 tiene lugar una masacre en el municipio gaitano de Casas Viejas, que supone una pérdida de apoyos populares para el gobierno socialista debido a la actuación represiva ante la insurrección campesina de corte anarquista que allí tiene lugar.

3 En 1932 ya gobernaba en Austria Engelbert Dollfuss, seguidor del fascismo italiano que promovía el nacionalismo austriaco y el conservadurismo católico. En 1933, al calor del ascenso de Hitler, disuelve el parlamento y se proclama canciller.

con total impunidad e imponían un clima represivo contra las organizaciones obreras y sindicalistas.

El bienio republicano-socialista puso en evidencia las limitaciones del reformismo, así que el PSOE dio un giro brusco hacia la revolución tras la derrota electoral y comenzó a defender que la democracia era una institución burguesa que nada aportaba a la clase obrera. «Hoy estoy convencido de que realizar una obra socialista en la democracia burguesa es imposible», declaraba Largo Caballero ante las Juventudes Socialistas. A esto se le sumaba el temor al ascenso del fascismo dentro la derecha republicana, por lo que se comenzó a plantear la necesidad de emplear la violencia para defender las reformas conquistadas. En el Comité Nacional del PSOE venció la línea reformista-armada de Largo Caballero, que propugnaba proteger la República contra la reacción y la necesidad de la toma del poder político para implantar el socialismo. La UGT de Besteiro declararía una huelga general ante cualquier intentona de la reacción, aunque finalmente Largo Caballero asumió la secretaría de este sindicato.

Podemos afirmar que los dirigentes del PSOE no buscaban realmente una revolución socialista, sino una vuelta a las reformas del anterior periodo junto con algunas medidas nuevas, como la disolución de la Guardia Civil y las órdenes clericales, así como una reforma agraria.<sup>4</sup> Los discursos de Largo Caballero sobre la necesidad de armar a los obreros eran una medida disuasoria contra la derecha que, sin embargo, prendieron entre sus bases y juventudes. Los obreros sobrepasaron ampliamente las intenciones de sus dirigentes.<sup>5</sup> Largo Caballero en ningún momento llegó a pensar seriamente que la CEDA fuese a entrar en el gobierno ni que fuera a tener que dar la orden de inicio de la insurrección. Ello llevó a una falta de preparación y de organización dramática para el desarrollo de la huelga revolucionaria en el Estado.

Por su parte, la CNT había llevado a cabo varios intentos insurreccionales y, especialmente en Aragón y La Rioja, llamaba a la revolución social ante la nueva perspectiva electoral y la posterior victoria de la derecha. Aunque se sucedieron huelgas en grandes ciudades

4 El programa socialista para 1934 fue publicado después en *El Liberal* de Bilbao en 1936.

5 Destaca la conferencia sobre la Revolución de Octubre de Indalecio Prieto, cuadro socialista más influyente para los militantes asturianos: «Me declaro culpable ante mi conciencia, ante el Partido Socialista y ante España entera, de mi participación de aquel movimiento revolucionario. Lo declaro como culpa, como pecado, no como gloria».

en todo el Estado y, durante unos días, el poder estuvo en manos de los huelguistas, los intentos insurreccionales fracasaron. Tras esto, la CNT fue ilegalizada, muchos de sus cuadros fueron encarcelados, varias organizaciones locales fueron destruidas, fueron clausurados sus locales y periódicos y las multas a afrontar fueron enormes. Este ascenso represivo también se dirigió contra el PCE: se cerraron sus sedes y se prohibieron sus periódicos.

El PSOE comenzó a promover, a imagen de una iniciativa previa catalana, las alianzas obreras, con destacamentos de izquierda destinados a la unidad de acción sindical y como fuerzas de resistencia para afianzar los logros conquistados. Sin embargo, en esta alianza se dejó fuera sistemáticamente a la CNT y al PCE. En 1934 la CNT en Asturias se acercó a la postura de la alianza (en contra de las líneas de su Pleno Nacional), especialmente debido al desgaste de cuadros que las intentonas insurreccionales habían producido. El PSOE, por su parte, facilitó la salida de prisión de los cuadros anarquistas. Se produjeron avances en la unidad de acción, aunque ambos destacamentos no presentaban una gran

disposición a colaborar con el PCE ni con sus formaciones sindicales. El PCE criticó la formación de las alianzas obreras como fusión de cúpulas obreras, ya que por su parte venía apostando por un frente único pero que surgiese desde la base proletaria y no como mera agrupación de sus direcciones sindicales.

La Alianza Obrera se concibió desde sus inicios como órgano de unidad de acción, preparación militar y núcleo de poder político, económico y social destinado a alcanzar la revolución social. De esta manera, la Alianza Obrera nació como órgano que prefiguraba el «nuevo poder» para la revolución. El 31 de marzo se cerró la alianza entre CNT, UGT y FSA y se presentó «la acción mancomunada de todos los sectores obreros con el exclusivo objeto de promover y llevar a efecto la revolución social». En este mismo mes se distanció a los besteiristas de las Juventudes Socialistas (JS) y Santiago Carrillo fue nombrado secretario general de estas últimas. En estos momentos, ya se llamaba desde el PSOE a formar un ejército obrero y a armar a la clase. Gil Robles, en la concentración fascista del Escorial, también llamó



a la derecha a, llegado el momento, enfrentarse por la vía armada.<sup>6</sup>

Pese a la fuerte influencia centrista de Prieto en los cuadros asturianos, se produjo un cambio de dirección de la FSA determinante en Asturias, pues pasó a dirigirla Graciano Antuña, líder minero del SOMA. «No buscaban los mineros asturianos en la revuelta mejoras de carácter económico; lo que perseguían era apoderarse del mando [...]. El factor principal de la revolución fue el Sindicato Minero Socialista. La gente más dura en la pelea, los comunistas».<sup>7</sup> Los mineros en el anterior periodo habían conseguido grandes victorias sindicales, incluso habían logrado tener minas autogestionadas. Los más de 20.000 mineros, armados con su dinamita, fueron la fuerza principal para la revolución. Sin embargo, estaba teniendo lugar una profunda crisis industrial: se estaban cerrando pozos mineros, no se pagaban salarios, se reducían continuamente las plantillas... Como advertíamos, el SOMA había virado radicalmente hacia la revolución social, pues se había agotado la vía reformista y el proceso de fascización de la derecha empujaba a los obreros a las armas. Por su parte, las JS promovían el acercamiento al PCE, que ya presentaba cierta fuerza en las cuencas mineras, especialmente en Mieres y Sama.

Con el acceso de Largo Caballero a la dirección de la UGT se constituyó en Madrid el Comité Revolucionario, presidido por él mismo y destinado a la coordinación de UGT, PSOE y JS. Fue, en definitiva, el organismo para la insurrección puesto en marcha por los socialistas. Las JS, muy influenciadas por la Revolución Bolchevique, comenzaron a formar un ejército y a instruirse marcialmente mediante entrenamientos en la montaña. Las JS en Asturias desarrollaron campañas antifascistas de agitación en toda la región durante el verano, llevaron a cabo movilizaciones en las que se cantaba «La Internacional» y vestían distintivas camisas rojas que terminarían

siendo prohibidas, aparte de, por supuesto, realizar prácticas militares en la montaña. El plan del PSOE estaba orientado a emplear las alianzas obreras para la insurrección, pero siempre manteniendo la dirección política de cada comité revolucionario provincial, incluso en el caso asturiano, donde ya participaba la CNT. Largo Caballero buscaba una revolución social —entendida como una huelga general a la que se sumaría una insurrección por parte de milicias obreras y sectores militares afines para así tomar el control de centros de poder, cuarteles y ayuntamientos— para deponer a la derecha y recuperar el mando de la República reemprender el proyecto reformista.

Los momentos previos a la revolución fueron enormemente convulsos: se produjeron choques contra los fascistas y se sostuvieron huelgas, paros y conflictos obreros en las cuencas mineras. El PCE mantenía movilizaciones en las cuencas, mientras que la Alianza Obrera quería guardar fuerzas para el asalto revolucionario, aunque es cierto que no pudieron frenar las protestas de las bases obreras. Se sucedieron las huelgas mineras en mayo, pero el SOMA presionó para poner fin a esta lucha. Sin embargo, el movimiento obrero no se detuvo durante el verano, especialmente en las minas. Se produjeron conflictos obreros de forma irremediable para los mandos socialistas y manifestaciones contra las que los guardias dispararon a matar. El periódico socialista *Avance* fue un auténtico órgano para la revolución y agitó a las masas obreras en un clima prerrevolucionario en el que se llamaba directamente al boicot a colaboracionistas fascistas. Se intentó repetidas veces cerrar el periódico y encerrar a su director, Javier Bueno (militante de UGT), además del secuestro de tiradas por parte de guardias de asalto. José Calvo Sotelo llegó a decir de *Avance* que fue el «gestor moral de la revolución». Ninguna medida logró evitar la circulación clandestina del periódico entre los obreros.

En septiembre, la CNT convocó huelgas mineras y se lanzaron soflamas por la cercanía del estallido revolucionario. El 9 de septiembre se produjo otra provocación fascista: las Juventudes de Acción Popular (JAP) buscaban realizar una nueva convocatoria multitudinaria en Cuadonga. El SOMA y la CNT convocaron una huelga general y se produjeron sabotajes en las vías de comunicación —se dinamitaron y levantaron las vías de

6 Esta concentración en el Escorial el 22 de abril, dos días después de aprobada la Ley de Amnistía contra los golpistas y como cierre al congreso de las Juventudes de Acción Popular, fue una clara demostración de las intenciones de las fuerzas fascistas. «Cuanto más católicos, más españoles; cuanto más españoles, más católicos».

7 Relato oficial de los sucesos revolucionarios de octubre en Asturias y Cataluña.

ferrocarril, se tiraron troncos en la carretera...— para evitar que se pudiera llegar a la concentración. El discurso de Gil Robles en Cuadonga fue, en fin, una clara amenaza contra la clase obrera revolucionaria.

A finales de septiembre, a la luz de la experiencia del frente popular en Francia, el PCE pidió entrar en la Alianza Obrera. Sin embargo, mantenía su crítica a la «unión desde arriba» que dejaba fuera de la alianza a campesinos, a obreros no organizados, a sindicatos comunistas como la CGTU o a parados. El PCE —directamente influenciado por la experiencia soviética— quería formar un órgano de poder proletario que naciese desde las bases obreras, conformado por representantes designados por los propios obreros y que extendiese su lucha política más allá del plano sindical. No fue hasta la noche del 4 de octubre que los comunistas asturianos entraron en la alianza y tuvieron conocimiento de la inminencia de la insurrección. El papel de los comunistas en la alianza en aquellos momentos se circunscribía a un trabajo más bien a título individual, dada la vorágine de los acontecimientos.

Por su parte, la CNT también debatía sobre su participación en la alianza, pues había varios sectores opuestos a ella y a su colaboración con marxistas, especialmente el sector faísta de Segundo Blanco. En todo caso, su participación en la alianza se aprobó por 39 votos contra 35.

Finalmente, en octubre, la entrada de la CEDA en el gobierno de la República precipitó los acontecimientos: era una victoria abierta del fascismo. Ante la noticia de la entrada de tres ministros de la CEDA en el nuevo gobierno, en la noche del 4 al 5 de octubre se declaró la huelga general revolucionaria.

## 2. La Revolución de Octubre

Esa misma noche quedó constituido el Comité Revolucionario, dirigido por el minero socialista Ramón González Peña, generalísimo de la revolución, y que contó con la participación de Carlos Vega y José de la Fuente (hermano de la valerosa comunista Aida de la Fuente, figura determinante de la revolución), de otros dos anarquistas, uno de ellos Avelino González Entrialgo, y de tres representantes PSOE, entre ellos

el dirigente del SOMA Graciano Antuña. Los comunistas se sumaron al comité sin ser conscientes de la inminencia de la revolución.<sup>8</sup> El Comité Revolucionario socialista, comandado desde Madrid, dirigió el inicio de la insurrección y dejó a la zaga a la Alianza Obrera. Su plan era tomar rápidamente Uviéu desde las cuencas mineras (Llangréu, Sama y Mieres), hacerse con sus fábricas de armas y con dinamita, además de formar columnas mineras para apoyar la insurrección en el resto del Estado.

El primer Comité Revolucionario local se fundó la mañana del 5 de octubre en Mieres y dejó fuera de él a los dos representantes comunistas pese a que el PCE había combatido desde el principio por la toma de las cuencas mineras. Se promovió el alistamiento y la formación de nuevas milicias obreras y se racionalizaron armas y víveres a través de los dirigentes obreros de la región. Las directrices del comité ayudaron a sumar a más obreros a la revolución. De hecho se crearon varios comités para recuperar la normalidad dentro de la «República Socialista» en Mieres (Abastos, Transporte, Alimentación, Sanidad, etcétera). Además, se organizó un servicio de seguridad de «guardias rojos» que consiguió terminar con el pillaje y restablecer el ritmo de vida lo antes posible.

El mismo día 5 de octubre se preparó la huelga revolucionaria en Uviéu para la toma de la capital. En veinticuatro horas los mineros habían acabado con veintitrés cuartelillos de la Guardia Civil de la región central. Al mediodía el paro era total en Uviéu y las fuerzas revolucionarias se acercaban a la ciudad desde las cuencas. Durante la tarde, las fuerzas de la reacción dispararon contra el edificio de *Avance* y fueron detenidos todos los allí presentes. La mañana del día 6, tras ciertos encuentros armados, los milicianos entraron en los barrios de la ciudad, vitoreados por los obreros y las mujeres obreras, las cuales salieron a recibirles y proveerles de su primera comida en días. Se tomó finalmente el ayuntamiento, que será la sede del Comité Revolucionario Provincial. Ante la falta general de armas y, en especial, de municiones, la dinamita

<sup>8</sup> Los revolucionarios se pasaron por la Casa del Pueblo aquella primera noche de insurrección para interesarse por su admisión en la Alianza Obrera y justo se les comunicó la inminencia de la revolución. Esto pone en evidencia que el PSOE no contaba con la participación del PCE y que su admisión en el Comité Revolucionario fue en cierta medida por fortuna.

fue un auténtico punto de inflexión para la acción de los revolucionarios, el arma más eficaz para la revolución («¡Viva la dinamita revolucionaria!»).

Las masas revolucionarias, al entrar en los ayuntamientos quemaban todos los antiguos registros y los archivos notariales y judiciales, que no tenían cabida en la nueva sociedad por construir en la comuna asturiana. Los altos funcionarios huían y el fuego se llevó consigo «todo lo que resta del antiguo Estado».<sup>9</sup> Los revolucionarios organizaron rápidamente un nuevo poder en torno a los comités locales y barriales, nacidos de las alianzas obreras, y existía además un poder regional que emanaba del Comité Provincial Revolucionario, que principalmente detentaba el poder sobre la dirección militar. Los diferentes comités locales actuaron con bastante autonomía y su acción estaba fuertemente influenciada por su composición particular, ya fuera mayoritaria la presencia anarquista, socialista o comunista. Los comités locales no nacían, ni mucho menos, desde las bases obreras y campesinas, sino que procedían por selección de cuadros de las diferentes organizaciones y sindicatos de las alianzas obreras; por ello, su composición no siempre representaba la realidad política del lugar. Esto dio pie a que algunas organizaciones minoritarias, como el PCE, pudieran llegar a tener un papel de cierta relevancia a pesar de su baja afiliación.

Los comités organizaban la vida social y la revolución: abastecimientos, ejército, administración, transporte, servicios sanitarios. A esto se le debe sumar la planificación de la producción industrial de guerra y que las fábricas y minas se hallaban bajo control obrero. Las funciones de los comités locales, fijadas por el primer comité, se repartieron en varios órganos: Abastecimiento, Servicios de Sanidad, Organización del Trabajo, Comunicaciones, Comité de Guerra, Orden Público, Propaganda y Justicia Revolucionaria.

Los Comités de Abastos en los barrios tuvieron el papel más importante y una de las tareas más difíciles a nivel local, pues de ellos dependía la producción y distribución de los artículos de primera necesidad (pan, leche, harina, etcétera). Los comités distribuían a pie de calle estos bienes entre las familias según sus

necesidades; el dinero había perdido su valor frente a los vales de distribución. Los revolucionarios requisaban mercancías y se instaba a los comerciantes a facilitar los productos marcados en los vales de los comités locales. En Uviéu, los comunistas Juan Ambou y Aida de la Fuente fundaron el sóviet de La Argañosa, en el barrio de los ferroviarios de Uviéu. El sóviet tenía la función de abastecer y organizar la vida social de los vecinos y combatientes del barrio y de emitir vales de consumo mediante representantes elegidos en asamblea.

Los Comités para Servicios Sanitarios atendían a todos los enfermos y heridos en combate, incluidos los guardias. En Uviéu se mantuvo en funcionamiento el Hospital Provincial, la Casa de Socorro y otros pequeños hospitales. Se recibió además el apoyo técnico de la siderúrgica de La Felguera, que ayudó a suministrar equipamiento de quirófano a los hospitales. A algunos médicos se los sacó de sus hogares y fueron forzados a actuar en los hospitalillos; de esta forma se estableció el reclutamiento de personal capacitado, aunque otras muchas personas se ofrecieron voluntarias desde el inicio. Los servicios de suministro farmacéutico también se organizaban mediante vales firmados por el comité encargado de ello. Las monjas, finalmente, cumplieron un importante papel en los servicios sanitarios, actuando como enfermeras.

Con respecto a la organización del trabajo, las minas y fábricas no se detuvieron. De hecho, los capataces fueron obligados a trabajar en las minas durante siete horas. A ellos se unieron las cuadrillas de voluntarios obreros, que continuaban trabajando noche y día. Se mantuvo la producción electricidad, gas y agua y se dedicaron muchos esfuerzos a la producción siderúrgica. Las fábricas de Mieres y Llangréu se dedicaron a la producción de guerra y fueron especialmente icónicos sus coches blindados marcados con consignas como «Uníos, hermanos proletarios» (UHP) y los trenes blindados para la revolución; además, se llenaban cartuchos y se construían obuses para los cañones, junto con dinamita y bombas. La falta de municiones se notó durante toda la revolución debido a que, en previsión de un estallido revolucionario, se habían retirado grandes cantidades de la fábrica de armas de Trubia antes de ser tomada.

Otra función de relevancia de los comités fue la de mantener la seguridad interna a través de los guardias

<sup>9</sup> Palabras de un cronista de la revolución de Pola de Sierro, de donde huyeron jueces, el registrador y el notario pudiendo salvar de la antigua sociedad solamente un tomo de la Ley Hipotecaria.

rojos. Registraban domicilios y verificaban las familias que las habitaban, evitaban saqueos y realizaban detenciones. Los registros apuntan a que no hubo represalias ni malos tratos hacia los detenidos (militares, guardias, eclesiásticos, etcétera). Se actuó, eso sí, de forma decidida contra el pillaje. Con respecto a la propaganda, se llegó incluso a mantener el funcionamiento de una radio revolucionaria en Turón y se mantuvo la producción de octavillas y carteles. En cuanto al transporte, se requisaron todos los vehículos y se pusieron a disposición militar y de los servicios de los comités de distribución, entre otros, lo que venía a sumarse al control existente sobre las redes ferroviarias.

Todo ello demuestra la enorme capacidad organizativa desplegada por los obreros y campesinos asturianos durante los pocos días que se mantuvo la revolución. Para el día 6 de octubre, de todos modos, la huelga revolucionaria había fracasado en el resto del Estado. El día 7 se inició la toma de Xixón. El gobierno central quiso mandar a López Ochoa<sup>10</sup> y la CEDA pretendía ascender a Francisco Franco a jefe del Estado Mayor para acabar con la situación revolucionaria. Era evidente que el poder obrero no podía coexistir con el poder burgués y la revolución debía ser aniquilada. Para ello, el ministro de la Guerra llamó a su lado a Franco para dirigir la operación desde Madrid. La figura de Franco ha aparecido como represora de todos los intentos revolucionarios en Asturias, desde la huelga revolucionaria de 1917 pasando por la revolución de Octubre y posteriormente la guerra civil en 1936. Franco envió a los legionarios de Yagüe y a los regulares en una operación por tierra, mar y aire con duros bombardeos. Se lanzaron columnas desde Galiza y León para la toma de la provincia asturiana y a ellas se unieron los desembarcos desde el mar.

El día 7, López Ochoa entró por tierra en Asturias desde Galiza, sincronizado con la entrada por mar en el puerto del Musel de tropas regulares, y dieron comienzo los bombardeos. En Xixón, la CNT proclamó el comunismo libertario sin siquiera haber llegado a tomar la ciudad en ningún momento (les llegó mucho más tarde la información sobre el estallido insurreccional y nunca llegaron a poseer suficientes armas). En la barriada de El Llano, desde donde operaba el comité local, se procedió

a «regularizar la vida de acuerdo con los postulados de la CNT: socialización de la riqueza, abolición de la autoridad y el capitalismo».<sup>11</sup> Los comités del Sindicato de Alimentación llevaban a cabo la producción de pan para la barriada atendiendo a las cifras marcada por el Comité de Abastos. Además, se estableció un Hospital de Sangre en una capilla del lugar.

La revolución no logró resistir en el puerto debido a la falta de armas, relevos y apoyos negados a los anarquistas por el Comité Revolucionario Provincial de Uviéu. Sólo se recibieron apoyos de La Felguera, también de dominio anarquista. En La Felguera, de hecho, la CNT ocupó los cuarteles y el ayuntamiento y procedió a abolir inmediatamente el dinero. El día 10, el Comité Revolucionario organizó la evacuación de Xixón y la dura defensa en las barricadas de El Llano. A partir de entonces también se produjeron duros bombardeos por aire sobre la capital.

Tras la toma de la fábrica de armas de Trubia, se redactaron bandos para la organización del poder en Uviéu, para la obtención de armas y su posterior reparo, además de para la formación de guardias rojas para el control interno. Las filas revolucionarias retomaron Grau tras el paso de las tropas de López Ochoa, se restableció el comité con dirección comunista y presencia socialista y anarquista y se izó la bandera roja, instigando al pueblo a conformar un ejército rojo con cuerpos proletarios disciplinados frente a las anteriores milicias. En un informe interno posterior del PCE se decía: «Fue Grado uno de los sitios donde más acusados estaban en el movimiento los rasgos del régimen soviético y donde mejor funcionaban los servicios de aprovisionamiento». Por su parte, en Trubia, de fuerte presencia comunista, se inició la producción de guerra, especialmente de cartuchos de munición, y se instauraron guardias rojas. Su papel fue imprescindible para la supervivencia de la revolución.

La revolución en el resto del Estado, como decíamos, ya había sido derrotada y, aunque la huelga tuvo seguimiento, el momento insurreccional fue un fracaso completo. Los militares afines no actuaron y hubo una falta absoluta de preparación para la toma del poder

10 Eduardo López Ochoa fue conocido como «el carnicero de Asturias». Fue asesinado en Madrid el 17 de agosto 1936 y su cadáver posteriormente decapitado por una turba.

11 Manuel Villar, *El anarquismo en la insurrección de Asturias. La CNT y la FAI en octubre de 1934*, Madrid, Fundación Anselmo Lorenzo, 1994.

## Línea Roja

El nuevo poder en Ochobre del 34 en Asturias

por parte de las milicias obreras. Pese a que se produjeron ciertos avances en Uviéu, se acusó sin duda la falta de municiones. Además, el gobierno incendió a modo de venganza el edificio de *Avance*, situado en su zona de control de la ciudad, y continuaron los duros bombardeos aéreos, que no podían ser contestados desde tierra. Finalmente, las tropas de López Ochoa se instalaron en La Corredoria, a las afueras de Uviéu, y Xixón acabó rindiéndose. A esto se vino a sumar una poderosa columna procedente de León, pero detenida en Campumanes. Ante este panorama, el día 10l os socialistas estuvieron valorando la retirada. El secretario del Comité Revolucionario, González Peña, era

favorable a la retirada para intentar realizar una defensa escalonada. La dirección socialista daba por perdida la revolución.

Los comunistas aumentaban su influencia entre las masas, especialmente por su valentía en el combate y por tener una cierta influencia en las zonas mineras mediante la CGTU. La situación había desbordado la planificación del PSOE, que intentó aislar a los comunistas de los mandos militares. Carlos Vega criticaba la falta de compromiso de los dirigentes socialistas, que «se iban a descansar a camas de muelles, algunos a sus propias casas; dormían plácidamente la mañana y se



retiraban temprano». El PSOE siempre pensó en una rápida insurrección victoriosa, pero desde el primer momento el asalto a cuarteles y puntos estratégicos se fue prolongando y la lucha fuera de Asturias se detenía. Los comunistas criticaban la incapacidad de mando socialista a la hora de plantear nuevas alternativas militares para recuperar objetivos revolucionarios. No existían planes de conjunto —hecho que se evidenció en la defensa de Xixón— y las acciones militares respondían en cierta medida a la iniciativa de los jefes de las milicias presentes en el campo de batalla.

En los momentos iniciales, el Comité Revolucionario Provincial no contó con la presencia de anarquistas y era evidente que el PSOE tenía su propia dirección paralela y que empleaba el Comité Provincial como justificación ante las masas y para ganar el apoyo comunista. Los socialistas propusieron la retirada después de haberse llevado el dinero de los bancos, de ahí irse a Lisboa y finalmente marcharse en barco a la URSS o Francia. Por su parte, Carlos Vega proponía retirarse hacia las cuencas mineras, a Llangréu, y hacerse fuertes aprovechando su topografía a la espera de que en el resto del Estado se iniciase la revolución. Los mineros no querían bajo ningún concepto renunciar a la iniciativa revolucionaria que habían conseguido. Los combatientes y jefes militares desconfiaban del mando del comité.

El día 11 se produjo la última reunión del primer Comité Revolucionario con representantes de todas las facciones revolucionarias y con jefes de grupos militares. Se acordó la retirada ordenada con la única oposición del comunista Juan José Manso, que quedó encargado de comandar la defensa de Uviéu para habilitar la retirada. Los miembros del comité delegaron todo el poder en los encargados del repliegue, buscaron su propia salvación y se repartieron el dinero expropiado de los bancos sin preocuparse por el desalojo de las masas obreras. La noche del 11 de octubre se difundió la noticia de la huida del Comité Provincial, lo que produjo algunas desbandadas, pero también quedó demostrada la abnegación obrera de todas aquellas personas que se negaron a abandonar las posiciones de defensa en Uviéu, como los grupos mineros de Sama. Muchos comités locales fueron abandonados, se liberó a prisioneros y los dirigentes intentaron salir como fuera de Asturias, muchos

de ellos llevándose el dinero consigo. De esta forma, los cuadros de partidos y sindicatos abandonaron sin mando y sin recursos económicos a muchos combatientes a su suerte y posiblemente a la de la represión burguesa. Carlos Vega relata que los socialistas en Sama llegaron a quemar un camión lleno de armas para eliminar pruebas, una evidencia de su completa rendición.

El vacío de poder producido por la desbandada del primer comité fue contestado desde parte de las filas comunistas. Los obreros escuchaban las denuncias comunistas de la huida del primer comité y tomaron el mando para intentar redirigir la situación. En este proceso, las Juventudes Socialistas también dieron un paso hacia delante en el combate. Fueron especialmente jóvenes comunistas y socialistas quienes se encargaron de reorganizar los comités y criticaron duramente a comunistas que habían huido influenciados por la línea socialista de retirada; también se criticó duramente a Carlos Vega y a José de la Fuente por ir a la zaga de los socialistas en el Comité Revolucionario. En otros comités locales con especial presencia comunista, como en Grau o Sama, los comunistas siguieron la huida socialista, aunque regresaron pocas horas después.

Tras la retirada, los jefes militares se quedaron sin dirección, así que convocaron una asamblea para formar el segundo Comité Revolucionario Provincial por elección a mano alzada; finalmente estuvo formado por comunistas, elegidos entre aclamaciones de los obreros armados. A la cabeza del segundo comité se encontraba Juan José Manso y lo acompañaban otros comunistas como Juan Ambou. Su rango de influencia se limitó esencialmente a la organización revolucionaria en Uviéu. El comité duró finalmente un único día y también contó con la presencia de jóvenes socialistas y de un cenetista. En pocas horas consiguieron reorganizar los principales comités locales con las reincorporaciones de cuadros que se habían dejado llevar por la desbandada. Algunos miembros del primer comité fueron apresados, muchos de ellos con grandes sumas de dinero, y a punto estuvieron de ser fusilados. González Peña fue el blanco principal de las críticas, ya que instigó desde el principio a la retirada, antes incluso de la resolución del primer comité. Una de las líneas principales del comité

comunista fue la creación del ejército rojo en sustitución de las milicias y que tendría un mando y una dirección disciplinados.

Las tropas de López Ochoa estuvieron desde el 11 hasta el 14 de octubre intentando alcanzar el ayuntamiento de Uviéu, muestra de la dura defensa de los obreros ovetenses y del resto de revolucionarios. Aida de la Fuente, que actuaba de enlace permanente entre el sóviet, el comité y el frente, terminó jugando un papel heroico el día 13 de octubre en la defensa de la Estación del Norte frente a las fuerzas del tercio del falangista Yagüe y en contra de las directrices dadas por Juan Ambou. Se dirigía a enviar unas octavillas del comité a los defensores de San Pedro, según se cuenta, cuando encontró la muerte al intentar contener con una ametralladora a las tropas del tercio, que entraron cuerpo a cuerpo con bayonetas contra ella.

Tras el regreso de diferentes cuadros a los comités locales, veinticuatro horas después de la formación del segundo comité se constituyó el tercer Comité Revolucionario Provincial, presidido por el socialista minero Belarmino Tomás, encargado de pactar la rendición y llevar a cabo la retirada. El comité se formó en Sama en una situación de pánico entre la población asturiana por el avance de las tropas militares sobre Uviéu, por lo que abandonaron sus armas y sus puestos. El comité estaba constituido por comunistas —entre ellos Juan José Manso— y socialistas; los anarquistas se negaron a formar parte del mismo, aunque cumplieron sus órdenes. Se acordó la necesidad de emprender la retirada y se comandó de forma centralizada la defensa de Uviéu. En Mieres se reorganizó igualmente el comité local y se acordó «permanecer en los puestos directivos hasta el último momento»;<sup>12</sup> sin embargo, tanto los miembros del comité como los guardias rojos terminaron huyendo pocas horas después y, finalmente, al terminar el día se reorganizó el comité local. El mismo día 13, Uviéu estaba casi totalmente tomado y se preparó la retirada hacia las cuencas mineras de Mieres y Llangréu. A lo largo de ese día se reorganizaron pequeñas columnas para la defensa del frente de la montaña en Campumanes y para emprender la retirada de Uviéu. El día 14 se encomendó la retirada del ayuntamiento de Uviéu, que fue apoyado militarmente desde San Lázaro con el apoyo de las columnas mineras, henchidas de rabia por el horror desatado en

la ciudad por los legionarios y por el Tercio —como la matanza en Villafría o los horrores en San Lázaro, donde se incendiaron casas y se produjeron saqueos, fusilamientos, asesinatos de mujeres y niños, violaciones y ejecuciones a cuchillo—. La resistencia heroica de los últimos combatientes de Ochobre se vio dañada por los bombardeos de la aviación. El día 14, López Ochoa organizó en la ciudad un desfile militar del tercio y los burgueses salieron a saludar a los que habían venido a salvarles de la justicia del proletariado.

En la frontera con León se recrudecía la defensa mientras a las fuerzas militares se sumaba la columna del coronel Aranda.<sup>13</sup> Se termina abandonando el frente de Campumanes, determinante para asegurar la retirada hacia Castilla. Las prioridades militares del gobierno eran tomar la fábrica de armas de Trubia y finalmente aplastar la revolución en las cuencas mineras.

El día 16 partió desde Grau para defender Uviéu el pequeño ejército rojo conformado por el Comité Revolucionario local, que fue reforzado por militantes de Trubia, pero se vieron obligados a retroceder por las fuerzas de López Ochoa. La batalla se situó en el alto de Cabruñana, donde se logró detener a las tropas gubernamentales. La campaña de toma de Trubia, que venía a sumarse a la precedente toma de la fábrica de explosivos de La Manxoya, supuso el fin de las municiones y, por tanto, de las posibilidades de defensa revolucionaria. El día 17 comenzaron las comunicaciones entre Sama y Mieres para negociar con el gobierno las condiciones de la rendición, si bien en San Lázaro, en Uviéu, todavía resistía la defensa para evitar la vía hacia las cuencas. El día 18, ante la toma de Trubia, se acordó una reunión en Sama para llevar a cabo la rendición, la ocultación de armas y la retirada organizada de cuadros revolucionarios.

Tras una primera negociación —en la que se exigía como rehenes a miembros del Comité Provincial Revolucionario—, se comenzó parlamentar directamente con López Ochoa. En la población minera había temor a que se produjese una nueva huida del comité, por lo que exigieron que los obreros formasen parte de este proceso, que se les consultase sobre la capitulación y amenazaban con desobedecer las órdenes del comité y mantener la lucha. Se decidió que a la entrevista con López Ochoa en Uviéu acudiese Belarmino Tomás.

12 Manuel Grossi, *La insurrección en Asturias*, Gijón, Ediciones Júcar, (1935) 1978. Manuel Grossi fue un importante sindicalista representante del Bloque Obrero y Campesino (BOC), de tendencia comunista de izquierda

13 El coronel Aranda estaba al mando en León y se quedará al mando en Asturias tras la revolución apoyando a los facciosos en la Guerra Civil

El líder minero partió bajo amenaza de ser dinamitado si emprendía la retirada. La baza revolucionaria para evitar la capitulación incondicional era la dinamita y la topografía de las cuencas, que hacía de la zona una fortaleza que sería muy dura de tomar y que costaría numerosas bajas. Este acto no tuvo precedentes; Todas las anteriores sublevaciones obreras habían sido aplastadas incondicionalmente. Que se aceptasen las condiciones de rendición de las filas revolucionarias pone en evidencia la dimensión que adquirió el conflicto.

Desde la filas revolucionarias se acordó entregar prisioneros y parte del armamento, mientras que el gobierno, por su parte, aceptó no entrar con tercios y regulares en vanguardia sobre las cuencas y que no hubiese represalias militares, sólo las derivadas por tribunales de justicia. Belarmino Tomás acordó la entrada en las cuencas la mañana del 19 para facilitar la huida de cuadros y la suya propia. Desde el ayuntamiento de Sama los miembros del tercer comité comunicaron la situación a la masa minera, las cuales se muestran reacias; algunos fusiles apuntan hacia el balcón del ayuntamiento, aunque finalmente se acepta la resolución. La noticia se lleva al resto de comités locales, donde también se producen amenazas de fusilamiento ante la orden de rendición. Pero la revolución había terminado, daba comienzo la retirada. La mañana del 19 López Ochoa ya dominaba las cuencas mineras. La revolución se saldó con la muerte en combate de 1.051 paisanos revolucionarios. Además se sufrió una dura represión, con torturas, saqueos y matanzas como la de Carbayín. Finalmente, entre 30.000 y 40.000 obreros asturianos fueron apresados. La última revolución obrera en Europa había sido derrotada.

### 3. Conclusiones

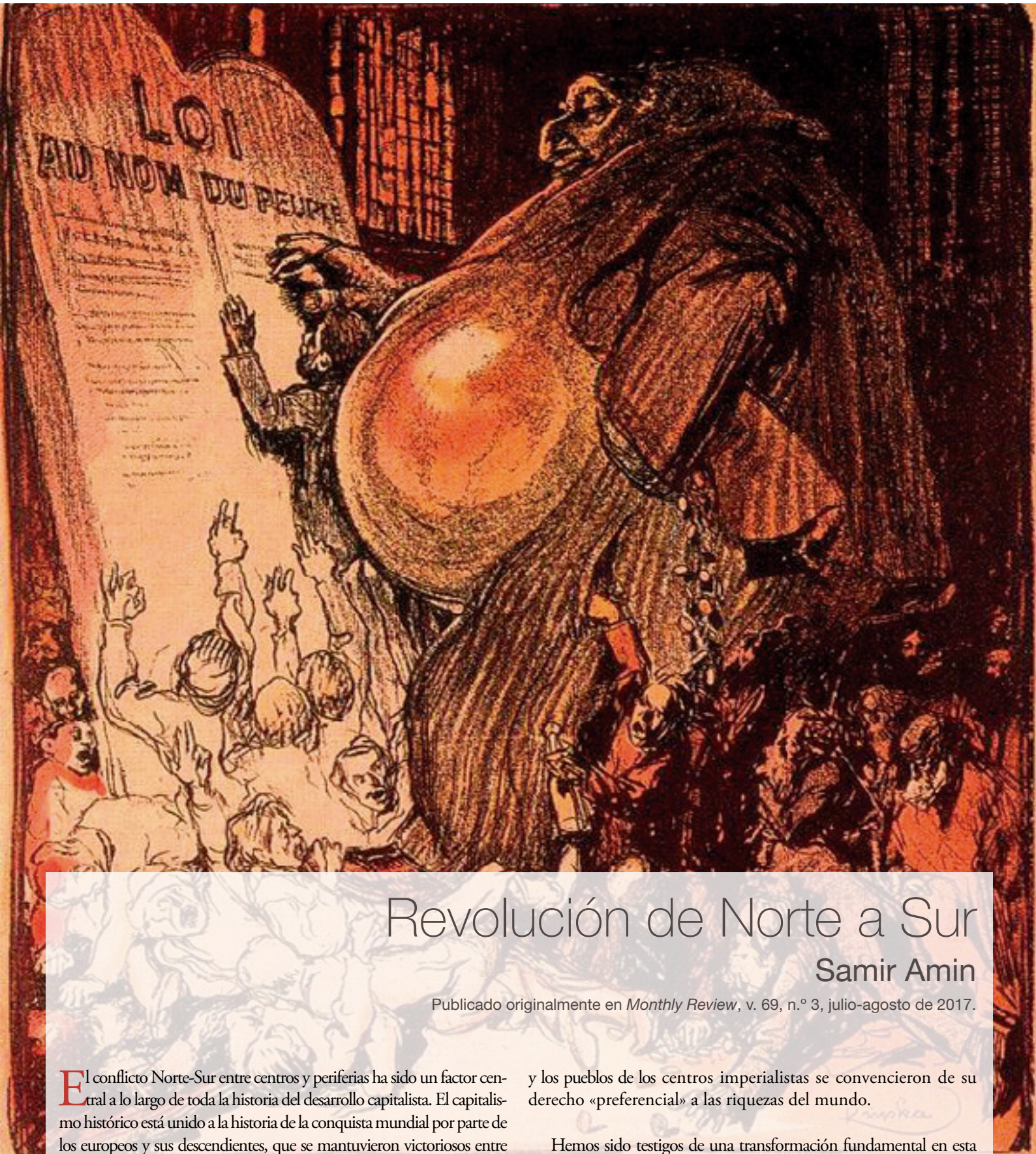
El rápido fracaso de la insurrección en el resto del Estado puso en evidencia la excepcionalidad en la que se encontraba la región asturiana. En primer lugar, se contaba con unas fuerzas proletarias formidables, entrenadas en la lucha obrera durante décadas y capaces de manejar la dinamita. Sin embargo, esta fuerza se concentraba sólo en la región central asturiana, donde verdaderamente triunfó y se mantuvo la revolución. A la excepcional fuerza obrera se sumaba la disponibilidad de armamento y material explosivo, además de la gran producción industrial de la región, que permitió mantener la producción de guerra durante la revolución. A esto habría que añadir el alto grado de sindicación y organización obrera del proletariado asturiano. Por ello, se

daban en Asturias unas condiciones óptimas para emprender un proceso revolucionario.

La experiencia revolucionaria en Asturias puso de manifiesto la imposibilidad de coexistencia del viejo y el nuevo poder y cómo la democracia burguesa tuvo que desatar toda su capacidad militar y represiva para intentar sofocar el intento revolucionario. Con respecto al nuevo poder, se observa que éste apareció antes de la propia insurrección y que vino a prefigurar la forma en la que se desarrollaría la misma. No obstante, la forma particular en la que se constituyeron las alianzas obreras y la falta de capacidad de los cuadros dirigentes de la revolución llevaron a fuertes enfrentamientos entre los representantes de los comités y las bases obreras, enfrentamientos que, de hecho, casi terminaron resolviéndose con el fusil. Esto refleja la contradicción que supuso mantener un nuevo poder que no partía desde las masas, pues brotó una fuerte desconfianza entre el proletariado respecto a la actuación de sus dirigentes.

Fue en este contexto en el que las fuerzas comunistas ganaron en influencia, no sólo por lo decididas que se presentaron en el combate, sino también por ser las últimas en desistir y por mantenerse firmes cuando el resto abandonaba; ello les permitió ganarse el respeto del pueblo. Esto mismo volvió a suceder, por ejemplo, en la defensa de Madrid durante la Guerra Civil, donde el PCE terminó por consolidarse como Partido Comunista. Sin embargo, ¿hasta qué punto ésta fue la línea estratégica correcta? ¿Mereció la pena desgastar las fuerzas en la defensa de posiciones importantes para el anterior poder, como las capitales y las grandes ciudades?

Las experiencias que surgieron directamente influenciadas por el modelo de insurrección soviética siempre se encontraron con una barrera que, al menos en Europa, jamás ha podido sortearse como se hizo en Rusia. Esta barrera es la que aparece al intentar trascender el momento inicial de la toma de poder por zonas y extender el nuevo poder revolucionario; dicho de otro modo: cómo lograr mantener la ofensiva una vez creadas las formas de nuevo poder en las capitales industriales urbanas. Este es un problema esencial de nuestro momento, el problema de la acción revolucionaria urbana. Si somos conscientes de que en Occidente las fuerzas para la revolución se encuentran en los centros urbanos, debemos descubrir cómo extender el proceso revolucionario y cómo, llegado el momento, emprender una posible retirada estratégica cuando no se tiene una retaguardia rural como bases rojas para la revolución.



# Revolución de Norte a Sur

Samir Amin

Publicado originalmente en *Monthly Review*, v. 69, n.º 3, julio-agosto de 2017.

El conflicto Norte-Sur entre centros y periferias ha sido un factor central a lo largo de toda la historia del desarrollo capitalista. El capitalismo histórico está unido a la historia de la conquista mundial por parte de los europeos y sus descendientes, que se mantuvieron victoriosos entre 1492 y 1914. Este éxito sirvió de base de su propia legitimidad. Con la presunción de superioridad, el sistema europeo se hizo sinónimo de modernidad y de progreso. En estas circunstancias floreció el eurocentrismo

y los pueblos de los centros imperialistas se convencieron de su derecho «preferencial» a las riquezas del mundo.

Hemos sido testigos de una transformación fundamental en esta fase de la Historia. El Sur ha ido despertando lentamente, de forma clara en el siglo , desde las revoluciones en nombre del socialismo, primero en la semiperiferia rusa y después en las periferias de China,

Vietnam y Cuba, hasta los movimientos de liberación nacional en Asia y África o los avances en América Latina. Las luchas de liberación de los pueblos del Sur, cada vez más triunfantes, estuvieron y aún están estrechamente vinculadas con el desafío al capitalismo. Esta conexión es inevitable; los conflictos entre capitalismo y socialismo y entre Norte y Sur son inseparables. Ningún socialismo es imaginable sin universalidad, lo que implica la igualdad entre los pueblos.

En los países del Sur la mayoría de la población es víctima del sistema, mientras que en el Norte la mayoría es su beneficiaria. Tanto unos como otros lo saben perfectamente, pese a lo cual, a menudo, o bien se resignan a ello en el Sur, o lo celebran en el Norte. Así, no es casualidad que la transformación radical del sistema no esté en los planes del Norte, mientras que el Sur todavía es la «zona de tormentas», de revueltas continuas, algunas de las cuales son potencialmente revolucionarias. Como consecuencia, la acción de los pueblos del Sur ha sido decisiva en la transformación del mundo, mientras que las luchas de clases en el Norte se han centrado en demandas económicas que generalmente no cuestionan el orden mundial imperialista. Por su parte, las revueltas en el Sur, cuando se radicalizan, se encuentran con las limitaciones del subdesarrollo. Sus «socialismos», por lo tanto, siempre conllevan contradicciones entre las intenciones iniciales y la realidad de lo que les es posible. La única manera de superar las limitaciones de las luchas populares en el Sur y en el Norte es la unión de ambas.

El marxismo europeo de la Segunda Internacional ignoró este aspecto esencial de la realidad capitalista. Vio la expansión como homogeneizadora (cuando es polarizadora) y en consecuencia atribuyó al colonialismo una función histórica positiva. Lenin rompió con esta simplificación del marxismo, lo que le permitió dirigir una revolución socialista en una zona en aquel tiempo semiperiférica, el «eslabón débil». Pero Lenin pensó que la revolución se extendería rápidamente desde su país a los centros avanzados europeos, y eso no sucedió. Él subestimó los devastadores efectos del imperialismo en esas sociedades. Mao fue más lejos en esta concepción, implementando una estrategia revolucionaria en un país aún más periférico que Rusia.

La realidad central del carácter imperialista del capitalismo histórico implica una correlación ineludible: la larga transición al socialismo se da a través de avances desiguales, originados principalmente en las periferias del sistema mundial. No hay ninguna «revolución mundial» en ciernes cuyo centro de gravedad pudiera encontrarse en los centros avanzados. Lenin, Mao, Ho Chi Minh y Castro entendieron eso y aceptaron el desafío de «construir el socialismo en un solo país». Trotski no lo entendió nunca. Las limitaciones en estas condiciones, comenzando por el capitalismo «atrasado» heredado por las periferias, explican la historia posterior de las grandes revoluciones del siglo, incluyendo sus desviaciones y sus fracasos.

En los demás países de la periferia, las primeras luchas victoriosas que transformaron el mundo fueron el producto de los grandes movimientos antiimperialistas populares. Sin embargo, los líderes de esos movimientos no habían evaluado

correctamente la necesidad de combinar los objetivos de liberación nacional con la ruptura con la lógica del capitalismo. Por el contrario, esos movimientos alimentaron el mito de alcanzar el nivel de desarrollo de los centros imperialistas usando métodos capitalistas dentro de un capitalismo globalizado, con el objetivo de construir capitalismo locales que se desarrollaran de manera similar a los de los centros. Por consiguiente, los cambios que podrían haber alcanzado los que he llamado gobiernos «nacionales populares» fueron en realidad más bien limitados y su rápido agotamiento pronto llevó al caos.

El desafío para las revoluciones socialistas está en que la contrarrevolución en los centros imperialistas está tomando direcciones fascistas. El fascismo agudizó simultáneamente conflictos interimperialistas, especialmente entre la Alemania nazi y Japón, por un lado, y por el otro, sus principales oponentes, Estados Unidos y Gran Bretaña. Estas circunstancias influyeron en la alianza de conveniencia entre la URSS, Estados Unidos y Reino Unido durante la Segunda Guerra Mundial. Es fácil entender, entonces, porqué las potencias occidentales rompieron esta alianza en 1945.

El agotamiento de las posibilidades en las transiciones socialistas y nacional populistas no ha abierto camino, por sí mismo, a nuevos avances en el Este, el Sur o el Oeste. Las fuerzas políticas que estuvieron detrás de los primeros éxitos y, con mayor motivo, los propios pueblos involucrados en ellos no han analizado bien las razones tras las limitaciones inherentes a los avances del siglo. Ésta es la causa por la que la actual contrarrevolución dirigida por las potencias imperialistas históricas (Estados Unidos, Europa, Japón) ha sido capaz de aprovechar el caos resultante. Por el momento, este caos anima a que supuestos proyectos «emergentes» en algunos países del Sur den respuestas ilusorias, y a que se produzcan desviaciones irracionales y por tanto fascistas en otros (como demuestran los ejemplos del Islam político reaccionario y del hinduismo político reaccionario). En los propios centros imperialistas, la capitulación de los proyectos socialistas y populistas nacionales no ha favorecido el análisis crítico del capitalismo en absoluto, sino que refuerza las ilusiones sobre las virtudes del capitalismo avanzado. Aquí la victoria de la contrarrevolución y el abandono de anteriores logros (como el Estado del bienestar) alientan, a su vez, el renacimiento de respuestas neofascistas.

En este artículo discutiré las razones que llevan a la falta de poder de las clases trabajadoras en los centros imperialistas: Estados Unidos, Europa y Japón, haciendo énfasis en las culturas políticas de estos pueblos. Una cultura política es el producto de una larga historia, que siempre es, por supuesto, específica de cada país. Tal vez el lector considerará mis «juicios» demasiado severos; y con razón. No lo son menos mis observaciones sobre el Sur. Las culturas políticas no son invariantes transhistóricas. Sufren cambios, a veces a peor, pero con la misma frecuencia a mejor. Iré más allá, creo que la construcción de

una «convergencia en la diversidad» dentro de una perspectiva socialista requiere de estos cambios.

## 1. Estados Unidos

La cultura política en Estados Unidos no es la misma que tomó forma en Francia con el Renacimiento y, sobre todo, con la Revolución. La herencia de aquellos dos acontecimientos esenciales ha marcado, en diversas formas, la historia de una gran parte del continente europeo. La cultura política estadounidense tiene características muy diferentes. La forma particular de protestantismo establecida en Nueva Inglaterra sirvió para legitimar la nueva sociedad norteamericana y su conquista del continente en términos extraídos de la Biblia. El genocidio de los nativos americanos es una parte natural de la misión divina del nuevo «pueblo elegido». Posteriormente, Estados Unidos extendió al mundo entero el proyecto de realizar la tarea que «Dios» les había ordenado cumplir. El pueblo de Estados Unidos vive como el «pueblo elegido».

Por supuesto, la ideología norteamericana no es la causa de su expansión imperialista. Ésta sigue la lógica de la acumulación de capital y sirve a los intereses del capital (que son muy materiales). Pero esa ideología se adapta perfectamente al proceso y confunde la cuestión. La «Revolución Americana» fue únicamente una guerra de independencia sin objetivo social. En su revuelta contra la monarquía inglesa, los colonizadores americanos no querían transformar las relaciones sociales y económicas en absoluto, simplemente querían dejar de compartir los beneficios de esas relaciones con la clase dirigente de la madre patria. La expansión hacia el oeste era su principal objetivo. El mantenimiento de la esclavitud, en este contexto, no se cuestionaba. Muchos de los principales líderes de la revolución era propietarios de esclavos y sus prejuicios al respecto eran inamovibles.

Las sucesivas oleadas de inmigración tuvieron su papel en el refuerzo de la ideología. Los inmigrantes no eran en absoluto responsables de la pobreza y la opresión que les llevaba a partir hacia Estados Unidos. Pero su emigración les hacía abandonar las luchas colectivas por el cambio de las condiciones de sus clases o grupos en sus países natales, adoptando por el contrario la ideología del éxito individual en el lugar que les acogía. Esa adopción retrasó la adquisición de una conciencia de clase. Una vez que empezó a madurar, esa conciencia en evolución tuvo que enfrentarse a nuevas olas de inmigrantes, con el resultado de repetir el fracaso en alcanzar la requerida conciencia política. Al mismo tiempo, la inmigración favoreció la «comunitarización» de la sociedad estadounidense. El «éxito individual» no excluye la inclusión en una comunidad de origen, sin la cual el aislamiento individual sería insoportable. El refuerzo de esta dimensión de la identidad, que el sistema de Estados Unidos reivindica y fortalece, se realiza en detrimento de la conciencia de clase y de la formación de ciudadanos. Las ideologías comunitarias no pueden ser el sustituto de una

ideología socialista en la clase trabajadora. Esto es cierto incluso para la más radical, la de la comunidad negra.

La combinación específica de factores en la formación histórica de la sociedad estadounidense (una ideología religiosa «bíblica» dominante y la ausencia de un partido obrero) resultó en el gobierno de un partido único de facto, el partido del capital. Los dos segmentos que constituyen este partido único comparten el mismo liberalismo fundamental. Ambos centran su atención únicamente en la minoría que «participa» en la débil y trunca vida democrática de la que se dispone. Cada uno tiene sus apoyos en la clase media, ya que las clases trabajadoras raramente participan y han adaptado su lenguaje a ellos. Cada uno reúne a un conglomerado de intereses capitalistas parciales (los *lobbies*) y el apoyo de varias «comunidades». La democracia americana es hoy el modelo avanzado de lo que yo llamo «democracia de baja intensidad». Opera sobre la base de una completa separación entre la dirección de la vida política, basada en la práctica de la democracia electoral y la dirección de la vida económica, gobernada por las leyes de la acumulación capitalista. Por añadidura, esta separación no se cuestiona de ninguna forma sustancial, sino que es, más bien, parte de los que se llama el consenso general. Pero esta separación elimina todo el potencial creativo que yace en la democracia política. Castra las instituciones representativas (el parlamento y otras), que se ven debilitadas frente al «mercado», cuyos dictados deben aceptar. Marx pensó que la construcción de un capitalismo «puro» en Estados Unidos, sin ningún antecedente precapitalista, sería una ventaja para la lucha socialista. Yo pienso, por el contrario, que los efectos devastadores de este capitalismo «puro» constituyen los mayores obstáculos imaginables.

El objetivo declarado de la nueva estrategia hegemónica de Estados Unidos es la intolerancia a la existencia de cualquier poder capaz de resistir las órdenes de Washington. Para conseguir esto persigue la destrucción de países considerados «demasiado grandes» y la creación del máximo número de Estados débiles, presas fáciles de las bases norteamericanas para asegurar su «protección». Sólo un Estado tiene derecho a ser «grande»: Estados Unidos. Su estrategia global tiene cinco objetivos: neutralizar y subyugar a los otros socios de esa tríada (Europa y Japón) y minimizar su capacidad de actuar fuera del control americano; establecer el control militar de la OTAN y «latinoamericanizar» partes del antiguo mundo soviético; controlar totalmente Oriente Medio y Asia Central y sus fuentes de petróleo; romper China, asegurar la subordinación de otros Estados grandes (India, Brasil), e impedir la formación de bloques regionales con capacidad de discutir los términos de la globalización; y marginar las regiones del Sur sin interés estratégico. Las ambiciones hegemónicas de Estados Unidos, a fin de cuentas, se basan más en la importancia sobredimensionada de su potencia militar que en las «ventajas» de su sistema económico. Puede por lo tanto presentarse como

el líder indiscutido de la tríada, haciendo de su potencia militar y la OTAN, dominada por ellos, el «puño visible» encargado de imponer el nuevo orden imperialista sobre todos los que se muestren reacios.

Tras esta fachada sigue habiendo un pueblo, desde luego, pese a sus evidentes debilidades políticas. Sin embargo, intuyo que la iniciativa del cambio no vendrá de ahí, incluso teniendo en cuenta la posibilidad de que el impulso americano por la hegemonía llegara a chocar con el de otros, iniciando un movimiento hacia una transformación fundamental.

¿Pueden Canadá o Australia ser otra cosa que provincias exteriores de Estados Unidos? Es difícil imaginar otro Canadá, a pesar de las tradiciones políticas del Canadá angloparlante y de la especificidad cultural de Quebec. Las grandes fuerzas políticas, polarizadas a lo largo de la dimensión lingüística de su resistencia, no tienen en su horizonte el desacoplamiento de la economía canadiense de su gran vecino del Sur.

## 2. Japón

Japón tiene una economía capitalista dominante y, al mismo tiempo, unos orígenes culturales no europeos. La pregunta es cuál de estas dos dimensiones ganará la ronda: solidaridad con sus socios de la tríada (Estados Unidos y Europa) contra el resto del

mundo, o el deseo de independencia, apoyado por el «asianismo». Los análisis, incluyendo muchos delirios, sobre este tema podrían llenar una biblioteca.

Un análisis geopolítico del mundo contemporáneo me lleva a la conclusión de que Japón continuará siguiendo a Washington, como Alemania y por las mismas razones. Destaco aquí la importancia a largo plazo de las elecciones estratégicas que Washington tomó tras la Segunda Guerra Mundial. Estados Unidos decidió entonces no destruir a sus dos enemigos, los únicos que han amenazado su inexorable crecimiento hacia la hegemonía mundial, sino más bien contribuir a su reconstrucción y llevarlos a convertirse en fieles aliados. El motivo obvio es que, entonces, existía una amenaza «comunista» real. Pero incluso hoy, Pekín sigue siendo un enemigo, como puede verse en el conflicto sobre las islas en el mar del Sur.

¿Existe alguna indicación de una reacción popular y nacional? Ciertamente, la disminución del milagro económico y la osificación del partido único gobernante apenas han roto la fachada de conformismo. Pero tras esto se esconde, tal vez, un complejo de inferioridad ante China, que reaparece con frecuencia. Con todo, un acercamiento a China, posiblemente motivado por un desafío a este conformismo, no parece probable. En primer lugar, porque el capitalismo imperialista japonés sigue siendo lo que es. En segundo lugar, porque chinos



y coreanos son perfectamente conscientes de esto, incluso más allá de su justificada sospecha hacia su antiguo enemigo.

### 3. Reino Unido y Francia

Es más probable que haya un cambio que tenga su inicio en Europa en vez de en Estados Unidos? Intuitivamente, creo que sí. El primer motivo para este optimismo intuitivo es porque las naciones europeas tienen una historia rica, como indica la increíble acumulación de sus vestigios medievales. Mi interpretación de esta historia no coincide desde luego con la del eurocentrismo dominante, cuyos mitos he rechazado. La tesis contraria que he desarrollado es que las mismas contradicciones características de la sociedad medieval que fueron superadas por la llegada de la modernidad ocurrieron en otros lugares. Pero rechazo con igual determinación las vociferaciones «antieuropeas» de algunos intelectuales del Tercer Mundo que probablemente quieren convencerse de que sus sociedades fueron más avanzadas que aquellas de la «atrasada» Europa medieval, ignorando de hecho que el mito del atraso medieval en sí mismo un producto de la perspectiva posterior de la modernidad europea.

En cualquier caso, habiendo sido la primera en cruzar el umbral de la modernidad, Europa adquirió una serie de ventajas que sería absurdo negar. Desde luego, Europa es diversa, pese a cierta homogeneización en marcha y a un discurso «europeo». Inglaterra y Francia son los pioneros de la modernidad. Esta afirmación tan directa no significa que la modernidad no tenga raíces anteriores, especialmente en las ciudades italianas y más tarde en los Países Bajos.

Inglaterra experimentó un período muy tumultuoso de su historia durante el nacimiento de las nuevas relaciones capitalistas (o más exactamente, mercantilistas). Pasó de ser una «Inglaterra feliz» medieval a una sombría Inglaterra puritana, ejecutó a su rey y proclamó la república en el siglo XVII. Tras esto, todo se calmó. Inventaron la democracia moderna, con restricciones, en el siglo XVIII y luego, en el XIX, experimentó una inagotable acumulación de capital durante la Revolución Industrial, sin mayores contratiempos. Esto, ciertamente, no sucedió sin luchas de clases, que culminaron el movimiento cartista a mediados del siglo XIX. Pero estos conflictos no se politizaron hasta el punto de cuestionar todo el sistema.

Francia, por el contrario, atravesó las mismas etapas a través de una serie interrumpida de violentos conflictos políticos. La Revolución Francesa fue la inventora de las dimensiones políticas y culturales de la contradictoria modernidad del capitalismo. Las clases trabajadoras francesas no estaban tan claramente desarrolladas como en Inglaterra, que tenía el único proletariado auténtico de la época. Pero sus luchas

estuvieron muy politizadas, comenzando en 1793 y luego en 1848 y mucho más tarde en 1936. En esta última ocasión estaban organizados en torno a unos objetivos socialistas, en el sentido más fuerte del término.

Se han ofrecido muchas explicaciones para estos recorridos diferentes. Marx era muy consciente de ello y no es casualidad que dedicara la mayoría de su atención al análisis de estas dos sociedades, ofreciendo una crítica de la economía capitalista desde la experiencia inglesa y una crítica de la política desde la francesa.

Tal vez el pasado británico explica el presente, la paciencia con la que el pueblo británico soporta la degradación de su sociedad. Tal vez su pasividad se explica por la forma en que el orgullo nacional británico ha sido traspasado a Estados Unidos. Éste no es, para los británicos, un país extranjero como los demás. Continúa siendo el hijo pródigo. Desde 1945, Inglaterra ha elegido alinearse incondicionalmente con Washington. El extraordinario dominio mundial de su idioma ayuda al pueblo inglés a vivir su declive sin, tal vez, sentirlo en su totalidad. Los ingleses reviven sus pasadas glorias a través de Estados Unidos.

Reino Unido sigue siendo una potencia clave para el futuro de Europa. Pese a que el Brexit anuncia la inevitable ruptura de la absurda construcción europea, las corrientes políticas que están detrás de su victoria en el referéndum no cuestionan ni el orden social reaccionario del liberalismo ni el alineamiento con Estados Unidos. Además, en el liberalismo globalizado, la City, socio privilegiado de Wall Street, sigue en una posición fuerte y el capital financiero continental no puede prescindir de sus servicios. Sin embargo, la historia, como en otras partes, tampoco ha llegado a su fin en Gran Bretaña. Sin embargo mi intuición es que este país será capaz de unirse al cambio una vez que corte el cordón umbilical que le une con Estados Unidos. Hoy no hay ninguna señal visible de esa ruptura.

### 4. Alemania

Alemania y Japón son los dos fieles lugartenientes de Estados Unidos, formando la auténtica tríada, el G3: Estados Unidos, Alemania y Japón, más que Norteamérica, Europa y Japón. Ni Alemania ni Italia o Rusia hubieran conseguido llegar a la modernidad capitalista sin el desbroce de caminos realizado por Inglaterra y Francia. Esta afirmación no debe entenderse en el sentido de que los pueblos de estos países hubieran sido, por alguna misteriosa razón, incapaces de inventar esa modernidad capitalista, reservada únicamente al genio anglo-francés. Las posibilidades para semejante creación existían también en otras áreas del mundo, como China, India y Japón, por ejemplo. Pero una vez que un pueblo entra

en la modernidad capitalista ésta determina su camino, llevando a la creación o de un nuevo centro o de una periferia dominada.

Interpreto la historia de Alemania usando este método fundamental. De esta forma, veo el nacionalismo alemán, impulsado por las ambiciones prusianas, como compensación para la mediocridad de su burguesía, lamentada por Marx. El resultado fue una forma autocrática de gestionar el nuevo capitalismo. Pese a su tono etnicista, este nacionalismo (en contraste con las ideologías universalistas que se encuentran en Inglaterra y sobre todo en Francia y después en Rusia) no tuvo éxito en unir a todos los germanos (de ahí el eterno problema del Anschluss austríaco, aún hoy sin resolver). Esto se convirtió en un factor que favoreció los excesos criminales y dementes del nazismo. Pero también hubo, tras el desastre, una poderosa motivación para construir lo que algunos han llamado «capitalismo renano», apoyado por Estados Unidos. Es una forma capitalista que de forma deliberada copia el modelo democratizador anglo-franco-americano. Pero carece de raíces históricas locales y profundas, aun considerando la corta existencia de la República de Weimar (el único período democrático previo de la historia alemana) y las ambigüedades, como poco, del socialismo en la Alemania del Este. El «capitalismo renano» no es un «capitalismo bueno» en contraste con el extremo modelo liberal anglo-americano o el estatismo de la Francia «jacobina». Cada uno es diferente, pero todos padecen la misma enfermedad, un capitalismo que ha alcanzado un nivel caracterizado por el predominio de sus aspectos destructivos. Además, el sol se ha puesto en el capitalismo «renano» o «estatista». El capitalismo globalizado anglo-americano ha impuesto su modelo a toda Europa y Japón.

A corto plazo, la posición alemana en la globalización bajo la hegemonía americana, al igual que la de Japón, parece ser cómoda. La reanudación de la expansión hacia el Este a través de una especie de «latinoamericanización» de los países del Este europeo puede animar la ilusión de que la elección de Berlín es duradera. Esta alternativa se ve fácilmente satisfecha con una democracia de baja intensidad y una mediocridad económica y social, reforzada por el apoyo de la Unión Europea y del euro. Si las clases políticas democristianas y de derecha liberal y la izquierda socialdemócrata continúan su empecinamiento en este callejón sin salida, no deberíamos excluir el surgimiento de populismos de derecha, incluso de tipo fascista, sin que necesariamente deban ser reediciones del nazismo. El éxito electoral del Frente Nacional en Francia ilustra la realidad de este peligro general en Europa.

A largo plazo, las dificultades alemanas no mejorarán, sino que probablemente vayan empeorando. Los actuales logros económicos de Alemania están basados en métodos industriales de producción (mecánicos, químicos) modernizados con la progresiva incorporación de software creado en otros lugares. Como en otros países, siempre existe la posibilidad de que el pueblo alemán tome conciencia de la necesidad de iniciar un cambio real, fuera de senderos trillados. Creo que si Francia (que arrastraría a Alemania con ella) y

Rusia tomaran más iniciativa, otro futuro sería posible para Europa. Esta opción podría llevar a nuevos movimientos en pro del cambio en la Europa mediterránea y nórdica, que hasta ahora han fracasado.

## 5. Europa del Sur

Italia fue colocada brevemente en el centro del análisis y la acción crítica durante aquel «largo 1968» de los años setenta. El poder de aquel movimiento fue suficiente para influir, de cierta manera, el estado del «centro-izquierda» de aquella época, pese al aislamiento del Partido Comunista de Italia. Esta fase feliz de la historia de Italia ha terminado. Ahora sólo podemos examinar las debilidades de la sociedad que la hizo posible. El desarrollo incompleto del sentido de ciudadanía nacional tal vez puede explicarse por el hecho de que los dirigentes de los Estados italianos fueron a menudo extranjeros. El pueblo vio en ellos únicamente oponentes a los que engañar lo más posible. Esta debilidad se expresó en el surgimiento de un populismo que alimentó el auge del fascismo. En Italia, como en Francia, la lucha por la liberación durante la Segunda Guerra Mundial fue casi una guerra civil. Por consiguiente, los fascistas se vieron obligados a esconderse durante las décadas que siguieron a 1945, sin haber desaparecido realmente. La economía del país, pese al «milagro» que proporcionó a los italianos un buen nivel de vida hasta la crisis actual, sigue siendo frágil. El apoyo sin fisuras a la opción europea, que domina totalmente el espacio político italiano es, en mi opinión, la principal razón para el callejón sin salida en que se encuentra el país.

El mismo apoyo inconsciente al proyecto europeo ha contribuido poderosamente a que los movimientos populares que acabaron con el fascismo en España, Portugal y Grecia hayan fracasado a la hora de materializar todo su potencial.

Este potencial fue limitado en España, en donde el franquismo acabó simplemente con la muerte tranquila de su líder, a la vez que la transición había sido bien preparada por la misma burguesía que constituyó el principal apoyo al fascismo español. Los tres componentes del movimiento obrero y popular (socialista, comunista y anarquista) fueron erradicados por la dictadura que continuó su sangrienta represión hasta los últimos años setenta, apoyada por Estados Unidos a cambio del anticomunismo y la concesión de bases al ejército estadounidense. En 1980, Europa estableció como condición para la entrada de España en la Comunidad Europea que también se uniera a la OTAN, accediendo así a una formalización total de la sumisión a la hegemonía de Washington. El movimiento obrero intentó jugar un papel en la transición a través de las «comisiones obreras» formadas en la clandestinidad en los setenta. Por desgracia estaba claro que, no habiendo conseguido el apoyo de otros segmentos de las clases populares y de los intelectuales, el ala

radical del movimiento no pudo impedir que la burguesía reaccionaria controlara la transición.

La revuelta de las fuerzas armadas en Portugal que acabó con salazarismo en abril de 1974 fue seguida de una gran explosión popular, cuyo núcleo estaba formado por comunistas, tanto del Partido Comunista oficial como de corrientes maoístas. La derrota de esta tendencia dentro del grupo dirigente eliminó el liderazgo comunista para ventaja de los tibios socialistas. Desde entonces, la esfera política ha estado dormida.

También en Grecia, la elección a favor de Europa no era clara tras la caída del régimen de los coroneles. Durante la Segunda Guerra Mundial, el Partido Comunista consiguió, como en Yugoslavia, formar un frente único antifascista. Grecia y Yugoslavia no sólo «resistieron» a los invasores alemanes, como otros hicieron; continuaron peleando una auténtica guerra que jugó un papel decisivo en el colapso instantáneo del ejército italiano en 1943, forzando por tanto a los alemanes a estacionar gran cantidad de tropas en sus territorios. La Resistencia griega, que se convirtió en revolución en 1945, fue derrotada por la intervención conjunta de Estados Unidos y Gran Bretaña. La derecha griega es responsable, además, de la integración de su país en la OTAN, dentro de la cual toma forma el proyecto europeo, para exclusivo beneficio de la «cosmopolita» burguesía compradora.

La profundización de la crisis sistémica del capitalismo monopolista ha llevado a un desastre social sin precedentes en los frágiles países de la Europa del Sur. También golpea fuerte a los países del Este de Europa, reducidos a poco más que semicolonias de Europa occidental, especialmente de Alemania. Es fácil entender por tanto, el surgimiento reciente de grandes movimientos populares (Syriza en Grecia, Podemos en España) que han ganado algunas victorias prometedoras en su rechazo a las políticas de extrema austeridad impuestas por Berlín y Bruselas. Sin embargo, debemos reconocer que la opinión general en estos países no contempla aún la necesidad de deconstruir el sistema europeo; la mayoría prefiere enterrar sus cabezas en la arena y convencerse a sí mismos de que esta Europa es reformable. Por consiguiente, sus movimientos continúan paralizados.

## 6. Europa del Norte

Por diferentes razones, los países nórdicos han mantenido hasta ahora una actitud de sospecha respecto al proyecto europeo.

Bajo el liderazgo de Olof Palme, Suecia intentó seguir una vía globalista, internacionalista y neutral. Comenzando con sus más recientes decisiones europeas y la deriva derechista de sus fuerzas socialdemócratas, el retroceso en aquella línea ha sido muy

abrupto. Este retroceso, sin embargo, obliga a observar más detenidamente los puntos débiles de la excepcional experiencia sueca: el papel tal vez demasiado personalista de Palme, las ilusiones juveniles que, largo tiempo confinadas a este país relativamente aislado, descubren tardíamente el mundo con una buena dosis de inocencia tras 1968, pero también su pasado relativamente oscuro, y durante mucho tiempo escondido, durante la Segunda Guerra.

La sociedad noruega estaba formada por pequeños campesinos y pescadores, sin la presencia de una clase aristocrática como en Suecia o en Dinamarca. Por ello, es muy sensible a cuestiones de igualdad, lo que explica indudablemente el poder relativo de sus partidos de extrema izquierda y las tendencias radicales de las fuerzas socialdemócratas que, hasta ahora, han resistido los cantos de sirena de Europa. Los Verdes aparecieron en este país antes que en ningún otro. Sin embargo la pertenencia a la OTAN y la afluencia de capital procedente del petróleo del Mar del Norte (de alguna manera corruptora a largo plazo) son un contrapeso de estas tendencias positivas.

La independencia que Finlandia consiguió pacíficamente durante la Revolución Rusa (Lenin la había aceptado ya sin dudas) fue una petición menos unánime de lo que algunas veces se admite. El Gran Ducado ya gozaba de un alto grado de autonomía en el imperio ruso, algo considerado muy satisfactorio en las opiniones de la época. Sus clases dirigentes servían al Zar con tanta sinceridad como las de los países bálticos. Las clases trabajadoras no ignoraban el programa de la Revolución Rusa. Ésa fue la razón de que la independencia no resolviese los problemas del país, que sólo fueron tratados al final de la Guerra Civil, un conflicto ganado por la mínima por las fuerzas reaccionarias, con el apoyo de la Alemania imperial y más tarde de los aliados. Estas fuerzas más tarde se inclinaron hacia el fascismo, convirtiéndose en aliadas de las potencias fascistas durante la Segunda Guerra Mundial. Lo que se denomina «finlandización», que la propaganda de la OTAN presentaba como inaceptable, era de hecho solamente neutralidad (ciertamente impuesta por el tratado de paz) que hubiera podido formar una de las bases para una mejor reconstrucción de Europa que la de la alianza atlántica. ¿Podrán las presiones europeas, que han triunfado en el área monetaria (con la participación finlandesa en el euro) triunfar también a la hora de engullir esta interesante herencia histórica?

¿Podría esperarse algo de un país como Dinamarca, tan dependiente económicamente de Alemania? Esta dependencia se experimenta de forma neurótica, como puede verse en la ambigua y confusa serie de votaciones sobre la cuestión del euro. No creo que su socialdemocracia completamente típica pueda plantear ningún desafío al actual curso. La alianza «rojiverde», en consecuencia, está más bien aislada.

Es conocido que los Países Bajos fueron sede de la original revolución burguesa en el siglo XVII, antes que Inglaterra y

Francia. Pero el modesto tamaño de las Provincias Unidas impidió a este país conseguir lo que sus competidores fueron capaces de hacer. Pese a que la herencia cultural de esta historia no está perdida, hoy el sistema económico-financiero funciona dentro del entorno del marco/euro.

## 7. ¿Cuál es el futuro de Europa?

En las décadas de los setenta y ochenta consideraba que la formación de un eje Norte-Sur «neutral» en Europa, formado por Suecia, Finlandia, Austria, Yugoslavia y Grecia era posible, con efectos positivos sobre los países tanto del este como del oeste europeo. Podría haber ayudado a los primeros a repensar su alineamiento atlántico y podría haber encontrado un eco en Francia. Por desgracia, De Gaulle ya no estaba y los gaullistas habían olvidado por completo las reservas del general sobre la OTAN. Tal eje pudiera haber abierto posibilidades para los países del Este de un movimiento hacia el centro-izquierda y evitar su posterior caída hacia la derecha. El proyecto podría haber dado lugar a la construcción de una «Europa diferente», auténticamente social y abierta así a la formulación de un socialismo para el siglo XXI que respetara sus componentes nacionales, independiente de Estados Unidos y facilitadora de una reforma digna de tal nombre en los países del bloque soviético. Esta construcción era posible, junto a la Europa de Bruselas, en aquel tiempo consistente sólo en una limitada comunidad económica. Tuve la oportunidad de presentar estas ideas a los líderes de la izquierda en los países mencionados y tuve la impresión de que la idea no les desagradaba. Pero no tuvo continuidad.

Las izquierdas europeas no han evaluado correctamente lo que está en juego y han apoyado el desarrollo del proyecto europeo liderado por Bruselas. Éste ha sido un proyecto reaccionario desde el principio, diseñado por Monnet (cuyas opiniones agresivamente antidemocráticas son bien conocidas, como se demuestra en el libro de J.P. Chevenement, *La faute de Monsieur Monnet*). El proyecto europeo, junto con el Plan Marshall diseñado por Washington, fue planeado para la recuperación de las fuerzas derechistas (bajo la cobertura de democracia cristiana) o incluso fascistas, reducidas al silencio por la Segunda Guerra Mundial y para reducir toda perspectiva de una democracia política práctica. Los partidos comunistas entendieron esto. Pero en aquella época, la alternativa de una Europa «soviética» ya no era creíble. Su posterior adherencia al proyecto no fue mejor, pese a disfrazarlo bajo la etiqueta de «eurocomunismo».

Hoy la Unión Europea no solamente tiene atrapados a los pueblos del continente en un punto muerto, consolidado por la alternativa «liberal» y atlantista (OTAN), sino que se ha convertido en el instrumento para la «americanización» de Europa, sustituyendo la tradicional cultura política europea del conflicto

por la cultura estadounidense del «consenso». La adhesión total de Europa al atlantismo no es difícil de imaginar y está basada en la conciencia de las ventajas de explotar el planeta en beneficio del imperialismo colectivo de la tríada. El «conflicto» con Estados Unidos gira en torno al reparto del botín y poco más. Si ese proyecto fuera en contra de los intereses de todos, las instituciones europeas se convertirían en el obstáculo principal para el progreso de los pueblos de Europa.

La reconstrucción europea, por tanto, requiere la deconstrucción del proyecto actual. ¿Es concebible, hoy, cuestionar el proyecto euroatlántico tal como es, y construir una Europa alternativa que fuera social y no imperialista respecto al resto del mundo? Así lo creo, e incluso pienso que el inicio de un proyecto alternativo procedente de cualquier lugar encontraría ecos favorables en Europa en poco tiempo. Una izquierda auténtica, en cualquier caso, no debiera de pensar otra cosa. Si se atreve a ello, soy uno de los que cree que los pueblos europeos podrán demostrar que todavía tienen un papel importante que representar en el mundo futuro. Si esto no ocurre, lo más probable es el colapso del proyecto europeo en el caos, algo que no desagradaría a Washington. Europa será socialista, si las fuerzas de izquierda se atreven a que así sea, o simplemente no será.

Considero que el cambio sólo podría empezar con Francia tomando algunas iniciativas valientes en la dirección correcta. Ello movería a Alemania a moverse en la misma dirección y, consecuentemente, el resto de Europa. Quedaría el camino abierto para un acercamiento a China y Rusia. El estatus europeo en la política internacional está condenado a la irrelevancia por su apoyo al proyecto de Washington de dominio mundial. Siguiendo el camino señalado arriba, podría explotar su poder económico para la reconstrucción de un mundo realmente multipolar. Si esto fracasa, «Occidente» seguirá siendo estadounidense, Europa seguirá siendo Alemania, el conflicto Norte-Sur seguirá siendo central y cualquier posible avance se verá prácticamente confinado a las periferias del sistema global; en otros términos un *remake* del siglo.

En conclusión, señalaré de nuevo que el sistema de globalización neoliberal ha entrado en su última fase; su implosión es claramente visible, como señalan entre otras cosas el Brexit, la elección de Trump y el ascenso de diversas formas de neofascismo. El más bien poco glorioso fin de este sistema abre una situación potencialmente revolucionaria en todas las partes del mundo. Pero ese potencial sólo se hará realidad si las fuerzas de izquierda radical saben aprovechar las oportunidades ofrecidas y preparan y llevan a cabo amplias ofensivas basadas en la reconstrucción del internacionalismo obrero y popular frente al cosmopolitanismo de los poderes imperialistas del capital financiero. Si esto no sucede, las fuerzas de izquierda del Oeste, Este y del Sur compartirán la responsabilidad del consiguiente desastre.





ДА ЗАРА Е

Am,

«Nosotros, los viejos, quizá no lleguemos a ver las batallas decisivas de esa revolución futura. No obstante, yo creo que puedo expresar con seguridad plena la esperanza de que los jóvenes [...] no sólo tendrán la dicha de luchar, sino también la de triunfar en la futura revolución proletaria.»

V. I. LENIN, *Informe sobre la revolución de 1905* (enero de 1917)

Iniciativa  Comunista

diciembre 2017